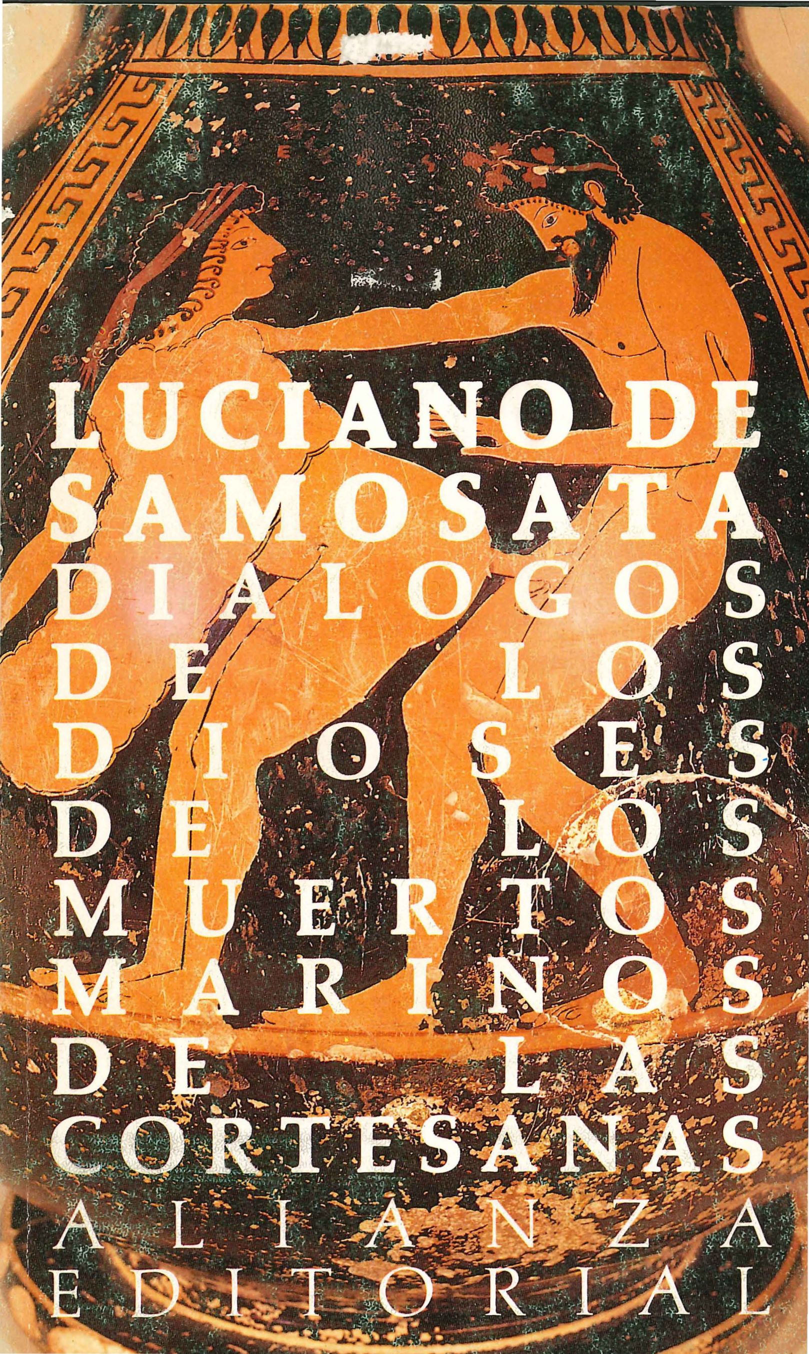

LUCIANO DE SAMOSATA
DIALOGOS
DE LOS
DIOSES
DE LOS
MUERTOS
MARINOS
DE LAS
CORTESANAS
ALIANZA
EDITORIAL

Nacido en Siria en el siglo II d.C. (c. 125-c. 192), en una época debilitada económicamente por el desorden presupuestario generado por los gastos militares, LUCIANO DE SAMOSATA se educó en Jonia, donde estudió filosofía y retórica, recibiendo las primeras influencias del cinismo y el estoicismo tardíos; ejerció posteriormente la abogacía en Antioquía y terminó viajando por el imperio como conferenciante. Miembro de la clase ilustrada, Luciano se burla despiadadamente, desde un ateísmo materialista, de las costumbres de la época, de las supersticiones religiosas y de los afanes mundanos, sirviéndose del diálogo, no como forma literaria con intenciones filosóficas, sino como procedimiento artístico para dar salida a su capacidad dramática y satírica. DIALOGOS DE LOS DIOSES, DIALOGOS DE LOS MUERTOS, DIALOGOS MARINOS, DIALOGOS DE LAS CORTESANAS —traducidos, prologados y anotados por Juan Zaragoza Botella— son cuatro ejemplos de su extensa producción, que ponen de manifiesto la elegancia de su estilo, la libertad de su juicio y el profundo nihilismo de sus ideas. Otros títulos en «El Libro de Bolsillo» de literatura griega clásica: «Antología de la poesía lírica griega» (LB 782), de Carlos García Gual; «Las nubes. Lisistrata. Dinero» (LB 1239), de Aristófanes; «Alcestis, Medea, Hipólito» (LB 119), de Eurípides; «Teogonía. Trabajos y días. Escudo. Certamen» (LB 1201), de Hesiodo; «Epinicios» (LB 1055), de Píndaro.

Cubierta: Daniel Gil Fotografía: M. Pucciarelli - Flash Press

El libro de bolsillo Alianza Editorial

Luciano de Samosata Diálogos

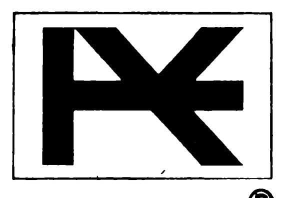
Diálogos de los dioses - Diálogos de los muertos - Diálogos marinos - Diálogos de las cortesanas

Sección: Clásicos

Luciano de Samósata:
Diálogos de los dioses
Diálogos de los muertos
Diálogos marinos
Diálogos de las cortesanas

Introducción, traducción y notas de
Juan Zaragoza Botella

El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial
Madrid



®

Título original:
Traductor: Juan Zaragoza Botella

Calle Milán, 38; 28043 Madrid; teléf. 200 00 45
ISBN: 84-206-0269-8
Depósito legal: M-25117-1987
Papel fabricado por Sniace, S. A.
Compuesto en Fernández Ciudad, S. L.
Impreso en Artes Gráficas Ibarra, S. A.
Printed in Spain

Introducción

La época de Luciano

El siglo II es para los historiadores la época del esplendor romano. Trajano ha asegurado las fronteras del Imperio. Ha puesto en orden su administración. Es un hombre que se complace en juzgar por sí mismo, y, los delatores, plaga de tiempos anteriores, son expulsados o vigilados estrechamente. Los presupuestos están equilibrados y son perseguidos los gobernadores de provincia acusados de malversación. Este Imperio ordenado se va a mantener durante la época de Adriano, pero pronto los gastos de nuevas guerras van a desequilibrar de nuevo los presupuestos. M. Aurelio tuvo que vender en pública subasta los adornos imperiales, las copas de oro, los vasos y todas las piedras preciosas que pudo hallar en el Tesoro.

El Imperio había hecho del régimen municipal la llave del sistema administrativo y fiscal romano. Desde mediados del siglo II, las ciudades no pueden hacer frente a sus obligaciones fiscales. Las curias municipales, encargadas de la recaudación de los impuestos del Estado, respondían

de éstos con las fortunas personales de sus miembros. Cuando empiezan las dificultades, se agrava el peligro para los decuriones, que empiezan a desertar, las curias se vacían y comienza la decadencia de las ciudades, sobre todo en Occidente.

En Oriente, las ciudades griegas de la península están arruinadas y deshabitadas, como dice Pausanias. También las de Asia Menor habían padecido mucho, pero tenían más recursos para resurgir y en tiempo de Luciano, Siria es el centro comercial más importante del Imperio y es el griego la lengua en que escriben la mayoría de los escritores de entonces.

En esta sociedad, cada vez más debilitada económicamente, surge una especie de cansancio, manifestado en la crisis de pensamiento, de valores y de fe religiosa. Quizá sea en la religión donde podamos comprender mejor el desorden del pensamiento griego.

Por una parte, existe una masa de creyentes de la vieja religión. Los pertenecientes a las clases bajas convierten sus creencias en magia y superstición. Por otra parte, existe una clase «ilustrada» que, no pudiendo encontrar ningún fundamento en la antigua religión, cae en un ateísmo materialista (éste sería el caso de Luciano) y se burla despiadadamente de los hechiceros, de las artes y medios mágicos, bebedizos, conjuros, amuletos, de los materiales empleados por los brujos: animales, plantas e incluso partes del cuerpo humano.

Además, la tradición platónica, y sobre todo la estoica, había elaborado la idea de una provincia divina, que no podía ser comprendida por la razón, pero que nos dicta de una manera inexorable unas líneas de conducta. Así, Epicteto o Marco Aurelio.

También hay una resurrección del neopitagorismo, con nuevos personajes de carácter divino *theoi andres,* como Apolonio de Tiana y su discípulo Alejandro de Abonutico. Y aquí se produce otra vez una mezcla de magia y fe; estos hombres divinos son filósofos que predican un concepto superior de Dios, una moral justa, pero al mismo tiempo curan enfermos, hacen milagros y hasta resu-

citan muertos, lo que desata las iras de esta clase ilustrada a la que pertenece Luciano.

Por último, no podemos olvidar que en el siglo II el cristianismo está presente en la vida romana. Este tendrá que echar mano de la filosofía pagana para exponer o defender sus argumentos. Es el siglo de los primeros apologistas, que al mismo tiempo que rechazan las acusaciones, atacan las religiones oficiales, pero tampoco éstos se librarán de la confusión de ideas del siglo. El samaritano Justino, platónico convertido, pide a Marco Aurelio licencia para publicar su libro, bastante moderado en su doctrina, y debe al odio de su filósofo rival el tener que sufrir el martirio. El cartaginés Tertuliano, el mejor de los apologistas, acabará cayendo en la herejía desarrollando una propaganda ascética hostil a todos los compromisos terrenos y aun al matrimonio. Creará en Africa una secta aparte, que se mantuvo con dificultades durante unos siglos.

Al lado de este caos religioso aparece también un falseamiento político. El Panegírico de Plinio el Joven al emperador Trajano es el mejor ejemplo. El autor ensalza la figura del emperador, como modelo de las antiguas instituciones romanas, pero las virtudes republicanas ya se han perdido irremisiblemente. Plinio cree honradamente en el Imperio, en el *princeps,* del cual es ejemplo la figura de Trajano, pero alude a «la tradición», a «los mayores», lo que demuestra que éstos ya están muertos. La mentira política, como dice Tovar, va a desvanecerse en seguida y la dura verdad del Imperio puro y militar se impondrá muy pronto durante los acontecimientos del siglo III.

Vida y carácter

Los datos que tenemos de la vida de Luciano están casi todos tomados de sus propias obras: sus contemporáneos apenas hablan de él. Filóstrato no lo cita en las *Vidas de los Sofistas,* tal vez como castigo por haber despreciado

la retórica, y el léxico de *Suda* le dedica muy pocas líneas, que parecen más bien reconstrucciones posteriores.

Abundan, en cambio, los informes que nos ha dejado en su obra, en la que aparece con dos nombres distintos, Luciano y Licino, que deben de ser seudónimos, ya que él era semita de origen, y por tanto también su nombre. Ello no impide que se sienta orgulloso de saberse más o menos helénico, por haber nacido en la órbita del Imperio Romano, en Samosata [1] (Siria), en la parte que entró a formar parte del mismo a partir del 65 a. C.

Aunque se desconoce la fecha de su nacimiento, se calcula con relativa seguridad el año 120 d. C., pues en su obra [2] escrita hacia el año 165, dice que tiene cuarenta años.

Acerca de su niñez y de las razones que le impulsaron a dedicarse al cultivo de la retórica, tenemos datos en *El Sueño,* obra de juventud, en la que nos cuenta que cuando tenía unos catorce años (al salir de la escuela) su padre decidió enviarlo al taller de su tío, para que aprendiera el arte de escultor: su familia era de posición modesta y necesitaba tener pronto un medio de vida. El consejo de familia toma esta decisión, puesto que las letras exigen mucho esfuerzo, tiempo y gasto, habida cuenta del talento del muchacho para modelar figuras de cera [3].

No obstante, la ruptura accidental, por parte del muchacho, de una tableta de material, y el consiguiente castigo por su tío, devuelven al joven a su casa. Allí tiene un sueño, en el que se lo disputan la Escultura y la Retórica, que hacen, respectivamente, la apología de su arte. Vence la Retórica, que le promete fama, riqueza e inmortalidad, y Luciano se decide por ella.

Esta creencia en los sueños es general en la época de Luciano, por lo que es difícil decidir lo que tenga de sincero o de puramente alegórico en su caso, aunque en Luciano parece responder al *topos coinós* (lugar común) en

---

1 *Cómo se escribe la historia,* 24.
2 *Dos veces acusado,* 32.
3 *El sueño,* 29.

la literatura clásica, con la visión de dos mujeres, cada una sosteniendo un punto de vista diferente.

Está, de todos modos, fuera de duda la afición de Luciano, que después de aprender la lengua griega [4] es enviado por su familia a estudiar a Jonia, tal vez Efeso o Esmirna, donde aprende con mucho interés literatura griega, según él mismo afirma, con maestros que no conocemos, tal vez Polemón, aunque no hay datos seguros. La *Suda* habla de un intento fallido de dedicarse a la abogacía en Antioquía, a los veintiocho años. Allí pudo tener un primer contacto con los cristianos. Su fracaso como abogado le impulsó a abandonar la profesión y a viajar como conferenciante, siguiendo la costumbre de la época.

Luciano estuvo varias veces en Atenas, donde pudo asistir a las lecciones de los retóricos de moda y tratar a Demonacte. Según propia afirmación (*Muerte de Peregrino,* 37), estuvo cuatro veces en Olimpia y pudo asistir al suicidio de Peregrino, al que había conocido en el transcurso de un viaje de Asia Menor a Grecia. Estuvo también varias veces en Macedonia, en Corinto, en Acaya, anduvo por Asia Menor (*Alejandro*) y alude a estancias en Egipto. Conoce el valle del Po y Roma (*Nigrino*), donde acudió para tratarse de una afección de la vista y conoció al filósofo Nigrino, que le causó una gran impresión. Llegó incluso a la Galia (*Dos veces acusado,* 27; *El sueño, Hércules, Apología*), donde, al parecer, ganó mucho dinero con sus conferencias.

En torno a los cuarenta años (160 d. C.) se produjo en Luciano un cambio espiritual, su llamada conversión a la filosofía, desengañado de la vaciedad de la retórica (*Hermótimo,* 24), aunque esta «conversión», si es que la hubo, no fue duradera, como lo demuestra su evolución posterior, ya que, preocupado de ganar dinero, no dejó nunca de ser un sofista a lo largo de toda su vida. Sin embargo, la lectura del *Dos veces acusado* y del *Pescador* refleja la crisis espiritual de Luciano y su descontento por la vaciedad de la retórica de su época. Luciano descubre la dia-

[4] *Dos veces acusado,* 27.

léctica y se inclina a la Academia o el Liceo «para pasearme en compañía del excelente Diálogo, conversando en calma con él sin sentir la necesidad de ser alabado ni aplaudido».

En sus obras *El Pescador* y *Contra un ignorante* Luciano se revela como un hombre que busca la autenticidad, la correspondencia entre las teorías, las convicciones e ideales y los modos de vida y conducta.

La filosofía en tiempo de Luciano se había convertido en un sustituto de la religión y por desgracia no siempre lo que predicaba se veía correspondido con los modos de conducta. *El Pescador* lo compuso para justificar los ataques que había dirigido en *Subasta de vidas* a todas las escuelas filosóficas.

En *Contra un ignorante* se sitúa en la misma línea de los filósofos contra la erudición libresca. Luciano defiende la idea de que los libros no confieren la *paideia,* sino que ésta tiene que haberse recibido antes para sacar algún provecho de su lectura.

Su sinceridad y el deseo de desenmascarar a los impostores de su época le pusieron en aprietos en Olimpia, cuando el suicidio de Peregrino (donde tuvo que enfrentarse con una multitud de cínicos enfurecidos), y en Abonutico, cuando se las vio con el pseudoprofeta Alejandro.

Al final de su vida, según menciona en *El eunuco,* tomó esposa y tuvo un hijo. Aceptó un cargo público como secretario en la cancillería del gobernador de Egipto. Para justificarse, escribe la *Apología,* donde expone las razones que le inducen a abandonar cuanto tenía valor en la vida: su independencia personal, los viajes, los aplausos, las ganancias fáciles y los éxitos de un sofista.

Carecemos de noticias de sus últimos años. La *Suda* habla de que murió despedazado por perros, leyenda sin duda forjada por sus enemigos.

La obra de Luciano

Luciano es un escritor prolífico. Sus obras se publicaron por separado. En la Antigüedad, un editor descono-

cido preparó una edición de éstas, antecedente de los manuscritos medievales. El más antiguo es de 913 d. C., y algunos otros pertenecen al siglo x. De ésta época son los manuscritos más abundantes de Luciano, que contienen un *corpus* de 83 obras, algunas de ellas espurias.

Suelen considerarse auténticas las obras siguientes: *El desheredado, Contra un ignorante bibliómano, Alejandro o el falso profeta, Anacarsis o la gimnasia, Apología de los que están a sueldo, Dos veces acusado o los tribunales, Que no debe darse fácilmente crédito a la maledicencia, La travesía o el tirano, Caridemo o de la belleza, Caronte o los contempladores, El banquete o los Lapitas, Vida de Demonacte, La Asamblea de los dioses, Diálogos de los dioses, Diálogos marinos, Diálogos de las cortesanas, Diálogos de los muertos, Prefacio o Baco, De las dipsadas, Altercado con Hesíodo, De una casa, Del ámbar o de los cisnes, El eunuco, Los fugitivos, El sueño o el gallo, Hermónides, Prefacio o Heracles, Hermótimo o sobre las escuelas filosóficas, Heródoto o Aetión, Hipias o el baño, Cómo debe escribirse la historia, Icaromenipo o el que está por encima de las nubes, Los retratos, En pro de los retratos, Juicio de las vocales. Sobre una falta cometida al saludar, Lexífanes, Del luto, Sobre los que están a sueldo, Elogio de la mosca, El navío o los deseos, Menipo o la necromancia, Nerón, Nigrino, Elogio de la patria, Sobre la muerte de Peregrino, Fálaris, El mentiroso o el incrédulo, El pescador o los resucitados, Prometeo o el Cáucaso, A uno que le dijo: eres un Prometeo en tus discursos, El falso razonador o sobre el día nefasto. El Pseudosofista o el que incurre en solecismos, El maestro de retórica, Sobre los sacrificios, Las Saturnales, Cronosolón, Epístolas saturnales, El Escita o el Próxeno, El sueño o la vida de Luciano, Timón o el misántropo, Tóxaris o la amistad, El Tiranicida, Historias verdaderas, Subasta de vidas, Zeus confundido, Zeus trágico, Zeuxis o Antíoco.*

Entre las obras consideradas no lucianenses están las siguientes: *Los amores, Lucio o el asno, Sobre la astrología, El cínico, Encomio de Demóstenes, Epigramas, La gaviota, Los longevos, Ocipus, Del parásito o de que el*

parasitismo es un arte, De la danza, Sobre la diosa siria, Tragodopodagra.

Los *Diálogos de los muertos* es la obra más conocida de Luciano y ocupa el segundo lugar entre el gran público después de *Historias verdaderas.*

Con Luciano, la retórica alcanza su mayoría de edad. Puede incluso fijarse una fecha, el 160 d. C., correspondiente a la época crítica de su desarrollo intelectual. De los tres niveles de retórica que se dan en el siglo II, Luciano representa el de «creación retórica» frente a la retórica pura y la retórica aplicada. Para Bompaire [5] es un método de apropiación inmediata de datos librescos, a base de imitación y creación, que resumen los procedimientos de Luciano.

No es un periodista que se ocupa de asuntos de actualidad, sino un artista literario que actúa en una tradición muy antigua: «vive en el siglo II de nuestra era con el espíritu de un contemporáneo de Menandro, con quinientos años de retraso».

Luciano se apodera del diálogo no como forma literaria de destino filosófico (pocos diálogos suyos son filosóficos de forma), sino como procedimiento artístico, unido por un lazo evidente con lo cómico, para dar cauce a su capacidad dramática. Muchos diálogos lucianescos son satíricos al mismo tiempo que cómicos; la sátira es su modo de comedia, a diferencia de otros más finos, como los *Diálogos marinos,* por ejemplo. Los diálogos también pueden ser retóricos (*Dos veces acusado*) o presentarse como sátiras en forma narrativa (*Historias verdaderas*).

Las creaciones más importantes de este autor son el diálogo y la comedia, con un vínculo común, por cuanto el diálogo ofrece a Luciano posibilidades dramáticas a veces cómicas, y con la mayor frecuencia satíricas.

Hablar de creación de caracteres es exagerar las cosas: Luciano sólo crea tipos, caricaturas.

Su comedia es con frecuencia fina y delicada (*Diálogos de los dioses*) y adopta tres maneras:

---

5 *Lucien écrivain: imitation et création,* París, 1958.

1.ª Diálogos «traspuestos» de la Comedia Nueva y de la poesía alejandrina, sobre todo; se trata de los *Diálogos de las cortesanas, marinos, dioses,* en los que el artista muestra mejor su delicadeza de dramaturgo.

2.ª Diálogos «platónicos», en los que se tratan temas filosóficos: *Hermótimo, Anacarsis, Parásito, Tóxaris, El navío, El amigo de las mentiras,* etc.

3.ª Los que se pueden llamar lucianescos, de la serie menipea, descendientes de la Antigua Comedia y de la tradición cínica, que se considera representan lo mejor y más característico del autor, donde se encuentran las caricaturas más vigorosas y más divertidas y las situaciones más chocantes, son: *Icaromenipo, Diálogos de los muertos, El banquete, Dos veces acusado, El gallo, Timón,* etc.

Es el humor el que reclama la forma del diálogo y también quien inspira la parodia, el pastiche, la fantasía, que son el terreno en el que se mueve habitualmente Luciano como maestro.

En cuanto al elemento cómico, la parodia es el modo que tiene Luciano de tomar posesión de su herencia literaria. No se trata sólo de parodias abiertas de obras de historia (*Sobre la manera de escribir la historia*) o de pseudohistoria (*Historias verdaderas*) de diálogos socráticos (*Pseudosofista*), de temas conocidos (*Muerte de Peregrino, Alejandro*) o de pastiches de un estilo o un lenguaje determinado, pues la parodia está hecha a partes iguales de imitación y comedia.

Imitación y parodia constituyen en conjunto su manera de ser escritor, los principios inspiradores de toda su obra [6].

Respecto a su lengua, Luciano utiliza la lengua hablada en su época, cuya tendencia es la imitación de los grandes autores de la época clásica, dentro del movimiento iniciado en el siglo I, que se llama *aticismo.* Se trata de imitar a escritores como Platón, pero se cometen des-

---

[6] Reardon, *Courants littéraires grecs des II et II siècles après J.C.,* París, 1971.

viaciones de la norma que no se han explicado satisfactoriamente.

En su estilo, Luciano tiene su propio sello. Utiliza muchas citas clásicas, unas de adorno, literarias, innecesarias, tal vez tomadas de antologías; otras veces, las citas tienen una finalidad práctica, para dar autoridad a lo que se afirma.

Otro elemento característico del estilo de Luciano es el uso abundante de proverbios, también procedentes de colecciones antológicas, de origen retórico-escolar, ya que los autores contemporáneos usan las mismas citas.

Tampoco puede negarse el origen libresco del uso de símiles y metáforas por Luciano.

Tiene un vocabulario muy rico, sigue un ritmo muy vivo, con uso de anécdotas y fábulas y, en resumen, como todos los grandes autores del aticismo, usa una lengua artificial, imitando a los grandes escritores, combinando fórmulas escolares y otras de buen gusto, que le convierten en uno de los autores griegos más agradables de todas las épocas.

Ideas

La influencia del cinismo destaca entre las recibidas por Luciano. Es muy importante en su evolución el influjo de Menipo de Gádara, un cínico de la primera mitad del siglo III a. C., autor de lo que llamó Quintiliano sátira menipea, desgraciadamente perdida. Se han encontrado motivos menipeos en un grupo de diálogos muy relacionados entre sí, caracterizados por su actitud negativa frente a la religión popular, el desprecio de los afanes humanos y la crítica social. Se trata de los *Diálogos de los muertos, Icaromenipo, Caronte* y otros.

Autores como Caster[7] han visto en Luciano simpatías hacia el epicureísmo; al mismo tiempo, destaca su despreocupación por los problemas teóricos, rasgo común en

---

[7] *Lucien et la pensée religieuse de son temps,* París, 1938.

buena parte de la literatura del siglo II y en general de todo el helenismo tardío, cuando no se advierte ningún interés por la especulación, como ya han advertido los historiadores interesados en esta época.

Ultimamente, autores como Baldwin [8] han dado una interpretación marxista de Luciano, a partir de observaciones convencionalmente cínicas, en obras como *Diálogos de los muertos, La travesía* y otras, que lo inducen a hacer un elogio «socialista» del autor.

En otras obras, como el propio *Menipo,* se advierte una fuerte influencia escéptica, del mismo modo que aprecia el hedonismo de Aristipo y tiene un concepto peyorativo de Sócrates (*Historias verdaderas,* II, 18, y *Diálogos de los muertos,* XX, 4).

En resumen, puede advertirse una evolución de Luciano, desde la primera época, en que parece sentir cierta preocupación por los acontecimientos de su época, con una aparente «conversión» a la filosofía, que debió durar poco tiempo y refleja un profundo escepticismo. Ya en su etapa madura, desengañado de la filosofía y también de su propia época, se dedica a la sátira y a la crítica contra las costumbres y la propia filosofía. El rasgo más característico de esta época es su aspecto negativo, su orientación destructiva de todo lo que huele a falso, a falta de coherencia.

Luciano y la posteridad

Luciano no fue mencionado por sus contemporáneos y aparentemente fue desconocido por las generaciones inmediatas. El primer dato conocido por cita directa sería el de Alcifrón en sus *Cartas de heteras.* La relación con su contemporáneo Apuleyo no está clara, ni la de ambos con un tal Lucio de Patras, de quien habría tomado el tema de *El asno de oro.*

---

[8] «Lucien as a Social Satirist», *CQ,* N. S. 11 1961.

En Bizancio tenemos ya referencias fidedignas; despierta gran entusiasmo en Focio, Tzetzes y Magister; se le estudia por su claridad de estilo, su expresión retórica y técnica satírica. Se hacen versiones parciales y se le imita (Pródromos y Katrarios).

Procedentes de Bizancio, sus obras pasan a Italia. Desde el siglo XIV se le conoce por traducciones latinas, escritas por sabios griegos que pasaban a Italia. Aquí aparecen en 1420 manuscritos con sus obras completas. Se leen sobre todo sus obras retóricas (*Elogio de la mosca*), o sus obras moralizantes como *Caronte* y varios diálogos de los muertos. Rinuccio Aretino traduce la *Subasta de vidas*. No se le implica en cuestiones religiosas ni sociales contemporáneas, sino que se le considera el crítico de una religión y de una sociedad paganas desacreditadas. Hay imitaciones de diálogos de la muerte y de los dioses (Vegio y Alberti: *Intercoenales, Virtus dea,* etc.).

A lo largo del siglo XV se extiende el interés por el aprendizaje de la lengua griega y Luciano pasa a ser estudiado por una nueva generación de humanistas en el norte de Europa. Su obra se hace pronto muy popular entre los lectores renacentistas, que aprecian sus cualidades de penetrante agudeza y amarga ironía, así como su destreza retórica y variedad de temas.

La primera edición completa del texto griego de Luciano aparece en 1496, hecha por Janus Láscaris, griego al servicio del rey de Francia, destinado en la librería real de Fontainebleau, amigo y corresponsal de Guillermo Budé y de Erasmo. Muy pronto aparecerán las primeras traducciones. En 1500 ya se conocen traducciones latinas que circulan en medios cada vez más difundidos de lectores y simultáneamente aparecen traducciones a las principales lenguas vernáculas europeas. En 1495, el humanista Reuchlin realiza la versión alemana de los *Diálogos de los muertos* (que no se editará hasta 1536).

Ya en el siglo XVI las ediciones y traducciones se multiplican. Luciano es conocido desde Londres hasta Cracovia. En España, Juan de Jarava es el primer traductor, con el *Icaromenipo* (1544).

El mejor conocedor europeo de Luciano, autor él mismo de varias traducciones suyas, es Erasmo, ayudado en sus traducciones por Tomás Moro.

Erasmo lo cita por primera vez en 1499 en una carta a Lord Montjoy (*Historias verdaderas*). A partir de ese momento, en sus obras hay constantes alusiones, fundamentalmente en los *Adagios*. Creía que Luciano era un autor apropiado para el aprendizaje del griego y lo incluyó en el canon de autores clásicos. Lo veía como un excelente modelo de estilo, donde se combinaban la invención, claridad de lengua y valores para el entretenimiento. Pero, además, dejando a un lado su parte frívola, Erasmo vio en Luciano valores éticos de indudable interés. Los vicios que Luciano fustiga en sus sátiras, y los caracteres que los personifican, eran para Erasmo todo lo que él detestaba en su propio tiempo. Asociaba la decadencia de la Iglesia con la charlatanería y las pretensiones doctas de los intelectuales, que eran, como Luciano apuntaba, supersticiosos, hipócritas, soberbios y violentos. Explica los paralelos de carácter de su época con la de Luciano, compara a los teólogos y clérigos con los filósofos lucianescos. En alguno de sus prólogos dice que no sólo podía provocar una risa civilizada, sino también sugerir juicios morales; en su opinión, no hay ningún diálogo más provechoso y agradable que el *Timón,* «florecilla del jardín de las Musas».

Durante dos o tres décadas toda la obra mayor de Luciano estuvo en las manos de amigos de Erasmo, la mayor parte de ellos inclinados a la Reforma religiosa, con mayúscula o sin ella. Todos ellos promovían la conveniencia de utilizar a Luciano como texto en la enseñanza del griego, y al mismo tiempo convertían estos textos en bases para la polémica que envolvía a la jerarquía tradicional académica y teológica.

Pero este uso polémico fue en parte responsable del endurecimiento de la opinión conservadora (tanto católica como protestante) hacia Luciano y, por lo tanto, hacia Erasmo. Considerando al primero como símbolo de falta de respeto a los valores metafísicos de todo tipo y con-

trario a cualquier religión revelada, en 1549 se incluye a Luciano entre los autores de libros prohibidos. En 1559 el papa Pablo IV incluye en el Indice *Filopatris* y *Muerte de Peregrino.* Y Lutero dirá: «En mi lecho de muerte prohibiré a mi hijo que lea los *Coloquios* de Erasmo. Es peor que Luciano y se burla de todo bajo el pretexto de santidad.»

El diálogo no es una novedad en el siglo XVI. Hay una abundante literatura medieval de debate. Pero en una época de violenta controversia, se necesitaba una nueva forma de diálogo, con la que pudieran dramatizarse los nuevos conflictos de valores. Esta fue la base del atractivo de los diálogos satíricos de Luciano como forma. Erasmo fue el gran popularizador del género. En los años que siguieron a la ruptura con Roma, los diálogos satíricos fueron importantes en Alemania como medio de propaganda de la Reforma.

La influencia sustancial de Luciano en este área fue con mucho el resultado de los diálogos de Ulrich von Hutten. Hay en ellos alusiones a *Hermótimo, Menipo, Cataplus, Diálogos de los muertos, Falaris, Icaromenipo.* Esta nueva forma tuvo una circulación limitada en Alemania, pero es curioso cómo una obra esencialmente frívola y negativa contribuyó a forjar un arma importante en uno de los más serios choques de valores que Europa haya conocido nunca.

En Francia, el principal ejemplo de diálogo satírico de Luciano es *Cymbalum mundi,* de Bonaventure des Periers. Está tomado de los *Diálogos de los dioses, de los muertos, Timón* y otros. Tanto los diálogos de Hutten como los de Periers están escritos bajo la influencia del desarrollo de la Reforma y a la sombra de los *Coloquios* de Erasmo.

En España, una de las obras más notables y con mayor influencia de Luciano en este siglo es el *Crotalón* (1552), de autor anónimo, atribuido a Cristóbal de Villalón. Realmente, el marco del *Crotalón* está tomado del *Gallo,* como el autor confiesa en el prólogo: Conversaciones entre el zapatero Micilo y su gallo, y en el episodio en que el

gallo se acuerda de haber sido Juan de Votadios, judío errante, explotador de la común superstición, cuyo modelo es *Alejandro o el falso profeta.* El título *Crotalón* pudo ser sugerido por un pasaje de Luciano imitado en el canto XII (*Icaromenipo*). Y aún hay más influencias de otros textos lucianescos, que el autor confiesa en los cantos III, IV, X, XI, XII, XV y XVI.

En la segunda mitad del siglo, la influencia de Luciano estuvo encauzada a través de imitaciones de Erasmo. Este es el caso de Alfonso de Valdés en el *Diálogo de Mercurio y Carón* (1528), un ataque a la religión formalista y defensa de un ideal erasmiano de cristianismo positivo.

También se inspira en Luciano Luis Vives, sobre todo en la obra *De Europa dissidiis et bello turcico,* muy parecida a la erasmiana *Querela pacis,* que demuestra la preocupación de Luis Vives por la desunión europea frente al peligro turco. Aparece Minos como juez y figuras como Tiresias y Escipión, personajes de los *Diálogos de los muertos.*

La imitación de Luciano en la España de Felipe II es muy diferente. El Crotalón era lucianesco de corazón, mientras que Bartolomé Leonardo de Argensola es lucianesco en la forma, y así con *Demócrito, Menipo litigante* o *Dédalo. Demócrito* es una denuncia general de los vicios de la época, más específica en *Menipo litigante,* que ataca a la profesión legal. El más completo es *Dédalo* (alusión a Antonio Pérez), que se acomoda al *Icaromenipo.*

La influencia de los *Diálogos* está también presente en la literatura picaresca española. La segunda parte del *Lazarillo* es completamente lucianesca, con la conversión del héroe en atún. Asimismo, Mateo Alemán muestra en el *Guzmán de Alfarache* la influencia de Luciano, sobre todo en la asamblea de los dioses convocada por Júpiter, que recuerda *La Asamblea de los dioses* o el *Icaromenipo.* Mateo Alemán fue llamado por Gracián «el otro Luciano».

Cervantes también se deja influir por Luciano, sobre todo en obras como *El coloquio de los perros* o *El Licenciado Vidriera.* Las *Historias verdaderas* o el *Icaromenipo,* parodias de viajes y aventuras maravillosas de la

Baja Antigüedad, podrían también ser el modelo remoto del *Persiles y Segismunda.*

Mezcla de novela de viajes y picaresca, *El Diablo Cojuelo,* de Luis Vélez de Guevara, tiene detalles concretos que nos remontan a Luciano como en los vuelos de Cleofás y el Diablo.

Desde que en 1538 se publica en Frankfurt la primera edición greco-latina de *Opera Omnia,* de Luciano, hay intentos aislados para adaptar los diálogos a obras teatrales de mayor envergadura, como Hans Sachs, *Charon mit den abgeschiedenen Geistern.* Sin embargo, en la práctica el diálogo de Luciano es antiteatral por razones parecidas a la tragedia de Séneca. La única obra que tiene «garra» como fuente es el *Timón.*

La primera imitación del *Timón* es de 1430: *Claudi duo,* muy interesante porque el autor ha combinado el material de Luciano con una serie de temas y tipos de la comedia latina. Además le da a *Timón* una coherencia que falta en Luciano.

En 1494 se adapta *Timón* al teatro por obra de Mateo Boyardo. Es muy importante, ya que representa la transferencia de las convenciones escénicas medievales a las modernas.

Más compleja es la relación entre Luciano y *Timón de Atenas,* de Shakespeare. Aunque la base de la trama está tomada del *Plutarco* de North, detalles significativos derivan del *Timón* de Luciano. Es difícil determinar cómo llegaron estos detalles a Shakespeare. No había traducción inglesa, pero sí la latina de Erasmo. Hay muchos detalles no lucianescos, parecidos a Boyardo, pero es que ambos comparten lugares comunes del siglo XVI.

En el siglo XVI está de moda en Europa la literatura imaginativa y ésta siempre tendrá que asociarse con la idea de *Historias verdaderas,* de Luciano. La *Utopía* de Tomás Moro es bastante lucianesca en la forma, pero esta influencia se acentúa en el sarcasmo contra abogados o mercenarios. Las historias contadas a lo largo del argumento están inspiradas en parte en las doctrinas cínicas

de los diálogos, para tratar un documento humanista cristiano.

En Rabelais encontramos gran número de ideas, motivos, anécdotas y citas del autor griego. Con frecuencia es el proceso cómico, más que los temas en cuestión, los que marcan la influencia. Así, en el capítulo XXXIII del *Gargantúa* los nombres propios recuerdan los procedimientos lucianescos (conde Spadasim o capitán de Merdaille) o los diálogos absurdos entre Panurgo y Tronillo, o la resurrección de Epistemón, que cuenta lo que ha visto en el mundo de los muertos.

En *Cyrano de Bergerac,* «Histoire comique des etats et empires...», la dependencia de Luciano es más difícil de establecer, pero algunos paralelos son claros: idea de un doble viaje (*Icaromenipo, Historias verdaderas*) o un tono cínico en la sátira.

Quevedo es uno de los españoles lucianescos más representativos. Amargado, adivina la decadencia española y sus costumbres, política e instituciones son deformadas con una sátira mordaz. La parte más lograda de su obra son *Los Sueños,* donde es patente la influencia de Luciano. Son seis narraciones cortas escritas en forma de diálogo. En el *Sueño de las calaveras* fustiga cruelmente a los difuntos (abogados, médicos, poetas) que van pasando por el tribunal de Júpiter. En *Las zahurdas de Plutón* describe a las gentes que entran en el infierno (sastres, zapateros, libreros). *La visita de los chistes* es asimismo una excursión al mundo de los muertos.

Jonathan Swift tiene la ventaja de conocer las historias clásicas de viajes tan bien como Luciano. Pero la influencia de éste no puede ponerse en duda. Los *Viajes de Gulliver,* con mucha gracia satírica, están llenos de préstamos de *Historias verdaderas,* de *Icaromenipo* y de *Menipo.*

El *Viaje subterráneo* de Niels Klim, publicado en latín en 1741, es lucianesco, pero muy posiblemente le llegue a través de Swift.

A partir del siglo XVII se hacen populares los *Diálogos de los muertos,* que no habían tenido demasiado éxito

en el Renacimiento; esta popularidad crece en el siglo XVIII, con el movimiento ilustrado. Los filósofos los utilizan como vehículo para satirizar las costumbres e instituciones del Antiguo Régimen.

Fontenelle fue el primero que utilizó el *Diálogo de los muertos* para un intento de crítica política, religiosa y social. Ya hemos visto también que Quevedo hizo algo parecido. Pero quizá sea Boileau en *Les heros du roman* el mejor representante de la obra claramente lucianesca. La influencia es manifiesta en su puesta en escena y situación y la mayor diferencia entre ellos es la intención. Boileau lamenta el exceso sentimental de cierta literatura contemporánea, principalmente la novela, y procura ante todo, como Luciano, divertir al lector.

Fénelon, en sus *Dialogues des morts,* es el más próximo a una imitación directa; concretamente, en el diálogo *Alexandre et Diogène* reproduce una situación creada por Luciano en *Diálogos de los muertos,* XIII. Fénelon y Luciano son semejantes, más que por su forma literaria, por compartir una misma ética, la de que hay que acercarse a la moral por la vía de lo divertido. El título completo de su obra es, como se sabe, *Dialogues des morts pour l'education de Mgr. le Duc de Bourgogne* y da idea de la responsabilidad de Fénelon como preceptor del heredero del trono francés, por lo que en él el elemento de diversión, aunque esencial, tenía que estar subordinado al instructivo. Mientras que Boileau y Fénelon tuvieron poco éxito relativamente, la obra de Fontenelle es el origen de una gran corriente de imitadores, tanto en Francia como en Inglaterra y Alemania.

Fontenelle prepara el camino para Voltaire y será éste el que más se identificará con Luciano. Un fenómeno parecido ocurrió en el siglo XVI con Erasmo. Es curioso cómo Luciano se hace importante para los escritores europeos en dos momentos muy problemáticos de su historia: el siglo XVI con el Renacimiento y la Reforma y el siglo XVIII con la Ilustración y la aparición de las ideas que terminarán en la Revolución Francesa con el Ancien Régime. Pero es que también Luciano vive en una época

inestable y de crisis de valores, precursores de los acontecimientos del siglo III romano.

En 1765 Voltaire publica *Conversation de Lucien, Erasme et Rabelais dans les Champs Elysées.* En esta obra Luciano pregunta a Erasmo y Rabelais cuáles son los males de su época. Luciano sustituye aquí al propio Voltaire. En una carta a Federico el Grande, Voltaire explica a éste que intenta escribir en el estilo de Luciano. La clave por la que vemos a Voltaire con las características del propio samotense puede encontrarse en el *Dialogue entre Marc-Aurèle et un recollet,* de 1751. Voltaire, como Fontenelle, suprime el aparato del infierno y no tiene particular interés en los temas tradicionales de la igualdad ante la muerte. Los diálogos de Voltaire no tienen gran importancia en sí mismos, pero nos muestran cómo el siglo XVIII quedó por debajo de la forma de diálogo de la muerte que Fontenelle había utilizado.

En Alemania, las tres *Gespräche im Elysium,* de Wieland (1780), presentan un contraste interesante con los diálogos franceses que hemos visto. Wieland fue probablemente el escritor más profundamente influido por Luciano en toda la historia literaria de Europa. Dejando a un lado la notable traducción de las obras completas, que terminó tarde (1788), hay una amplia evidencia de su interés por Luciano, reflejado en muchas de sus obras. De la obra citada, el primer diálogo está inspirado en *Diálogo de los muertos,* 20 (llegada al Hades) y el tercero en *Diálogos de los muertos,* 30, sobre lo efímero de la belleza humana.

En Inglaterra, Fielding conocía a Luciano y le conocía bien; tenía no menos de nueve ediciones de obras selectas, porque él mismo estaba preparando una traducción. Tomaba a Luciano como un verdadero moralista, sobre todo en sus ataques a las patrañas religiosas, veía en él un *standard* positivo, ejemplo de buena vida, que había desarrollado el perfecto equilibrio satírico entre humor y ataque, estableciendo una significativa independencia estilística.

Fielding tiene imitaciones deliberadas de Luciano, y su deuda con nuestro autor es muy considerable y va desde unos pocos préstamos directos de escenas de *Diálogos de los muertos* sobre todo, al interés en géneros específicamente satíricos, y al desarrollo de artificios de presentación e ironía verbal, centrales en el estilo de Fielding.

Muchas de las semejanzas temáticas y de estilo afectan a elementos que pueden señalarse en otros escritores del siglo XVIII, sobre todo Swift, o en otros autores de épocas anteriores, a los que Fielding apreciaba, particularmente Cervantes, pero también Rabelais y Aristófanes.

Luciano no pasó a una oscuridad total en el siglo XIX, porque hay huellas de su influjo en la obra de grandes escritores, como Leopardi, y ejemplos de imitación consciente en obras como *Mario el epicúreo,* de Pater. Simplemente, dejó de crear un importante estímulo general, pero la duración del tiempo en que se sintió su influjo, sin duda no tiene paralelo en la historia literaria. Las interpretaciones variadas del texto de Luciano en los ocho siglos, desde León el Filósofo a Wieland, tienen rasgos comunes que parecen extraordinarios a los ojos modernos.

El material estudiado pone de relieve la ambigüedad de un autor que podía llamar la atención de los reformistas (Hutten), católicos (Argensola y el autor de *El Crotalón*) y agnósticos (Des Periers) por igual.

Es curioso el hecho de que, a pesar de que muchos autores imitan lo que hay en Luciano de moralista o de satírico, las cualidades que transfieren a sus obras son puramente literarias. Aunque Luciano no fue reconocido como un fenómeno literario hasta el siglo XX, la habilidad de la que depende su arte únicamente se transfirió a los escritores de Europa para emular una imagen muy diferente de su maestro.

Los Diálogos *de Luciano*

Los *Diálogos de los dioses* ocupan un primer lugar en la fama que consiguió Luciano como debelador de las

creencias religiosas del paganismo. Aquí aparecen los dioses de Homero, en rápidas caricaturas, mientras pasa por alto la astrología, la demonología y las religiones mistéricas, es decir, las más importantes manifestaciones de la religiosidad contemporánea. Las dos interpretaciones que han visto en Luciano, por una parte, a un partidario prematuro del libre examen o a un segundo Voltaire (como ocurre con algunos filósofos decimonónicos) y por otra (Caster o Bompaire) la falta de tradición literaria sobre las creencias de su época (lo que explicaría el desfase de la crítica religiosa de Luciano o incluso su impotencia para desprenderse de tópicos consagrados), parecen igualmente exageradas. Luciano veía extenderse en torno suyo las manifestaciones groseras de la superstición y luchó contra ella con sinceridad y acierto en sus escritos. Su gran fallo (seguimos a Luis Gil en su *Antología* de Luciano) fue el cerrarse en banda a toda comprensión del fenómeno religioso, lo que le impidió darse cuenta de que estaba en el cristianismo la única fuente capaz de calmar la sed de religión de sus contemporáneos.

En los *Diálogos de los dioses* Luciano trata temas conocidos por otros autores. Ridiculiza el nacimiento de Atenea narrado en *Himnos homéricos,* II, XXVIII, y por Hesíodo, *Teogonía,* 924-26. En el diálogo 24, entre Hermes y Maya, alude a la providencia de los dioses, que volvería a tratar en *Zeus trágico* y *Zeus refutado.* El número I parece traspuesto de una escena del *Prometeo* de Esquilo. El número II (*Hera y Zeus*) tiene semejanza con la *Pítica II* de Píndaro. Otros nos recuerdan pasajes muy conocidos de autores clásicos. Ello no quita, sin embargo, originalidad a Luciano en el empleo de estos procedimientos. Sabe darles vida propia, escoge la situación apropiada y hace chistes con los medios a su alcance.

Sobresale entre los temas el de las aventuras de Zeus en sus visitas a la Tierra para unirse a sus amadas mortales, pero hay otros temas, como los celos de Hera, los adulterios en el Olimpo, el juicio de Paris, discusiones entre los dioses, etc.

Los *Diálogos de los muertos* son los que tienen un aspecto más marcadamente satírico y muestran una mayor influencia menipea. Tienen un carácter más netamente filosófico que los anteriores y se caracterizan por su desprecio de la gloria, de la riqueza, de la belleza física y de todos los bienes pasajeros que seducen a los hombres. Todo lo mitológico queda reducido a pobres medidas humanas, conforme a un espíritu cínico nihilista, que no deja ningún mensaje positivo, sin la menor esperanza o consuelo. La necedad de los humanos queda también al descubierto. Sólo los filósofos cínicos, Diógenes, Crates, Antístenes y Menipo se dan cuenta de la verdad y no resultan vanos.

El mundo de estos muertos es terriblemente monótono. La muerte es la suprema realidad, que iguala a poderosos y humildes y para ello Luciano ha utilizado el fácil recurso de enfrentar a personajes poderosos, de la historia o de la mitología, para hacer que hablen con seres insignificantes que les enseñan la suprema lección, la nadería de la gloria humana. Aparecen en escena Escipión, Alejandro, Aníbal, Helena, Mausolo, para hacer ver la ridiculez de sus glorias o sus riquezas. También hay escenas en que el autor se complace en mostrar lo absurdo de la mitología y de las creencias de la época. Otros son auténticos sainetes, constituyendo un grupo aparte, como los dedicados a los «cazadores de herencias», que siempre resultan burlados.

Hay alguno de contenido retórico, como el 20, con la discusión entre Aníbal y Alejandro, pero el más rico en contenido filosófico es el 30, entre Minos y Sóstrato, en el que el astuto bandido demuestra al juez de los infiernos cómo la creencia en el destino anula toda responsabilidad individual y excluye cualquier fundamentación moral de un castigo *post mortem.*

Los *Diálogos marinos* son un complemento de los de los dioses y, como ellos, siguen el concepto que los antiguos tenían de la creación literaria como *mimesis,* es decir, acatamiento a modelos consagrados por una práctica de siglos. Así, destacan los méritos de Luciano por su pu-

reza de lengua, vivacidad de estilo y magistral dominio de todos los recursos de una larga tradición literaria.

En estos *Diálogos* Luciano, basándose en modelos clásicos, Homero sobre todo, recrea viejos temas con un tono asépticamente festivo. Casi todos ridiculizan también aventuras amorosas, pero sin ánimo de crítica. El diálogo XI caricaturiza un episodio del canto XXI de la *Ilíada* y el XV, que describe el cortejo nupcial de Zeus y Europa, tiene una gran belleza plástica.

Por último, los *Diálogos de las cortesanas* nos presentan el ambiente de la Atenas del siglo III a. C., lo mismo que las comedias de quinientos años antes. La trama de todos ellos es el germen de una comedia o cuadros de costumbres en el que las cortesanas nos cuentan sus problemas y preocupaciones para conservar el favor de sus ricos amantes. A pesar de lo escabroso del tema, en ningún caso llega Luciano a extremos pornográficos; la verdad es que, en este aspecto de su siglo, Luciano nos enseña poco; la misma tradición literaria, como un eco de la abundante literatura cómica existente, reduce los temas a una situación aséptica, con una gran ingenuidad comparadas con las que debía haber en la época de nuestro autor.

En nuestra traducción, que hemos tratado de verter a un español actual, pero manteniendo las características del original griego, hemos seguido el texto de Alsina en su edición de las *Obras de Luciano* en la Colección Hispánica de autores griegos y latinos, excepto para los *Diálogos de las cortesanas,* donde hemos utilizado la edición de Harmon y McLeod de Loeb. Hemos consultado las traducciones de Alsina, García Yagüe y Eulalia Vintró (para los *Diálogos de las hetairas*), así como las ediciones de Luis Gil, *Antología de Luciano,* CSIC, 1970, y J. Alsina (Introducción general a la edición de Luciano de la Biblioteca Clásica Gredos).

Bibliografía

Alsina, J.: *Luciano. Obras.* Volumen I: *El sueño. Diálogos de los dioses. Diálogos marinos.* Volumen II: *Diálogos de los muertos. El aficionado a las mentiras. Sobre la muerte de Peregrino.* Barcelona, Alma Mater, 1956.

——: *Luciano. Obras.* Introducción general por- Editorial Gredos, 1981.

Anderson, G.: *Lucian. Theme and variation in the second sophistic.* Leiden, 1976.

Bompaire, J.: *Lucien écrivain; imitation et création.* París, 1958.

Caster, M.: *Lucien et la pensée religieuse de son temps.* París, 1938.

Croiset, M.: *Essai sur la vie et les oeuvres de Lucien.* París, 1882.

García Yagüe, F.: *Luciano de Samosata. Diálogos de tendencia cínica.* Editora Nacional, Madrid, 1976.

Gil, Luis: *Antología de Luciano.* En colaboración con J. Zaragoza y Juan Gil. Instituto Antonio de Nebrija, Madrid, 1970.

Helm: Artículo «Lukian», en *RE,* vol. XIII, col. 1725 y ss.

——: *Lukian und Menip.* Leipzig, 1906.

Reardon, B. P.: *Courants littéraires grecs des II et II siècles aprés J.C.* París, 1971.

Robinson: *Lucian and his influence in Europe.* Londres, 1979.

RUMMEL, Erika: *Erasmus as a Translator of the Classics.* Londres, 1985.
SCIASCIA, L.: *I dialoghi.* Turín, 1974.
TOVAR, Antonio: *Luciano. Nueva versión directa.* Editorial Labor, 1949.
——: «En el primer giro» (*Estudios sobre la Antigüedad*). Madrid, 1941.
VINTRÓ, Eulalia: *Luciano de Samosata. Historias verdaderas. Diálogos de las hetairas. Prometeo o el Cáucaso. Timón o el Misántropo.* Labor, 1974.
VIVES, Antonio: *Luciano de Samosata en España.* La Laguna, 1959.

Diálogos de los dioses

I

Prometeo y Zeus

PROMETEO.—Suéltame, Zeus, que ya he sufrido males terribles.

ZEUS.—¿Que te suelte, dices, tú que merecerías tener cadenas todavía más pesadas y el Cáucaso entero sobre tu cabeza, con dieciséis buitres, que no sólo te royeran el hígado, sino que además te vaciaran los ojos, como compensación por habernos modelado semejantes seres vivos como son los hombres, habernos robado el fuego y haber fabricado a las mujeres?[1] ¿Y el engaño que me hiciste en el reparto de las carnes, ofreciéndome huesos cubiertos con grasa, mientras te guardabas para ti la mejor parte, qué se puede decir de esto?

PROMETEO.—¿Y no es suficiente el castigo que he pagado, estando tanto tiempo encadenado al Cáucaso y ali-

[1] Véase Hesíodo, *Teogonía,* 560 y ss.

mentando con mi hígado al águila, que así sea maldita entre todas las aves?

ZEUS.—Pues eso no es ni una pequeñísima parte de lo que tendrías que sufrir.

PROMETEO.—Aparte de que no me soltarás gratis, Zeus, sino que te revelaré una cosa muy importante.

ZEUS.—¿Tratas de engañarme, Prometeo?

PROMETEO.—¿Y qué ganaría yo con ello? Porque a ti no se te volverá a olvidar dónde está el Cáucaso, ni te faltarán ataduras si resulta que me coges ideando alguna treta.

ZEUS.—Dime primero qué recompensa me vas a ofrecer que sea importante para mí.

PROMETEO.—Y si te digo adónde te diriges ahora, ¿mereceré tu credulidad en mis posteriores profecías?

ZEUS.—Desde luego.

PROMETEO.—Vas a casa de Tetis, para estar con ella.

ZEUS.—Esto lo acertaste. Pero ¿qué pasará luego? Porque parece que vas a decir la verdad.

PROMETEO.—No hagas el amor con ella, Zeus; porque si llega a quedarse embarazada de ti, el hijo que nazca te hará a ti lo mismo que tú hiciste a...[2]

ZEUS.—¿Quieres decir que seré derribado del poder?

PROMETEO.—¡Que no te ocurra tal cosa, Zeus! Pero tu unión con ella crea esta amenaza.

ZEUS.—Entonces que Tetis se vaya a la porra, y en cuanto a ti, que Hefesto te suelte a cambio de este consejo.

II

EROS Y ZEUS

EROS.—Si en alguna cosa me he equivocado, Zeus, perdóname, pues sólo soy un niño y todavía no tengo uso de razón.

---

[2] Aposiopesis. Zeus interrumpe a su interlocutor, que trataba de aludir al destronamiento de Cronos por su hijo Zeus. Cfr. Hesíodo, *Teogonía,* 459 y ss.

ZEUS.—¿Tú un niño, Eros, que eres mucho más viejo que Japeto? [3] ¿Acaso porque no llevas barba ni tienes canas, pretendes pasar por un niño, siendo como eres un viejo bribón?

EROS.—¿Y qué grave ofensa ha podido cometer contra ti ese viejo que dices que soy yo, para que intentes cargarme de cadenas?

ZEUS.—Mira, maldito, si la ofensa es pequeña: te pitorreas de mí de tal forma que ya no queda nada en que no me hayas convertido, sátiro, toro, oro, cisne, águila [4]. En cambio, nunca has conseguido que ninguna se enamore de mí, ni recuerdo que ninguna mujer me haya deseado gracias a tu intervención; más bien, he tenido que usar brujerías con ellas y ocultar mi propia persona. Así ellas aman a un toro o a un cisne, pero si me ven como soy, se mueren de miedo.

EROS.—Es lógico, Zeus, porque al ser mortales no soportan tu mirada.

ZEUS.—Entonces, ¿cómo es que a Apolo lo aman Branco y Jacinto? [5]

EROS.—Sí, pero en cambio Dafne [6] lo rechazó a él tam-

---

[3] Sobre Eros, más viejo que Japeto, ver Hesíodo, *Teogonía,* 120 y ss. Japeto era un Titán, padre de Prometeo (Hes., *Teog.,* 134 y siguientes). Pertenece a la primera generación divina.

[4] Alusión a las distintas formas que adoptó Zeus para relacionarse con sus amadas mortales: Como sátiro, se unió a Antíope, que le dio gemelos, Anfión y Zeto (Apolodoro, *Biblioteca,* III, 5, 5). Como toro, para raptar a Europa (de esta unión nacen Minos, Sarpedón y Radamante). Ver *Ilíada,* XII, 292. En forma de lluvia se unió a Dánae, encerrada en una mazmorra por su padre Acrisio: de esta unión nacerá Perseo. Como cisne se unió a Leda, que le dio, en dos partos dobles: Pólux y Clitemestra, Helena y Cástor. Por último, con figura de águila, raptó a Ganimedes (cf. Píndaro, *Olíntica,* I, 40 y ss.).

[5] El nombre de Jacinto corresponde a un dios prehelénico, cuyo culto pasó posteriormente a Apolo. Esta fusión de cultos se refleja en el mito de Jacinto convertido en amado de Apolo (Ovidio, *Metamorfosis,* X, 162 y ss.). Branco, hijo de un héroe procedente de Delfos, fundó un oráculo a Apolo en Dídima.

[6] De la transformación de Dafne en laurel para escapar a la persecución amorosa de Apolo, habla Ovidio en *Metamorfosis,* I, 452 y ss.

bién, a pesar de su cabellera y su rostro barbilampiño. Pero si tú quieres que te deseen, no agites la égida ni lleves contigo el rayo; más bien, preséntate lo más seductor posible, déjate caer los bucles a los dos lados de la frente, recogiéndolos con la trencilla; ponte un traje de púrpura, cálzate sandalias de oro, camina rítmicamente al son de la flauta y los tímpanos, y verás cómo te siguen más mujeres que las Ménades de Dioniso.

ZEUS.—¡Vamos anda! No aceptaría que me desearan a cambio de ponerme de esa manera.

EROS.—En ese caso, Zeus, no trates de hacer el amor, pues esto es lo más fácil.

ZEUS.—¡No! Yo quiero amar, pero quiero conseguirlo por medios menos costosos. Con esta condición te dejaré libre.

III

ZEUS Y HERMES

ZEUS.—¿Conoces a la hermosa hija de Inaco, Hermes?

HERMES.—Sí, te refieres a Io [7].

ZEUS.—Pues ya no es una muchacha, sino una ternera.

HERMES.—Eso es extraordinario. ¿De qué manera se produjo el cambio?

ZEUS.—Hera la ha metamorfoseado en un ataque de celos; pero además ha tramado contra la pobre muchacha otra terrible novedad: ha puesto junto a ella un pastor que se llama Argos, que tiene cien ojos y la vigila y nunca se duerme.

HERMES.—Está bien, ¿qué tenemos que hacer nosotros?

ZEUS.—Vete volando a Nemea —pues allí es donde Argos pastorea— y mátalo. A Io condúcela a Egipto a través

---

[7] Io fue convertida en ternera a causa de los celos de Hera. *Apolodoro,* III, 1, 3. Ovidio, *Metamorfosis,* I, 568 y ss. Esquilo, *Prometeo,* 563 y ss.

del mar y conviértela en Isis. Y que en lo sucesivo sea una divinidad del pueblo de Egipto, que haga subir el Nilo, que les envíe los vientos y salve a los navegantes.

IV

Zeus y Ganimedes [8]

Zeus.—Ea, Ganimedes; puesto que ya hemos llegado donde nos habíamos propuesto, dame un beso ya, para que veas que no tengo ni pico encorvado ni uñas afiladas, ni alas, tal como me presenté a ti, con aspecto de pájaro.

Ganimedes.—¡Hombre! ¿No eras un águila hace un momento, cuando te lanzaste sobre mí y me raptaste de en medio de mi rebaño?, ¿cómo se te han caído aquellas alas y te presentas completamente distinto?

Zeus.—No estás viendo a un hombre, muchacho, ni a un águila, yo soy el rey de todos los dioses, que me he transformado oportunamente.

Ganimedes.—¿Qué dices? ¿Entonces tú eres nuestro dios Pan? ¿Y cómo no llevas entonces la flauta ni cuernos, ni tienes las piernas peludas?

Zeus.—¿Acaso tú crees que sólo él es un dios?

Ganimedes.—Sí, y le sacrificamos un macho cabrío sin castrar, que le llevamos a la gruta, donde está su estatua. En cuanto a ti, me parece que eres un secuestrador de niños.

Zeus.—Dime, ¿es que no has oído el nombre de Zeus, ni has visto en el Gárgaro el altar del que envía la lluvia y el trueno y produce el rayo?

Ganimedes.—¿Y tú, señor, afirmas ser el que recientemente arrojaste sobre nosotros una tremenda granizada, el que, según dicen, habita en las alturas, el que

---

[8] V. *Apolodoro,* III, 11, 2. Este mito es un reflejo de las costumbres pederastas de la Grecia antigua.

produce tanto ruido, a quien mi padre sacrificó un carnero? Y si es así, ¿qué daño te he hecho yo para que me hayas raptado?, ¡oh señor de los dioses! A lo mejor entretanto los lobos caerán sobre mis ovejas abandonadas y las devorarán.

ZEUS.—¿Todavía te preocupas de tus ovejas, ahora que te has hecho inmortal y cuando vas a quedarte con nosotros?

GANIMEDES.—¿Qué dices? ¿No me vas a llevar en seguida de regreso al monte Ida?

ZEUS.—¡De ninguna manera! Porque, en ese caso, me habría convertido de dios en águila inútilmente.

GANIMEDES.—Entonces mi padre me buscará, se enfadará cuando no me encuentre y luego recibiré unos cuantos azotes por haber abandonado al rebaño.

ZEUS.—No es posible. ¿Cómo te iba a ver?

GANIMEDES.—No lo hagas, que ya empiezo a echarlo de menos. Si me dejas volver, te prometo sacrificarte otro carnero, de su parte, como pago de mi rescate. Tenemos uno de tres años, grande, que guía a los demás en el pasto.

ZEUS.—¡Qué inocente es el muchacho!, ¡qué simple, qué niño todavía! Mira, Ganimedes, despídete de todo eso y olvídate del rebaño y del Ida. Porque tú, que ya eres un habitante del cielo, desde aquí podrás hacer muchos favores a tu padre y a tu patria. Y en vez de queso y de leche, comerás ambrosía y beberás néctar, que tú mismo nos ofrecerás y escanciarás a nosotros los dioses. Y, lo más importante, es que ya no serás un hombre, sino un inmortal, y yo haré que tu estrella brille con mucha hermosura. En una palabra, serás feliz.

GANIMEDES.—Y cuando tenga ganas de jugar, ¿quién jugará conmigo? Porque en el Ida éramos muchos de la misma edad.

ZEUS.—También aquí tendrás a Eros para jugar contigo, y además muchísimas tabas [9]. Lo único que has de ha-

[9] Una escena parecida, de Eros jugando a las tabas con Ganimedes, puede verse en Apolonio de Rodas, *Argonáutica,* III, 114 y ss., que pudo inspirar a Luciano.

cer es tranquilizarte, mostrarte alegre y no echar de menos ninguna de las cosas de la tierra.

GANIMEDES.—¿Y en qué podría seros útil? ¿También aquí tendré que apacentar rebaños?

ZEUS.—No, tú escanciarás el vino, estarás encargado del néctar y cuidarás del banquete.

GANIMEDES.—Eso no es difícil, pues yo sé cómo hay que sacar la leche y ofrecer el cuenco.

ZEUS.—¡Vaya! Otra vez se acuerda de la leche y cree que va a servir a mortales. Esto que ves es el cielo y aquí bebemos néctar, como te dije.

GANIMEDES.—¿Es más bueno que la leche, Zeus?

ZEUS.—Lo vas a saber dentro de poco, y cuando lo hayas probado, ya no volverás a echar de menos la leche.

GANIMEDES.—¿Y con quién me acostaré por la noche? ¿Con mi compañero Eros?

ZEUS.—No, que precisamente por eso te rapté, para que durmiéramos juntos.

GANIMEDES.—¿Es que no puedes dormir solo y prefieres dormir conmigo?

ZEUS.—Sí, especialmente con un muchacho como tú, Ganimedes.

GANIMEDES.—¿Y de qué te servirá mi belleza para dormirte?

ZEUS.—Tiene un dulce hechizo y hace conciliar un sueño más suave.

GANIMEDES.—En cambio, mi padre se enfadaba conmigo cuando dormíamos juntos, y por la mañana decía que yo no le había dejado dormir, dando vueltas y patadas y gritando cada vez que me dormía. Por ello con frecuencia me mandaba a dormir con mi madre. De manera que, si, como dices, me raptaste para esto, procura devolverme de nuevo a la tierra o tendrás problemas con el insomnio, porque te molestaré continuamente, dando vueltas sin parar.

ZEUS.—Eso es precisamente en lo que me darás más gusto, desvelándome contigo, mientras te beso y te abrazo muchas veces.

GANIMEDES.—Tú sabrás lo que haces, porque yo dormiré mientras tú me besas.

ZEUS.—Entonces ya veremos lo que hay que hacer. Ahora, Hermes, llévatelo, y una vez que haya tomado la bebida de la inmortalidad, tráetelo para que nos escancie, pero antes enséñale cómo hay que ofrecer la copa.

V

HERA Y ZEUS

HERA.—Desde que arrebataste del Ida a ese muchacho frigio y lo trajiste aquí, me haces menos caso, Zeus[10].

ZEUS.—¿También estás celosa, Hera, de este muchacho tan inocente e inofensivo? Yo creía que sólo te enfadabas contra las mujeres que tienen relaciones conmigo.

HERA.—No está bien lo que haces, ni es decoroso para ti, que siendo el señor de todos los dioses, me abandones a mí, tu esposa legítima, y desciendas a la tierra para cometer adulterios, convertido en oro, en sátiro o en toro. Sólo que aquellas mujeres se te quedan en la tierra, mientras que este muchachito del Ida, al que raptaste y trajiste volando, ¡oh tú la más noble de las águilas!, incluso convive con nosotros, preferido a mí misma, como «escanciador», según tus palabras. ¿Tan mal estabas de escanciadores? ¿Es que han dimitido de sus cargos Hebe y Hefesto? Y por lo que a ti se refiere, nunca tomas la copa de sus manos sin darle antes un beso, en presencia de todos, y su beso te resulta más agradable que el néctar. Por la misma razón, aunque no tengas sed, le pides de beber muchas veces, e incluso hay ocasiones en que sólo probando el licor le devuelves la copa, y cuando él ha bebido, la

---

10 Tema ya tratado en *Diálogo de los dioses,* IV.

tomas de nuevo y bebes en ella lo que queda, poniendo tus labios en el mismo sitio en que él bebió, para poder seguir besándole mientras bebes. Y no hace mucho tiempo que tú, rey y padre de todos los dioses, dejaste a un lado la égida y el rayo y te sentaste con él a jugar a las tabas, con toda tu barba. Lo veo todo, de modo que no creas que me engañas.

ZEUS.—¿Y qué tiene de malo besar a un muchacho tan hermoso mientras estoy bebiendo y en que goce a la vez de ambos placeres, del beso y del néctar? Si se me ocurriera una sola vez dejar que te besara, ya no me echarías en cara que crea que su beso es para mí preferible al néctar.

HERA.—Esos son argumentos propios de pederastas. En cuanto a mí, ojalá no me sienta nunca tan loca como para acercar mis labios a los de ese frigio tan blandito y afeminado.

ZEUS.—No insultes a mis queridos, noble Hera. Porque ese afeminado, ese bárbaro, ese muchacho tan blandito, es para mí más agradable y apetitoso que..., no te lo quiero decir, para no irritarte más todavía.

HERA.—Por mí, como si quieres casarte con él, pero acuérdate de que me estás insultando como si estuvieras borracho, por culpa de ese escanciador.

ZEUS.—No, si por lo visto tendría que ser tu hijo Hefesto, con su cojera, quien nos sirviera la bebida, recién llegado de la fragua, todavía lleno de pavesas, cuando acaba de dejar las tenazas. Y nosotros tenemos que tomar la copa de sus manos, abrazarle y besarle entre tanto, cuando ni siquiera tú, su propia madre, le besarías a gusto, estando como está con el rostro todo negro de hollín [11]. ¿Es eso más agradable, por lo visto? Ese copero es mucho más adecuado para el banquete de los dioses, por lo que se ve, y en cambio Ganimedes debe ser devuelto de nuevo al Ida, porque está más limpio, tiene los dedos rosados, sabe ofrecer la copa y,

[11] Es un lugar común en la literatura griega la figura de Hefesto tiznado de hollín al salir de la fragua (*Ilíada,* XVIII, 369 y ss.).

lo que a ti más te fastidia, sus besos son más dulces que el néctar.

HERA.—Es ahora cuando Hefesto es cojo y sus dedos son indignos de tu copa y está cubierto de hollín y te mareas sólo de verle, Zeus, desde que el Ida crió este hermoso muchacho con su larga cabellera. Porque antes no te dabas cuenta de ello, ni las pavesas ni la fragua te impedían tomar la copa de sus manos.

ZEUS.—Te estás torturando a ti misma, Hera, y no consigues otra cosa que enardecer más mi amor con tus celos. Si te molesta recibir la copa de un muchacho tan hermoso, que te la escancie tu hijo. Y tú, Ganimedes, pásame la copa a mí solo, y cada vez dame dos besos, uno cuando me la ofrezcas llena y otro cuando yo te la devuelva. Pero ¿qué es eso? ¿Lloras? No temas, porque alguien se lamentará, si intenta hacerte algún daño.

VI

HERA Y ZEUS

HERA.—Y ese Ixión, Zeus, ¿tú qué crees que es? [12]

ZEUS.—Me parece que es un hombre honrado, Hera, y además un buen comensal, pues no estaría con nosotros si fuera indigno de compartir nuestra mesa.

HERA.—Pues es indigno de ello, ya que es un insolente, de modo que no debe compartir nuestra compañía.

ZEUS.—¿Pues qué insolencia ha cometido? Porque yo debo saberlo también, creo yo.

[12] Píndaro, en su *Pítica,* II, 39 y ss., alude al crimen de Ixión, padre de Piritoo, el amigo de Teseo —que por su crimen fue condenado a quedar eternamente encadenado a una rueda de fuego, que gira sin cesar por los aires.

HERA.—¿Qué otra insolencia ha podido cometer sino...? Pero me da vergüenza decirlo, tan grande fue su osadía.

ZEUS.—Pues precisamente por eso debes decírmelo, por cuanto intentó cometer actos vergonzosos. ¿Acaso trató de seducir a alguna diosa? Porque me imagino que debe ser alguna inmoralidad de este tipo la que a ti te daría escrúpulos contarme.

HERA.—A mí en persona, no a cualquier otra, Zeus, y desde hace mucho tiempo. Al principio, yo no me daba cuenta del motivo por el que me miraba fijamente, pero él gemía y lloriqueaba, y cada vez que le devolvía la copa a Ganimedes después de beber, él pedía de beber en la misma, la cogía y la llenaba de besos, la levantaba hacia sus ojos y volvía a mirarme. Entonces me di cuenta ya de que se trataba de gestos amorosos y durante mucho tiempo me dio vergüenza contártelo y tenía la esperanza de que al hombre se le pasaría la chaladura, pero una vez que se atrevió a hacerme proposiciones, he venido a decírtelo y le he dejado llorando, postrado de rodillas, teniendo que taparme los oídos para no tener que oír sus súplicas desvergonzadas. Tú verás cómo lo castigas.

ZEUS.—¡Estupendo! ¿Con que el maldito va contra mí y aspira al lecho de Hera? ¿Tan borracho está de néctar? Pero la culpa la tenemos nosotros, que, por nuestra desmedida simpatía hacia el género humano, los hemos convertido en nuestros invitados. A ellos hay que disculparles que, bebiendo como nosotros y contemplando las bellezas celestiales, como nunca vieron cosa parecida en la tierra, aspiren a gozar de ellas prendidos por el amor. El amor es una fuerza violenta, e impone su poder no sólo entre los hombres, sino a veces incluso entre nosotros mismos.

HERA.—De ti, desde luego, él es dueño y señor, y te lleva y te arrastra, como dicen, de las narices, y tú le sigues adondequiera que te conduzca y te conviertes con facilidad en lo que te mande y, en una palabra, eres propiedad y juguete del amor. Ahora, ya sé que vas a per-

donar a Ixión, porque tú también en una ocasión cometiste adulterio con su mujer, que te hizo padre de Piritoo.

ZEUS.—¿Todavía te acuerdas de aquellas diversiones, con las que yo me entretenía cuando bajaba a la tierra? Pero, volviendo al asunto, ¿sabes lo que opino acerca de Ixión? Nada de castigarle ni de eliminarle del banquete. Sería una grosería. Pero ya que está enamorado, y según dices llora y sufre lo indecible...

HERA.—¿Qué, Zeus? Porque me temo que también tú vayas a proponer alguna insolencia.

ZEUS.—Nada de eso. Hagamos con una nube una imagen que se te parezca; cuando el banquete se dé por terminado y, como es de suponer, él no pueda conciliar el sueño por culpa del amor, se la llevaremos y la acostaremos a su lado. Tal vez de esta manera terminen sus angustias, cuando crea que ha conseguido el objeto de sus deseos.

HERA.—¡Ni hablar! ¡Maldito sea, por haber deseado lo que estaba por encima de sus posibilidades!

ZEUS.—Tranquila, Hera. ¿Qué daño puede hacerte esta imagen, si Ixión se va a unir con una nube?

HERA.—Pero es que creerá que la nube soy yo, y por la semejanza que hay, cometerá conmigo la indignidad.

ZEUS.—No digas eso, porque la nube jamás podrá ser Hera, ni tú, nube. El único engañado será Ixión.

HERA.—Pero como todos los hombres son tan necios, a lo mejor, cuando baje a la tierra, se vanagloriará y andará contando a todos que se ha acostado con Hera y que ha compartido el lecho de Zeus; a lo mejor, hasta llega a decir que yo estaba enamorada de él, y ellos lo creerán, por no saber que se unió con una nube.

ZEUS.—Pues si dice una cosa así, lo precipitaré en el Hades, y, atado el desdichado a una rueda, estará siempre dando vueltas con ella y tendrá un trabajo incesante, como castigo no de su amor —porque esto no tiene importancia—, sino de su vanagloria.

VII

Hefesto y Apolo

HEFESTO.—Apolo, ¿has visto al hijo de Maya que acaba de nacer? ¡Qué hermoso es! ¡Cómo sonríe a todos y da a entender que va a ser un gran bien!

APOLO.—¿Que ese niño va a ser un gran bien, Hefesto? ¡Un niño que es más viejo que Japeto en malicia! [13]

HEFESTO.—Pero ¿qué daño podría hacer, siendo un recién nacido?

APOLO.—Pregúntaselo a Posidón, a quien le robó el tridente, o a Ares, al que también le robó, sin que se diera cuenta, la espada de la vaina, por no hablar de mí mismo, ya que me quitó el arco y las flechas.

HEFESTO.—¿Eso ha hecho el recién nacido, que apenas se sostiene de pie, que todavía está en pañales?

APOLO.—Ya lo sabrás, con sólo que se te acerque.

HEFESTO.—Pues ya se me acercó.

APOLO.—¿Y qué pasó? ¿Tienes todas tus herramientas? ¿No has perdido ninguna?

HEFESTO.—Las tengo todas, Apolo.

APOLO.—De todas formas, mira bien.

HEFESTO.—¡Por Zeus! No veo las tenazas.

APOLO.—Pues las verás, sin duda, entre los pañales del niño.

HEFESTO.—¿Tan mañoso es, como si hubiera practicado las raterías en el vientre de su madre?

APOLO.—¡Y eso que no lo has oído hablar con facundia y desenvoltura! ¡Hasta está dispuesto a prestarnos sus servicios! Ayer desafió a Eros, en un periquete lo derribó al suelo poniéndole una zancadilla, todavía no sé cómo; luego, mientras lo aplaudían, al felicitarle Afrodita con un abrazo, le quitó el ceñidor y a Zeus el cetro mientras se estaba riendo. Y si el rayo no fuera tan pesado y no tuviera fuego, también se lo habría quitado.

---

[13] Véase nota 3 de estos *Diálogos*.

HEFESTO.—Me estás hablando de un muchacho verdaderamente horrible.

APOLO.—No sólo eso, sino que afirmo que también ya es un músico.

HEFESTO.—¿Y en qué te apoyas para decirlo?

APOLO.—Encontró en alguna parte una tortuga muerta, y con ella se fabricó un instrumento de música: le ajustó brazos y un yugo, añadió a continuación unas clavijas, puso debajo un puente, lo tensó con siete cuerdas y se puso a entonar una melodía tan dulce, Hefesto, y tan afinada que incluso a mí, que practico desde hace tiempo la cítara, me dio envidia. Maya asegura que ni siquiera por la noche se queda en el cielo, sino que movido por la curiosidad, baja hasta el Hades, con toda seguridad para robar también algo allí. Además, lleva alas en los pies y se ha hecho una varita que tiene una fuerza mágica, con la que conduce a las almas y dirige a los muertos.

HEFESTO.—Fui yo quien se la di, para que jugara con ella.

APOLO.—Pues mira cómo te lo ha pagado. Las tenazas...

HEFESTO.—Has hecho bien al recordármelo, así que voy a recuperarlas, si como dices pueden estar entre los pañales.

VIII

HEFESTO Y ZEUS

HEFESTO.—¿Qué es lo que tengo que hacer, Zeus? Aquí me tienes, como me ordenaste, con el hacha tan afilada que podría partir una piedra de un solo tajo.

ZEUS.—Muy bien, Hefesto. ¡Ea! Descarga un buen golpe sobre mi cabeza y pártemela en dos.

HEFESTO.—¿Estás tratando de probarme, para ver si he perdido el juicio? Vamos, dime qué es realmente lo que quieres que haga por ti.

ZEUS.—Eso mismo, que me partas el cráneo. Y si me desobedeces, no será la primera vez que pruebes mi cólera [14]. Pero tienes que dar el golpe con toda tu fuerza, sin más retrasos, porque me muero de dolor de parto, que me está trastornando el cerebro.

HEFESTO.—Mira, Zeus, no vayamos a hacer una barbaridad, que el hacha es aguda y te ayudará a parir con mucho derramamiento de sangre y no a la manera de Ilitia.

ZEUS.—Tú, Hefesto, limítate a dar el golpe sin miedo, que yo sé lo que me conviene.

HEFESTO.—Aunque sea contra mi voluntad, daré el golpe. ¿Qué otra cosa puedo hacer, si tú lo ordenas?... ¿Qué es esto? [15] ¿Una doncella armada? Grande era el mal que tenías en la cabeza, Zeus. Con razón estabas tan irritable, puesto que bajo tu cerebro estabas engendrando una doncella tan grande, y armada por añadidura. Sin que tú lo supieras, tenías un campamento por cabeza. Y ella salta, y baila danzas pírricas, agita el escudo; blande la lanza y está llena de furor divino. Y, lo que es más importante, en poco tiempo se ha puesto bellísima y ha llegado a la flor de la edad. Es cierto que tiene los ojos verdes [16], pero también esto la embellece, haciendo juego con el casco. Por todo ello, Zeus, dámela en matrimonio como pago por mis servicios de comadrona.

ZEUS.—Pides una cosa imposible, Hefesto, porque quiere permanecer eternamente doncella [17]. Pero, en lo que de mí depende, no tengo nada en contra.

HEFESTO.—Eso es lo que yo quería; lo demás es cosa mía y voy a raptarla.

---

[14] Parece que le recuerda su cojera, consecuencia de haberse puesto a favor de su madre Hera en una discusión con Zeus. Este lo cogió por un pie y lo lanzó desde el Olimpo. Cayó en la isla de Lemnos y quedó cojo para siempre.

[15] Hefesto muestra su sorpresa al ver nacer a Atenea de la cabeza de Zeus. V. Hesíodo, *Teogonía*, 887 y ss.

[16] Los ojos verdes no gustaban a los antiguos. Cf. *Diálogos de las cortesanas,* II.

[17] Efectivamente, Atenea es, por antonomasia, la «virgen».

ZEUS.—Hazlo, si es que puedes arreglártelas, sólo que estoy convencido de que pretendes un imposible.

IX

POSIDÓN Y HERMES

POSIDÓN.—Hermes, ¿se puede celebrar ahora una entrevista con Zeus?

HERMES.—De ninguna manera, Posidón.

POSIDÓN.—Anúnciame, de todas formas.

HERMES.—Te digo que no molestes; no es un momento oportuno, de modo que no puedes verle por ahora.

POSIDÓN.—¿Es que está con Hera?

HERMES.—No, se trata de otra cosa.

POSIDÓN.—Comprendo; es Ganimedes el que está dentro.

HERMES.—Tampoco es eso; está indispuesto.

POSIDÓN.—¿Cómo, Hermes? Porque estás diciendo una cosa muy rara.

HERMES.—Me da vergüenza decírtelo, eso es lo que pasa.

POSIDÓN.—Pero no debes tenerla de mí, que soy tu tío.

HERMES.—Acaba de dar a luz hace un momento, Posidón [18].

POSIDÓN.—¡Vamos anda! ¿Él de parto? ¿De quién? ¿Es que no nos hemos dado cuenta de que era andrógino? Pero si su vientre no dejaba entrever ninguna hinchazón...

HERMES.—Tienes razón, pero no era allí donde estaba el feto.

POSIDÓN.—Ya sé, ha vuelto a dar a luz por la cabeza, como hizo con Atenea. Tiene la cabeza paridora.

HERMES.—No es eso, sino que estaba gestando en el muslo el feto sacado de Semele.

---

[18] El nacimiento de Dioniso, cuya gestación tuvo lugar en el vientre de Semele y fue recogido por Zeus, que lo colocó en su muslo, puede verse en Apolodoro, *Biblioteca,* III, 4, 2, y Eurípides, *Bacantes,* 266 y ss.

POSIDÓN.—¡Bravo por este dios estupendo, que se queda embarazado de la cabeza a los pies y da a luz por todas partes de su cuerpo! Pero ¿quién es Semele?

HERMES.—Es tebana, una de las hijas de Cadmo. Tuvo relaciones con ella y la dejó embarazada.

POSIDÓN.—¿Y luego, Hermes, parió él en vez de ella?

HERMES.—Así es, por raro que te parezca. Pues Hera —que ya sabes lo celosa que es— se fue de tapadillo a casa de Semele, y la convenció de que le pidiera a Zeus que fuese a verla con sus relámpagos y sus truenos. Cuando Zeus se dejó convencer, y se presentó además con el rayo, ardió el techo y Semele murió a causa del fuego. Entonces me ordenó que abriera el vientre de la mujer y le sacara el feto, todavía sin formar, pues estaba de siete meses. Cuando hice lo que me mandaba, se abrió el muslo y colocó allí el feto, para que terminara allí su desarrollo; ahora, al cabo de dos meses, lo ha dado a luz y está delicado a causa de los dolores del parto.

POSIDÓN.—Entonces, ¿dónde está el niño ahora?

HERMES.—Lo he llevado a Nisa y se lo he dado a las ninfas para que lo críen, después de ponerle el nombre de Dioniso.

POSIDÓN.—Entonces, ¿mi hermano es al mismo tiempo el padre y la madre de Dioniso?

HERMES.—Así parece. Me marcho, pues, a traerle agua para la herida y a prodigarle los cuidados que suelen aplicarse a una mujer recién parida.

X

HERMES Y HELIOS

HERMES.—Helios, dice Zeus que no saques el carro hoy, ni mañana ni pasado, sino que te quedes en casa, de forma que este intervalo sea una sola noche prolonga-

da; de manera que las horas desenganchen otra vez sus caballos, y tú apaga el fuego y tómate un largo descanso.

HELIOS.—Hermes, este mensaje que vienes a traerme es nuevo e inaudito. ¿Acaso cree que me he extraviado en mi carrera y que me he salido de la pista y por eso se ha enfadado, y ha decidido que la noche sea tres veces más larga que el día?

HERMES.—Nada de eso, ni tampoco será así para siempre, pero ahora necesita que la noche sea más larga.

HELIOS.—¿Dónde está? ¿Desde dónde te ha enviado para comunicarme este mensaje?

HERMES.—Desde Beocia, Helios, desde la casa de Anfitrión, con cuya esposa está acostado porque se ha enamorado de ella.

HELIOS.—¿Y no tiene bastante con una sola noche?

HERMES.—De ninguna manera, porque de esta unión ha de nacer un dios muy grande y muy competitivo, y es imposible que una divinidad así quede terminada en una sola noche [19].

HELIOS.—Pues que tenga buena suerte para elaborarlo. Pero debo decirte —ya que estamos solos—, Hermes, que estas cosas no ocurrían en tiempo de Cronos. Ni abandonaba nunca el lecho de Rea, ni dejaba el cielo para acostarse en Tebas, sino que el día era día y la noche era proporcionada a las estaciones, no sucedía nada extraño o alterado, ni tampoco se hubiera acostado él nunca con una mujer mortal. En cambio ahora, por culpa de una desgraciada mujer, hay que cambiarlo todo, mis caballos han de quedar desentrenados por la holganza, mi ruta hacerse intransitable durante tres días enteros y los hombres pasar tristemente la vida en la oscuridad. Estas son las ventajas que sacarán de los amores de Zeus: quedarse sentados, en medio de profundas tinieblas, hasta que él realice ese hombrachón del que me hablas.

---

[19] Véase Hesíodo, *Escudo,* 1 y ss., y el *Anfitrión* de Plauto.

HERMES.—Cállate, Helios, no vayas a conseguir alguna desgracia con tus palabras. Yo me voy ahora a casa de Selene y de Hipnos, para comunicarles también a ellos la orden de Zeus: a ella que camine despacio y al Sueño que no suelte a los hombres, para que no se den cuenta de que la noche resulta tan larga.

XI

AFRODITA Y SELENE

AFRODITA.—¿Qué es eso que cuentan de tus actividades, Selene? Dicen que cada vez que llegas a la altura de Caria detienes tu carro y te quedas contemplando a Endimión, que duerme al aire libre, como pastor que es, y que incluso algunas veces abandonas tu carrera y vas a su lado.

SELENE.—Eso, Afrodita, pregúntaselo a tu hijo, que tiene la culpa de ello.

AFRODITA.—¡No me hables de él! ¡Tiene una desfachatez tremenda! Hay que ver lo que me ha hecho a mí, su propia madre. Unas veces me lleva al Ida, detrás de Anquises el Troyano, otras al Líbano, por aquel muchacho asirio, del que ha hecho que también Perséfone se enamore, con lo que me ha quitado la mitad de mi enamorado. Por todo ello, yo le he amenazado muchas veces con romperle el arco y la aljaba, e incluso con arrancarle las alas, si no desiste de este comportamiento. He llegado incluso a sacudirle en el trasero con mis sandalias. Pero yo no sé por qué motivo se presenta al principio temeroso y suplicante, y al cabo de poco tiempo se ha olvidado de todo. Pero dime, ¿es hermoso Endimión? Porque si lo es, tu mal resulta más llevadero.

SELENE.—A mí me parece muy hermoso, Afrodita, sobre todo cuando extiende su clámide sobre una roca y se

tiende sobre ella, sujetando con la izquierda los dardos, que le resbalan de la mano, y con la derecha curvada en torno a su cabeza enmarcando su rostro gracioso, mientras él, relajado por el sueño, exhala un aliento de ambrosía. Entonces yo desciendo en silencio, sobre las puntas de los pies, para que no despierte de repente y se asuste..., pero ¿a qué contarte lo que sigue? Tú ya sabes de estas cosas. Sólo te diré que muero de amor.

XII

Afrodita y Eros

Afrodita.—Eros, hijo mío, repara en lo que estás haciendo. Y no me refiero sólo a tu conducta en la tierra, cuando persuades a los hombres a hacerse daño a sí mismos o unos a otros, sino también a lo que haces en el cielo, presentándonos a Zeus de mil formas, transformándolo en lo que te parece, según la ocasión; a Selene la haces bajar del cielo; a Helio le obligas a demorarse a veces en casa de Climene, olvidándose de su carrera, y hasta te quedas tan fresco tomándote libertades conmigo, tu propia madre. Pero si en tu tremendo descaro has llegado a inducir a la propia diosa Rea, anciana ya y madre de dioses tan importantes, a que se enamore de los jóvenes y esté deseando a aquel muchacho frigio [20]. Ahora, enloquecida por ti, ha enganchado los leones a su carro y, haciéndose acompañar del cortejo de Coribantes, que también están locos, recorren el Ida en todas direcciones, ella lamentándose por Atis, mientras del grupo de Coribantes, uno se hie-

[20] Se refiere a Atis.

re el codo con un cuchillo, otro se suelta la melena y se lanza enloquecido por los montes; éste hace sonar el cuerno, el otro toca el tambor, mientras aquél golpea el címbalo. En resumen, todo es tumulto y locura en el Ida. Así que yo, que parí esta calamidad tan grande, temo que un buen día Rea, en un arrebato de locura, o más bien estando ya en sus cabales, ordene a los Coribantes que te prendan y te despedacen, o que te echen a los leones. Esto es lo que yo temo, viéndote expuesto a tales peligros.

EROS—Ten confianza, madre, que yo estoy familiarizado con los leones, y muchas veces, montado en sus lomos y tirando de sus melenas como si fueran riendas, los conduzco; ellos me acarician y dejan que ponga mi mano en sus fauces y permiten que la retire, después de habérmela lamido. En lo que a Rea se refiere, ¿cuándo va a tener tiempo libre para ocuparse de mí, estando toda ella dedicada a Atis? Y por otra parte, ¿qué mal hago yo mostrándoos cuáles son las cosas bellas? Sed vosotros los que no las deseéis, pero no me echéis la culpa de esas locuras. ¿O es que tú quieres, madre, no estar ya enamorada de Ares ni él de ti?

AFRODITA.—¡Qué listo eres y cómo sabes ganar en todo! Pero algún día te acordarás de mis consejos.

XIII

ZEUS, ASCLEPIO Y HERACLES

ZEUS.—¡Dejad de discutir, Asclepio y Heracles, como si fuerais hombres! Todo eso es inconveniente e incompatible con el banquete de los dioses.

HERACLES.—Pero, Zeus, ¿acaso quieres que este droguero tenga en la mesa un puesto delante del mío?

ASCLEPIO.—Sí, por Zeus, puesto que soy mejor.

HERACLES.—¿En qué, insensato? ¿Acaso porque Zeus te fulminó por hacer lo que no debías y ahora por compasión has conseguido la inmortalidad? [21]

ASCLEPIO.—Por lo visto has olvidado, Heracles, que también tú ardiste en el Eta, puesto que me echas en cara el asunto del fuego [22].

HERACLES.—Pero es que no pueden compararse nuestras vidas, puesto que yo soy hijo de Zeus y he sufrido muchas penalidades purificando la vida humana, luchando contra fieras y castigando a hombres insolentes. Tú, en cambio, no eres más que un herbolario y un charlatán. A lo mejor has sido de alguna utilidad a los enfermos aplicándoles tus potingues, pero nunca has dado prueba de algún signo de hombría.

ASCLEPIO.—En eso tienes razón, ya que fui yo quien curó tus heridas cuando subiste recientemente al cielo medio frito, con tu cuerpo carbonizado al mismo tiempo por la túnica y por el fuego. Pero yo por lo menos, a falta de otra cosa, ni fui esclavo como tú, ni he cardado lana en Lidia, vestido con una túnica roja y golpeado por Onfale con su sandalia de oro, y menos aún maté a mis hijos ni a mi esposa en un ataque de locura.

HERACLES.—Si no dejas de insultarme, pronto sabrás que no te va a servir de mucho tu inmortalidad, porque te cogeré y te precipitaré del cielo de cabeza, de modo que ni el mismísimo Peón [23] podrá curarte cuando estés con el cráneo hecho pedazos.

ZEUS.—¡Basta ya, os lo ordeno! Y no turbéis nuestra reunión u os expulsaré a los dos del banquete. Aunque es razonable, Heracles, que Asclepio ocupe su lugar antes que tú, puesto que también murió antes.

---

[21] Recibió de Atenea la sangre de la Gorgona y con ella se dedicó a resucitar a los muertos. Temiendo Zeus que alterara el orden del mundo, lo fulminó.

[22] Heracles ardió en una pira en el monte Eta. Su amigo Filoctetes prendió la pira y Heracles le regaló el arco con las flechas envenenadas con la sangre de la hidra de Lerna.

[23] Dios curador, absorbido por Apolo y con el tiempo suplantado por Asclepio.

XIV

Hermes y Apolo

Hermes.—¿Por qué estás tan malhumorado, Apolo?
Apolo.—Porque tengo mala suerte en mis amores, Hermes.
Hermes.—Una cosa así desde luego es motivo de tristeza. Pero ¿en qué consiste tu mala suerte? ¿Estás todavía apenado por Dafne?
Apolo.—No; me lamento por mi amado, el laconio hijo de Ebalo.
Hermes.—Dime, ¿ha muerto Jacinto? [24]
Apolo.—Así es, ciertamente.
Hermes.—¿Quién lo mató, Apolo? ¿Quién fue tan odioso que pudo dar muerte a aquel hermoso muchacho?
Apolo.—Lo hice yo con mis propias manos.
Hermes.—¿Acaso enloqueciste, Apolo?
Apolo.—No, sino que ocurrió una desgracia involuntaria.
Hermes.—¿Cómo ocurrió? Me gustaría oírlo.
Apolo.—El estaba aprendiendo a tirar el disco y yo lo lanzaba con él, cuando Céfiro, el más aborrecible de todos los vientos, que estaba enamorado de él hacía mucho tiempo sin ser correspondido, y no podía soportar sus desprecios, al disparar yo, según costumbre, el disco al aire, él se puso a soplar desde el Taigeto, dirigió el disco y lo hizo caer sobre la cabeza del muchacho, con tanta fuerza que, a consecuencia del golpe, brotó mucha sangre y el muchacho murió en el acto. Yo entonces me vengué de él hiriéndole con mis flechas y le perseguí en su fuga hasta la montaña. Al muchacho le he levantado un túmulo en Amiclas, en el mismo lugar en que lo derribó el disco, y he hecho que de su sangre la tierra haga brotar una flor muy hermosa, Hermes, la más delicada de todas, con una inscripción que contie-

---

[24] Citado en Ovidio, *Metamorf.*, X, 162 y s.

ne el lamento funerario del muerto. ¿Tú crees que es irrazonable mi duelo?

HERMES.—Sí, Apolo, puesto que sabías que habías tomado por amante a un mortal. Así que no debes apesadumbrarte por su muerte.

XV

HERMES Y APOLO

HERMES.—¡Y que este cojo, herrero de oficio, Apolo, se haya casado con las más bellas, con Afrodita y Caris! [25]

APOLO.—Buena suerte que tiene, Hermes. Lo que me sorprende es que soporten su compañía, sobre todo cuando le vean chorreando sudor, inclinado sobre la fragua, con la cara tiznada de hollín. Y, sin embargo, a pesar de ser así, le abrazan, le besan y duermen con él.

HERMES.—Eso es precisamente lo que me indigna y lo que le envidio a Hefesto. Tú entretanto, Apolo, cuídate la cabellera, toca la cítara y presume de tu belleza, como yo presumo de mi buena pinta y de mi lira, que cuando llegue la hora de acostarse, dormiremos solos.

APOLO.—En lo que a mí se refiere, soy especialmente desgraciado en amores: de las dos personas que más he querido, Dafne y Jacinto [26], la primera me odió hasta el punto que prefirió convertirse en árbol antes que tener relaciones conmigo, y a Jacinto lo maté con el disco, y ahora en vez de ellos tengo coronas [27].

---

[25] Cf. *Ilíada,* XVIII, 382. Hesíodo, *Teogonía,* 945-946, la llama Aglea, la más joven de las Gracias.

[26] Véase *Diálogos de los dioses,* 2 y 14.

[27] Se ofrecían a Apolo especialmente guirnaldas y coronas de laurel (Dafne). No consta que se le dedicaran especialmente coronas de jacintos.

HERMES.—Yo, por fin, una vez con Afrodita... Pero no hay que ser vanidoso.

APOLO.—Lo sé, y se dice que tuvo de ti a Hermafrodito. Pero dime una cosa, si la sabes. ¿Cómo no siente Afrodita celos de Caris o Caris de ella?

HERMES.—Porque, querido Apolo, Caris vive con él en Lemnos, y Afrodita en el cielo. Aparte de que ésta se pasa la mayor parte del tiempo con Ares, del que está enamorada, así que le importa muy poco el herrero ese.

APOLO.—¿Y tú crees que Hefesto está enterado?

HERMES.—Lo sabe, pero ¿qué podría hacer viendo que es un mozo tan gallardo, y militar por añadidura? Se resigna. Unicamente ha amenazado con fabricarles una trampa y cogerlos con una red cuando estén en la cama.

APOLO.—No sé. Pero ya me gustaría ser yo el cazado con ella.

XVI

HERA Y LETO

HERA.—¡Hermosos son también los hijos que le diste a Zeus, Leto! [28]

LETO.—Es que no todas podemos tenerlos tan hermosos como Hefesto, Hera.

HERA.—Pero éste, aunque cojo, al menos es útil, pues es un buen artesano y nos ha decorado el cielo, se casó con Afrodita y es correspondido por ella. Tus hijos, en cambio..., ella es demasiado hombruna y montaraz, y últimamente, en su expedición a Escitia, todos saben qué dieta seguía, dedicándose a matar extranjeros e imitando a los propios escitas, que son antropófagos [29].

---

[28] Lo dice en tono irónico.

[29] Alusión al culto de Artemis en Táuride, que comportaba sacrificios humanos. Véase *Ifigenia en Táuride,* de Eurípides.

Y, en cuanto a Apolo, presume de saberlo todo, manejar el arco, tocar la cítara, ejercer la medicina y el arte de las profecías; ha abierto tiendas, para vender oráculos, una en Delfos, otra en Claros y otra en Dídimo, donde engaña a los que van a consultarle, dando respuestas torcidas y ambiguas a cada una de las preguntas, para que no haya peligro de equivocarse. Con ello se enriquece, pues son muchos los necios que se prestan a ser engañados; sólo que los inteligentes se dan cuenta de que, por lo general, se comporta como un charlatán. Por ejemplo, él, que es un buen adivino, no previó que iba a matar a su amado con el disco, ni adivinó que se le escaparía Dafne, y eso que es tan bello y tiene tan abundante caballera. En fin, que no veo por qué puedes creer que tus hijos son más bellos que los de Níobe.

LETO.—Y sin embargo, yo sé muy bien cómo te molestan esos hijos míos, la asesina de extranjeros y el falso adivino, cuando los ves entre los dioses y, sobre todo, cuando la alaban a ella por su hermosura y él toca la cítara en el banquete y produce la admiración de todos.

HERA.—Me haces reír, Leto; ¿admirable ese citarista, a quien Marsias [30], si las Musas hubieran querido juzgar rectamente, habría desollado después de vencerle en el certamen musical? La realidad es que el desgraciado murió, injustamente condenado, víctima de los engaños del otro. Y esa hermosa doncella tuya, ¿tan hermosa es que, al darse cuenta de que la estaba viendo Acteón, lanzó sobre él sus perros, temerosa de que anduviera proclamando su fealdad?

LETO.—Muy orgullosa te sientes, Hera, porque compartes el lecho de Zeus y su realeza, y por eso me insultas impunemente. Sólo que dentro de poco te veré de nuevo derramando lágrimas, cuando él te abandone para bajar a la tierra, convertido en toro o en cisne.

---

[30] El sátiro Marsias quiso rivalizar con Apolo en el arte musical. Vencido por el dios, fue descuartizado. Es un tema frecuente del arte helenístico.

XVII

Apolo y Hermes

Apolo.—¿De qué te ríes, Hermes?

Hermes.—De una cosa muy graciosa que he visto, Apolo.

Apolo.—Dímelo, pues, para que yo me entere y pueda reírme contigo.

Hermes.—Afrodita ha sido sorprendida yaciendo con Ares, y Hefesto los ha cogido y los ha apresado [31].

Apolo.—¿Cómo? Dímelo, pues me parece que vas a contarme algo gracioso.

Hermes.—Yo creo que él estaba enterado hace tiempo y los estaba acechando; había dispuesto lazos invisibles en torno al lecho y se había ido a trabajar a su fragua. Entonces Ares entró sin que lo vieran, al menos eso creía él, y Helios lo vio y se lo contó a Hefesto. Y cuando ya habían subido al lecho y se encontraban dentro de las redes haciendo el amor, los lazos los envolvieron y se presentó Hefesto. Afrodita, que estaba desnuda, llena de vergüenza, no sabía cómo cubrirse; Ares por su parte, al principio intentaba escapar, con la esperanza de poder romper las redes, pero luego, comprendiendo que estaba cogido en una trampa de la que no podía escapar, se puso a suplicar.

Apolo.—¿Y qué pasó? ¿Los soltó Hefesto?

Hermes.—Todavía no, sino que llamó a los dioses y les mostró el adulterio. Ellos dos, ambos desnudos cogidos en las redes, estaban ruborizados con las cabezas bajas. A mí el espectáculo me pareció divertidísimo, poco menos que viéndoles realizar el acto.

Apolo.—¿Y no está avergonzado ese herrero de exponer él personalmente la deshonra de su matrimonio?

Hermes.—No, por Zeus, puesto que de pie junto a ellos los hace objeto de sus burlas. Yo personalmente, si

---

[31] Cf. *Diálogos de los dioses,* 12 y 15. *Odisea,* VIII, 266 y ss.

debo decirte la verdad, envidiaba a Ares no sólo por cometer adulterio con la diosa más hermosa, sino por estar encadenado con ella.

APOLO.—¿Entonces tú soportarías el estar encadenado en esas condiciones?

HERMES.—¿Y tú no, Apolo? Limítate a acercarte y contemplarlos, y yo te felicitaré si al verlos no sientes el mismo deseo.

XVIII

HERA Y ZEUS

HERA.—Yo me moriría de vergüenza, Zeus, si tuviera un hijo como éste, tan afeminado y tan corrompido por la bebida, que se sujeta la cabellera con una mitra, que suele andar con mujeres dementes, más amanerado que ellas, bailando al son de tambores, flauta y címbalos y que, resumiendo, se parece más a cualquiera que a ti, su padre.

ZEUS.—Pues ese afeminado con mitra, con ser más amanerado que las mujeres, Hera, no sólo sometió la Lidia y conquistó a los habitantes del Tmolo y subyugó a los tracios, sino que, acometiendo a los Indos con ese ejército femenil, capturó a los elefantes e hizo prisionero a su propio rey, que se atrevió a ofrecerle una pequeña resistencia. Y todo esto lo hizo bailando y danzando en coros, utilizando tirsos de hiedra, borracho, como tú dices, y poseso. Y si alguien se atreve a insultarle, burlándose de sus misterios, también le castiga, atándole con sarmientos o haciendo que su madre lo despedace como si fuera un cervatillo. Ya ves que éstas son acciones varoniles y no indignas de su padre. Y si acompaña estas acciones con cierta jovialidad y placeres, no hay que reprochárselo, sobre todo si se considera lo

que haría estando sobrio, cuando en la embriaguez realiza actos admirables.

HERA.—Me parece que tú vas a elogiar incluso su invento, la vid y el vino, incluso viendo lo que hacen los borrachos, que no pueden tenerse en pie y se dedican a insultar, completamente enloquecidos por la bebida. Icario, por ejemplo, que fue el primero a quien entregó los sarmientos, sus propios compañeros de borrachera le dieron muerte a golpes de azada.

ZEUS.—No digas eso, porque no es el vino ni Dioniso los que producen tales efectos, sino el beber sin moderación y el llenarse de vino puro más de la cuenta. Por el contrario, si uno bebe con discreción, se pone un poco alegre y festivo y nunca le haría a ninguno de sus compañeros lo que le pasó a Icario. Pero lo que me parece, Hera, es que tú todavía estás celosa de Semele y te acuerdas de ella, puesto que denigras las mejores cualidades de Dioniso.

XIX

AFRODITA Y EROS

AFRODITA.—Vamos a ver, Eros, ¿por qué has atacado con tus dardos a todos los otros dioses, a Zeus, a Posidón, a Apolo, a Rea, a mí misma, tu propia madre, y sólo omites a Atenea, y ante ella se te apaga la antorcha, se queda sin dardos tu aljaba y tú mismo ni disparas ni haces blanco?

EROS.—Es que le tengo miedo, madre, porque resulta temible con sus ojos centelleantes y además es terriblemente hombruna. Y así, cada vez que tenso el arco y me acerco a ella, agita su penacho y me asusta, me pongo a temblar y se me caen los dardos de la mano [32].

[32] No se olvide que Atenea es una diosa guerrera.

AFRODITA.—¿Acaso Ares no resultaba más temible todavía? Y sin embargo, lo desarmaste y lo venciste.

EROS.—Pero es que me recibe de buen grado y me invita. En cambio Atenea me mira de reojo, y una vez que pasaba volando casualmente cerca de ella con la antorcha encendida me dijo: «Como te acerques a mí, te juro por mi padre que te atravesaré con mi lanza, o te cogeré por los pies y te arrojaré al Tártaro, o te haré pedazos con mis propias manos.» Me amenazó con muchas intimidaciones de este tipo. Además, tiene una mirada torva, y lleva en el pecho una cabeza horrenda, con una larga cabellera de serpientes, que es lo que más me espanta; me aterra cuando la veo y huyo del espantajo.

AFRODITA.—Está bien, temes a Atenea, como dices, y a la Gorgona, y eso que no has sentido miedo del rayo de Zeus. Pero ¿y las Musas? ¿Por qué no las has herido nunca y están fuera de tus flechas? ¿Acaso ellas también agitan penachos y exhiben Gorgonas?

EROS.—Me inspiran respeto, madre, pues son solemnes y están siempre meditando algo, atentas a sus cantos; yo mismo muchas veces me quedo a su lado, hechizado por sus melodías.

AFRODITA.—Bueno, dejemos también a éstas, porque son solemnes. Pero ¿y Artemis?, ¿por qué motivo no la hieres?

EROS.—Para decirlo en pocas palabras, porque ni siquiera puedo cogerla, ya que siempre anda huyendo por los montes, y además tiene ya su propio amor.

AFRODITA.—¿Cuál es, hijo mío?

EROS.—Está enamorada de la caza, de los ciervos y cervatillos, a los que sigue para cogerlos y atravesarlos con sus flechas. En resumen, está ocupada en tareas de esta clase. Pero en lo que se refiere a su hermano, por muy buen arquero y buen tirador que sea...

AFRODITA.—Ya lo sé, hijo mío, que muchas veces lo heriste con tus saetas.

XX

El juicio de las diosas

Zeus.—Hermes, coge esta manzana y vete a Frigia, donde el pastor hijo de Príamo, que apacienta sus bueyes en el Gárgaro del Ida, y dile: Paris, Zeus te ordena que, puesto que tú eres hermoso y experto en asuntos amorosos, juzgues cuál de estas diosas es la más hermosa; y que la vencedora reciba la manzana como premio de la competición.» Y vosotras, ya es hora de que acudáis junto al juez, porque yo rechazo el arbitraje, ya que os amo a todas por igual y, si fuera posible, me gustaría veros vencedoras a todas. Además, si concediera el premio a una sola, necesariamente me ganaría el odio de las otras. Por eso no soy un juez adecuado para vosotras, mientras que ese joven frigio al que os dirigís, es de estirpe real, está emparentado con Ganimedes, aquí presente; además, es sencillo y rústico y nadie le podría considerar indigno de contemplaros.

Afrodita.—Por lo que a mí se refiere, Zeus, aunque nos pusieras de juez al propio Momo [33], iría confiada a la prueba, porque ¿qué podría censurar de mí?, pero es necesario que también éstas acepten a esa persona.

Hera.—Tampoco nosotras tenemos ningún miedo, aunque tu Ares se encargara del arbitraje, sino que aceptamos al tal Paris.

Zeus.—¿También tú estás de acuerdo con esto, hija mía?, ¿qué dices? ¿Vuelves la cabeza y te pones colorada? Es propio de vosotras, las doncellas, sentir vergüenza en casos como éste. De todos modos, estás asintiendo con la cabeza. Id, pues, y las vencidas no os enfadéis con el juez ni le hagáis ningún daño al muchacho, porque no es posible que las tres seáis igualmente hermosas.

---

[33] Momo es la personificación del sarcasmo.

HERMES.—Vayamos directamente hacia Frigia, yo delante y vosotras seguidme sin demora y con confianza. Yo conozco a Paris: es un muchacho hermoso, enamoradizo y muy adecuado para dirimir estos asuntos. No emitirá un fallo equivocado.

AFRODITA.—Todo lo que dices está bien y resulta a mi favor que el juez sea justo con nosotras. ¿Es soltero o alguna mujer vive con él?

HERMES.—No es completamente soltero, Afrodita.

AFRODITA.—¿Qué quieres decir?

HERMES.—Parece que vive con él una mujer del Ida, bonita pero rústica y muy arisca. Creo que él no le hace demasiado caso; ¿por qué lo preguntas?

AFRODITA.—Hice la pregunta sin razón alguna.

ATENEA.—Eh, tú, te estás desviando de tu misión hablando tanto tiempo con ésa en privado.

HERMES.—No decimos nada malo ni hablamos contra vosotras; simplemente, me preguntaba si Paris es soltero.

ATENEA.—¿Y a qué vienen esas preguntas indiscretas?

HERMES.—No lo sé; ella afirma que se le ocurrió por las buenas y que no hizo la pregunta con fines concretos.

ATENEA.—¿Y qué? ¿Es soltero?

HERMES.—Parece que no.

ATENEA.—¿Entonces? ¿Ama la guerra y la gloria o es simplemente un pastor?

HERMES.—No puedo responderte con exactitud, pero es de suponer que, siendo joven, aspire a alcanzar esa gloria y a ser el primero en las batallas.

AFRODITA.—¿Lo ves? Yo no te censuro ni te echo en cara que hables en privado con ella. Tales actitudes son propias de personas gruñonas y no de Afrodita.

HERMES.—Ella me preguntaba casi lo mismo que tú, de manera que no debes sentirte molesta ni considerarte en inferioridad de condiciones porque yo le haya contestado de una manera tan simple como a ti. Pero mientras hablábamos, nos hemos alejado en nuestro camino de los astros y estamos ya casi en Frigia. Yo estoy viendo perfectamente el Ida y todo el Tártaro y, si no me equivoco, a vuestro propio juez, Paris.

HERA.—¿Dónde está? Porque yo no lo veo.

HERMES.—Mira allí, a la izquierda, Hera, no en la cima del monte, sino en la ladera, donde está la cueva, y allí ved el rebaño.

HERA.—Pero es que yo no veo el rebaño.

HERMES.—¿Qué dices? ¿No ves, siguiendo mi dedo, unos bueyecillos que salen de entre las rocas, y a un hombre que baja corriendo entre los riscos, con un cayado en la mano y tratando de impedir que el rebaño se disperse?

HERA.—Ahora lo veo, si es él.

HERMES.—Pues es él. Y ahora, puesto que ya estamos cerca, si os parece, bajemos a la tierra y caminemos a pie, para no asustarle si caemos repentinamente de lo desconocido.

HERA.—Tienes razón, hagámoslo así. Y ahora que ya hemos aterrizado es el momento de que tú, Afrodita, vayas delante y nos muestres el camino, puesto que tú, como es natural, conoces bien el lugar por haber bajado muchas veces, según se dice, a buscar a Anquises [34].

AFRODITA.—No me afectan demasiado tus gracias, Hera.

HERMES.—No, yo os guiaré, que también yo mismo anduve frecuentemente por el Ida cuando Zeus se enamoró del muchacho frigio, y tuve que venir muchas veces aquí, enviado por él para visitar al mancebo; y cuando ya había tomado figura de águila, yo volaba a su lado y le ayudaba a sostener al bello rapaz; que yo recuerde, fue precisamente de esta roca de donde lo raptó. El estaba entonces tocando la zampoña junto al rebaño, Zeus cayó volando sobre él por la espalda, lo rodeó con mucha suavidad con las zarpas, cogió con el pico la tiara que llevaba en la cabeza y remontó al muchacho, que estaba aterrorizado y le dirigía la mirada volviendo el cuello. Entonces yo cogí la zampoña (que había dejado caer por el miedo) y... Pero ya tenemos aquí a vuestro árbitro, de manera que debemos dirigirle la palabra. Salud, pastor.

---

[34] Alusión a los amores de Afrodita y Anquises padre de Eneas.

PARIS.—Salud también a ti, joven. ¿Quién eres? ¿Qué te trae hasta nosotros? ¿Quiénes son esas mujeres que traes contigo? Porque no es propio que anden por los montes, siendo tan bellas.

HERMES.—¡Es que no son mujeres, Paris! Estás viendo a Hera, a Atenea y a Afrodita, y yo soy Hermes, enviado por Zeus. Pero ¿por qué tiemblas y empalideces? No temas, que no se trata de nada malo: Zeus te ordena que seas el juez de la belleza de estas diosas. Porque, como dice él, tú eres hermoso y experto en asuntos amorosos y a ti te confía le decisión. El premio de la competición lo conocerás si lees la inscripción de esta manzana.

PARIS.—Déjame que vea lo que dice. «LA MAS HERMOSA, dice, DEBE RECIBIRLA.» ¿Y cómo podría yo, señor Hermes, que soy un mortal, un campesino, llegar a ser juez de un espectáculo extraordinario y por encima de las posibilidades de un pastor? Porque tales juicios son más bien propios de personas elegantes de la ciudad. Lo mío, de acuerdo con mis conocimientos, tal vez sería juzgar qué cabra es superior en belleza a otra cabra, o qué ternera es más hermosa que otra. Pero éstas son todas igualmente hermosas y no sé cómo podría apartar la mirada de una y dirigirla a otra. Porque uno no puede apartarse fácilmente, sino que, donde se fija primero, allí se aferra y alaba lo que tiene a la vista. Y si pasa a otro objetivo, también lo ve como hermoso, se queda parado y se siente prendado también por las bellezas vecinas. En resumen, su belleza me ha invadido por completo, se ha apoderado totalmente de mí y lo que siento es no tener, como Argos, ojos por todo el cuerpo. Creo que sería un buen juez recompensando a todas con la manzana. Además esto, que una es hermana de Zeus y su esposa y éstas sus hijas. ¿Cómo no va a resultar difícil el juicio?

HERMES.—Yo sólo sé que no es posible echarse atrás, tratándose de una orden de Zeus.

PARIS.—Pero convéncelas al menos de una cosa, Hermes, de que no se enfaden conmigo las dos que resulten

vencidas, sino que piensen que el error es únicamente de mis ojos.

HERMES.—Dicen que así lo harán. Pero ya es hora de llevar a cabo el juicio.

PARIS.—Lo intentaremos. ¡Qué le vamos a hacer! Pero antes quiero saber una cosa, si bastará examinarlas como están o será necesario que se desnuden para proceder a un examen más minucioso.

HERMES.—Eso es algo que te corresponde a ti, como juez, de manera que dispón lo que te plazca.

PARIS.—¿Lo que me plazca? Quiero verlas desnudas.

HERMES.—Vosotras, desnudaos, y tú examínalas, que yo ya estoy vuelto de espaldas.

HERA.—Muy bien, Paris. Yo me desnudaré la primera, para que veas que no sólo tengo blancos los brazos ni estoy engreída porque tenga «ojos de novilla» [35], sino que soy toda igualmente hermosa.

PARIS.—Desnúdate también tú, Afrodita.

ATENEA.—No hagas que se desnude, Paris, antes de quitarse el ceñidor —pues es una bruja—, no vaya a embrujarte con él. Además, no debería presentarse tan ataviada ni pintada con tanto colorete, como si fuera una fulana cualquiera, sino mostrar simplemente y al natural su belleza.

PARIS.—Tiene razón en lo del ceñidor. ¡Quítatelo!

AFRODITA.—¿Y por qué no te quitas también tú, Atenea, el casco, y muestras tu cabeza desnuda, sino que agitas el penacho e intentas atemorizar al juez? ¿Acaso temes que se ponga en evidencia el brillo de tus ojos, si miran sin aspecto terrorífico?

ATENEA.—Ea, ya me he quitado el casco.

HERA.—Entonces, desnudémonos.

PARIS.—¡Oh Zeus milagroso! ¡Qué espectáculo! ¡Qué belleza! ¡Qué placer! ¡Qué clase de doncella ésta! ¡Qué majestad la de esta otra! ¡Con qué divinidad resplandece, verdaderamente digna de Zeus! ¡Y aquélla, qué

---

[35] Alude a los epítetos que Homero aplica a Hera.

mirada tan dulce! ¡Cómo sonríe con ternura y seducción! Ya tengo felicidad suficiente. Pero, si os parece, quiero examinar a cada una en privado, porque ahora estoy perplejo y no sé adónde dirigir la mirada, pues mis ojos se sienten atraídos por todas partes.

AFRODITA.—Hagámoslo así.

PARIS.—Retiraos entonces vosotras dos. Y tú, Hera, quédate.

HERA.—Me quedo, y una vez que me hayas examinado con todo detalle, será también el momento de que consideres si te parece hermosa la recompensa por el voto a mi favor. Porque, si juzgas que soy la más bella, serás dueño del Asia entera.

PARIS.—Mi trabajo no se apoya en recompensas. Ea, retírate. Se obrará según mi opinión. Y tú, Atenea, acércate.

ATENEA.—Ya estoy en tu presencia, Paris. Y si me declaras la más hermosa, nunca te retirarás derrotado de un combate, sino que siempre serás victorioso. Porque te haré aguerrido e invencible.

PARIS.—No tengo necesidad de guerras ni batallas, Atenea, porque, como ves, hay paz en Frigia y Lidia y en el reino de mi padre no hay conflictos. Pero no te preocupes, que no saldrás perdiendo aunque dictara sentencia sin apoyarme en recompensas. Pero cúbrete ya y ponte el casco, porque ya he visto bastante. Ahora es el turno de presentarse Afrodita.

AFRODITA.—Aquí me tienes a tu lado. Examíname punto por punto y sin pasar nada por alto, sino deteniéndote en cada uno de mis miembros. Y ahora, si quieres, hermoso muchacho, escucha lo que voy a decirte. Ya hace tiempo que yo, al verte tan joven y hermoso, cual no sé si Frigia mantiene otro igual, te alabo por tu belleza, pero te echo en cara que no te vayas a vivir a la ciudad, abandonando estos riscos y estas peñas, desperdiciando inútilmente tu belleza en el desierto. Porque, ¿qué utilidad podrías obtener tú de los montes? ¿Cómo podrían beneficiarse las vacas de tu belleza?

Debieras haberte casado ya, pero no con una rústica lugareña, como suelen ser las mujeres del Ida, sino con una griega de Argos, de Corinto o de Laconia, como Helena, por ejemplo, que es joven, hermosa y en nada inferior a mí, y, lo que es más importante, apasionada. Con sólo que te viera ella, estoy bien segura, lo dejaría todo, se te entregaría por completo, te seguiría y viviría contigo. Pero, con toda seguridad, tú ya has oído hablar de ella.

PARIS.—En absoluto, Afrodita, pero me gustaría que me contaras toda su historia.

AFRODITA.—Es la hija de la famosa Leda, la hermosa mujer a cuyos brazos voló Zeus convertido en cisne.

PARIS.—¿Y cómo es de aspecto?

AFRODITA.—Es blanca, como es natural habiendo nacido de un cisne, delicada, teniendo en cuenta que se ha gestado en un huevo[36], casi siempre desnuda para el ejercicio y experta en la lucha; hasta tal punto solicitada que incluso se originó una guerra por ella, por haberla raptado Teseo cuando aún era demasiado joven. Sin embargo, cuando llegó a la pubertad, todos los más distinguidos aqueos pretendieron su mano y fue escogido Menelao, de la estirpe de los Pelópidas. Si lo deseas, yo conseguiré que se case contigo.

PARIS.—¿Qué dices? ¿Una boda con una mujer que ya está casada?

AFRODITA.—Tú eres joven e ignorante, yo sé cómo hay que arreglar estas cosas.

PARIS.—¿Cómo? Porque también yo quiero saberlo.

AFRODITA.—Tú emprenderás un viaje, como si fueras a visitar Grecia, y una vez que llegues a Lacedemonia, Helena te verá. Lo demás es cosa mía, que se enamore de ti y que te siga.

PARIS.—Eso es precisamente lo que me parece increíble, que esté dispuesta a abandonar a su marido y quiera navegar con un hombre bárbaro y desconocido.

---

[36] Alude a la versión según la cual Helena nació de un huevo que puso Leda, después de unirse a Zeus en forma de cisne.

AFRODITA.—Ten confianza en lo que a eso se refiere. Yo tengo dos hijos muy bellos, Hímeros y Eros, y te los entregaré para que te sirvan como guías en tu viaje. Eros se meterá completamente en ella y la obligará a enamorarse, mientras que Hímeros se apoderará de ti y te convertirá, como es él, en alguien deseable e irresistible. Yo misma colaboraré con mi presencia y pediré a las Gracias que me acompañen, para que entre todas podamos convencerla.

PARIS.—No está claro cómo va a terminar este asunto, Afrodita, pero yo ya me estoy enamorando de Helena y no sé cómo me parece estar viéndola, me veo también navegando rumbo a Grecia, encontrarme en Esparta y volver con ella, y ya me está molestando que no esté haciendo todo esto realmente.

AFRODITA.—No te enamores, Paris, antes de premiar con tu fallo a tu casamentera y madrina de boda. Porque sería conveniente que yo os acompañe victoriosa y celebremos juntamente tus bodas y mi triunfo. Porque de ti depende comprarlo todo, amor, belleza y boda, pagando con esta manzana.

PARIS.—Temo que me olvides una vez dictada la sentencia.

AFRODITA.—¿Quieres que te preste juramento?

PARIS.—No se trata de eso, pero hazme otra vez la promesa.

AFRODITA.—Prometo que te entregaré a Helena como esposa, que ella te seguirá y llegará contigo a Ilión, y que yo estaré a tu lado y colaboraré contigo en todo.

PARIS.—¿Y traerás también a Eros, a Hímeros y a las Gracias?

AFRODITA.—No te preocupes. Y además tomaré conmigo a Potos y a Himeneo [37].

PARIS.—Entonces, con esas condiciones te doy la manzana, y tú acéptala con las mismas.

---

37 Potos es la personificación del deseo amoroso, Himeneo es el dios que conduce el cortejo nupcial.

XXI

Ares y Hermes

Ares.—¿Has oído, Hermes, las amenazas tan despreciativas e increíbles que nos ha dirigido Zeus? «Si yo quisiera —afirma—, echaría una cuerda desde el cielo y si vosotros os colgarais de ella e intentarais con todas vuestras fuerzas arrastrarme, os esforzaríais inútilmente, pues no lograríais hacerme bajar. En cambio, si yo quisiera tirar hacia arriba, os levantaría en alto no sólo a vosotros, sino incluso la tierra y el mar junto con vosotros»[38]. Y así las otras fanfarronadas que tú has oído. Ahora bien, yo no pondría en duda que él es mejor y más fuerte que cada uno de nosotros, pero que pueda superarnos siendo tantos, hasta el punto de que no podamos con él, ni siquiera añadiendo la tierra y el mar, eso no podría creerlo.

Hermes.—Cállate, Ares, que no es prudente hablar así, no vaya a ser que consigamos alguna desgracia con nuestras frivolidades.

Ares.—¿Es que tú crees que yo sería capaz de decir tales cosas a todos y no a ti solo, porque sabía que tú ibas a tener la boca cerrada? Pues bien, lo que me pareció más ridículo, mientras oía sus amenazas, no podría callarlo ante ti. Porque recordaba que, no hace mucho tiempo, cuando Posidón, Hera y Atenea se levantaron contra él y maquinaban prenderlo y encadenarlo, cómo sentía toda clase de temores, y eso que eran tres; y si Tetis por compasión no hubiera llamado en su ayuda a Briareo el de las cien manos, habrían conseguido prenderlo, con su rayo y su trueno. Al acordarme de estos hechos, me invadió la risa por su verborrea.

Hermes.—Que te calles, te digo, porque tan peligroso es para ti decirlo como para mí escucharlo.

---

[38] Cfr. *Ilíada,* VIII, 18 y ss.; I, 399 y ss.

XXII

Pan y Hermes

PAN.—Salud, padre Hermes.

HERMES.—Salud también a ti. Pero ¿cómo que yo soy tu padre?

PAN.—¿No eres tú Hermes de Cilene?

HERMES.—Desde luego. ¿Cómo eres tú hijo mío?

PAN.—Soy tu hijo adulterino, nacido de tus amores.

HERMES.—Sí, ¡por Zeus! Seguramente de un macho cabrío que cometió adulterio con una cabra[39]. Porque, ¿cómo podrías ser hijo mío con esos cuernos y esa nariz y esa barba tan tupida, con piernas hendidas de macho cabrío y rabo en las posaderas?

PAN.—Cuando te burlas de mí, padre, estás insultando a tu propio hijo, y mejor aún a ti mismo, por engendrar y producir tales hijos; yo no tengo ninguna culpa.

HERMES.—¿Y quién dices que es tu madre? ¿Acaso sin darme cuenta seduje a una cabra?

PAN.—No sedujiste a ninguna cabra, pero haz memoria a ver si alguna vez en Arcadia forzaste a una muchacha libre. ¿Por qué te muerdes los dedos y te quedas sin saber qué responder? Me estoy refiriendo a Penélope, la hija de Icario.

HERMES.—Entonces, ¿por qué te parió ella parecido a un macho cabrío en vez de parecerte a mí?

PAN.—Te lo voy a contar con sus propias palabras. Cuando me envió a Arcadia, me dijo: «Hijo mío, yo, Penélope la espartana, soy tu madre, pero entérate de que tienes por padre al dios Hermes, hijo de Maya y Zeus. No debes afligirte por tener cuernos y patas de macho cabrío, pues cuando tu padre tuvo relaciones conmigo, tomó aspecto de macho cabrío para pasar desapercibido, y por ello tú resultaste lo mismo que un macho cabrío.»

HERMES.—¡Por Zeus! Ahora me acuerdo de haber hecho

[39] Pan tenía rasgos cabrunos.

algo parecido. Entonces, ¿va a resultar que yo, que tanto presumo de mi belleza y que encima soy todavía barbilampiño, voy a ser llamado tu padre y provocar la risa de todos, por haber tenido una descendencia tan bella?

PAN.—De todos modos, yo no te voy a deshonrar, padre, pues soy músico y toco el caramillo con mucha sonoridad y Dioniso no puede hacer nada sin mi ayuda, sino que me ha nombrado compañero y miembro de su cofradía y director de sus coros. Si vieras cuántos rebaños tengo en Tegea y en las laderas del Partenio, te alegrarías muchísimo. También reino en toda la Arcadia, e incluso recientemente, combatiendo como aliado de los atenienses en la batalla de Maratón [40], me distinguí de tal manera que me concedieron como premio al valor la gruta que hay al pie de la Acrópolis. Si te diriges a Atenas, sabrás la importancia que tiene allí el nombre de Pan.

HERMES.—Dime, Pan, ¿te has casado ya? Porque creo que ése es tu nombre.

PAN.—No me he casado todavía, padre, pues soy muy enamoradizo y no me conformaría sólo con una.

HERMES.—Evidentemente, metes mano a las cabras.

PAN.—¡Te estás burlando de mí! Yo hago el amor con Eco, Pitis y todas las Ménades de Dioniso y soy muy solicitado por ellas.

HERMES.—Hijo mío, ¿sabes cuál es el primer favor que puedes hacerme?

PAN.—Manda, padre; sepamos de qué se trata.

HERMES.—Acércate y abrázame, pero procura no llamarme padre cuando alguien lo oiga.

XXIII

APOLO Y DIONISO

APOLO.—¿Cómo podríamos explicar, Dioniso, que siendo hermanos por parte de madre, Eros, Hermafrodito

[40] Heródoto, VI, 105. Eurípides, *Ion,* 492 y ss.

y Príapo, tengan una apariencia y unos hábitos tan diferentes? Porque el primero es bellísimo, hábil arquero y está dotado de una gran fuerza con la que vence a todos; el segundo es afeminado y medio hombre, con un aspecto muy ambiguo, no sería capaz de distinguir si es un muchacho o una doncella; por lo que toca al tercero, es varonil por encima de lo conveniente [41].

DIONISO.—No te sorprendas, Apolo. No tiene la culpa de ello Afrodita, sino sus padres, que fueron muy diferentes; ocurre mucha veces que hijos nacidos de un mismo padre y un solo vientre, resulta uno hombre y el otro mujer, como vosotros.

APOLO.—Así es, pero nosotros somos parecidos y tenemos los mismos hábitos, pues los dos somos arqueros.

DIONISO.—La semejanza sólo llega hasta el arco, Apolo, pero hay una cosa que es diferente, y es que Artemis se dedica a matar extranjeros en Escitia, mientras tú emites oráculos y curas a los enfermos.

APOLO.—¿Tú crees que mi hermana está contenta entre los escitas, ella que siempre está dispuesta, en cuanto llega un griego a Táuride, a marcharse con él, por su odio a las matanzas? [42]

DIONISO.—Y hace bien. En cambio, Príapo..., voy a contarte algo muy gracioso: encontrándome recientemente en Lampsaco, yo estaba recorriendo la ciudad, cuando él me acogió y me alojó en su casa; nos habíamos acostado, después de habernos empapado a modo en el banquete, cuando alrededor de la medianoche mi denodado compañero se levantó y... me da vergüenza decirlo.

APOLO.—¿Te hizo proposiciones, Dioniso?

DIONISO.—Algo así.

APOLO.—¿Y tú cómo reaccionaste?

DIONISO.—¿Qué otra cosa iba a hacer sino reírme?

APOLO.—Hiciste bien en no actuar con mal genio ni ma-

---

41 Hijo de Dioniso y Afrodita.

42 Ref. a *Ifigenia en Táuride,* de Eurípides.

las formas, pues es disculpable que te hiciera proposiciones, siendo tú tan bello.

DIONISO.—Si es por ello, también podría dirigir hacia ti sus tentativas, Apolo, porque también tú eres hermoso y tienes una magnífica cabellera, de modo que incluso estando sobrio muy bien podría meterte mano.

APOLO.—Pero no lo hará, Dioniso, porque además de la cabellera, tengo también un arco.

XXIV

HERMES Y MAYA

HERMES.—¿Acaso hay en el cielo, madre, un dios más desgraciado que yo?

MAYA.—No debes decir esas cosas, Hermes.

HERMES.—¿Cómo no voy a decirlas, cuando tengo tantísimos quehaceres, ya que tengo que trabajar yo solo y multiplicarme para atender a tantos servicios?[43] Por la mañana, en efecto, nada más levantarme, tengo que limpiar la sala de los banquetes, preparar los cojines de los divanes y poner todas las cosas en orden, presentarme a Zeus y llevarle los recados, corriendo todo el día arriba y abajo, y, a mi regreso, todavía cubierto de polvo, servir la ambrosía. Antes de que llegara aquí ese escanciador recientemente adquirido, también era yo el que escanciaba el néctar. Y lo peor de todo es que ni siquiera por la noche puedo dormir, sino que entonces tengo que hacer el transporte de almas para Plutón, acompañar a los muertos y estar en el tribunal; pues no bastan mis actividades diurnas de estar en las palestras, hacer los pregones en las asambleas

[43] Hermes era, en efecto, un dios pluriempleado, según las creencias religiosas de los griegos: heraldo de los dioses, dios conductor de los muertos al Hades, dios del comercio y del robo, etc.

y dar instrucciones a los oradores, sino encima multiplicarme por cuatro y atender a los intereses de los muertos. En cambio, los hijos de Leda pasan alternativamente cada uno de ellos un día en el cielo y otro en el Hades, mientras yo me veo obligado a hacer ambas cosas en un mismo día; los hijos de Alcmena y Semele, a pesar de haber nacido de desgraciadas mortales, se lo pasan en grande sin ninguna clase de preocupaciones; en cambio, yo, el hijo de Maya, la hija de Atlas, tengo que prestarles mis servicios. Ahora mismo, recién llegado de Sidón, de casa de la hija de Cadmo, adonde me había enviado para ver lo que hace la muchacha, sin dejarme tiempo ni para respirar, me envió de nuevo a Argos, para hacerle una visita a Dánae; «y luego», me dijo, «te vas desde allí a Beocia y de paso le echas una mirada a Antíope». En resumen, que ya estoy harto, hasta el punto que, si pudiera, me gustaría que me vendieran, como los que en la tierra están sometidos a una dura vida de esclavitud.

MAYA.—Olvida esas preocupaciones, hijo mío, ya que, mientras seas joven, tienes que estar totalmente a las órdenes de tu padre. Y ahora, puesto que te ha enviado, vete corriendo a Argos y de allí a Beocia, no vaya a ser que recibas unos azotes por haberte retrasado. Que los enamorados tienen la cólera muy pronta.

XXV

ZEUS Y HELIOS

ZEUS.—¿Y tú qué has hecho, oh el peor de los Titanes? Has destruido todo lo que había en la tierra, por confiar tu carro a un muchacho insensato [44], que ha abrasado una parte de ella, por acercarse demasiado, y otra

[44] Se refiere a Faetón, hijo del Sol.

parte la ha hecho perecer de frío, alejando demasiado de ella el calor, así que, en resumen, no hay nada que no haya confundido y trastornado, y si yo, al darme cuenta de lo ocurrido, no lo hubiera derribado con el rayo, no habrían quedado ni restos de la estirpe humana. ¡Bonito auriga y cochero nos has enviado!

HELIOS.—Me he equivocado, Zeus, pero no te enfades porque haya cedido a las numerosas súplicas de mi hijo. ¿Cómo hubiera podido temer que iba a ocurrir una desgracia tan grande? [45]

ZEUS.—¿Es que no sabías el cuidado que necesitaba la cosa y que, a poco que uno se desvía del camino, todo se va a la ruina? ¿Ignorabas también la fogosidad de los caballos y cómo es preciso sujetar el freno con fuerza? Porque, en cuanto uno lo afloja, al momento se desbocan, como han hecho con él, naturalmente, unas veces a la izquierda y otras a la derecha y en dirección contraria a la ruta, arriba y abajo, en una palabra, como los caballos querían; y él no sabía qué hacer con ellos.

HELIOS.—Todo eso yo lo sabía, y por ello traté de oponerme durante mucho tiempo y no le confiaba el gobierno del carro. Pero como él seguía insistiendo, con lágrimas en los ojos, y juntamente con él su madre Climene, lo hice montar en el carro, le expliqué cómo debía mantenerse firme, durante cuánto tiempo debía mantener flojas las riendas al subir y luego de nuevo cuánto tiempo estar bajando y cómo debía dominar las riendas y no ceder nunca al ímpetu de los caballos. Le advertí cuán grande era el peligro si no conducía el carro en línea recta. Pero él —como no es más que un niño—, al montar en tan gran carro de fuego y asomarse al inmenso abismo, se aterrorizó, como es lógico. Los caballos, al darse cuenta de que no era yo el que estaba montado, despreciaron al muchacho, se desviaron del camino recto y cometieron todas esas atrocidades. Por lo que a él se refiere, soltó las riendas, por miedo a caerse, y se agarró al borde delantero del

[45] Véase Ovidio, *Met.,* 34 y ss.

carro. Pero él ya ha pagado su falta, Zeus, y yo tengo bastante con mi pena.

ZEUS.—¿Bastante dices, después de tan gran atrevimiento? De todos modos, por esta vez te perdono, pero, en lo sucesivo, como cometas otra infracción parecida o nos mandes un sustituto tuyo como éste, en seguida te enterarás de hasta qué punto mi rayo es más abrasador que tu fuego. De modo que ahora ordeno que sus hermanas lo entierren junto a las orillas del Erídano, donde cayó al ser despedido del carro; que viertan sobre él lágrimas de ámbar por esta desgracia y ellas mismas se conviertan en álamos en su memoria. Tú vete a componer el carro, ya que se ha roto el timón y una de las ruedas está destrozada. Engancha después tus caballos y ponte en marcha. Y acuérdate de todas estas recomendaciones.

XXVI

APOLO Y HERMES

APOLO.—¿Podrías decirme, Hermes, quién de estos dos es Cástor y cuál Pólux? Porque yo no podría distinguirlos.

HERMES.—El que estuvo ayer con nosotros era Cástor y éste Pólux.

APOLO.—¿Y cómo los conoces? Porque la verdad es que son iguales.

HERMES.—En que éste, Apolo, conserva en su rostro las huellas de las heridas que recibió de sus contrincantes como pugilista, y sobre todo las que le ocasionó Amico el Bébrico en la expedición en la que intervino con Jasón; el otro no muestra ninguna clase de señales parecidas, sino que su rostro está limpio e indemne.

APOLO.—Me has hecho un gran favor al explicarme estas señales, porque en todo lo demás son iguales, la

mitad del cascarón del huevo, encima la estrella, un dardo en la mano y un caballo blanco cada uno; hasta tal punto, que yo muchas veces he llamado Cástor al que era Pólux, y Pólux a Cástor. Pero explícame ahora una cosa, ¿por qué no están nunca ambos con nosotros, sino que alternativamente uno está muerto y otras veces es un dios?

HERMES.—Lo hacen por amor fraterno, porque de los dos hijos de Leda, uno tenía que morirse y el otro ser inmortal; por ello se repartieron entre ellos la inmortalidad de esta manera.

APOLO.—Es un reparto absurdo, ya que así es cómo no podrán verse nunca entre ellos, que es, me imagino, lo que más estaban deseando. Porque ¿cómo podrían conseguirlo, si uno está con los dioses y el otro con los muertos? Aparte de esto, del mismo modo que yo emito oráculos y Asclepios ejerce de médico, tú enseñas a luchar, porque eres un magnífico maestro de gimnasia, Artemis como diosa preside los partos y cada uno se ocupa de un arte útil a los dioses o a los hombres, ¿en qué se ocupan éstos? ¿Acaso se van a dar la gran vida sin poner nada de su parte, con lo mayores que son?

HERMES.—De ninguna manera; se les ha encargado ponerse a las órdenes de Posidón, tienen que recorrer el mar a caballo y, si ven marineros víctimas de una tempestad, tienen que subir a bordo y salvar a los navegantes.

APOLO.—Ocupación buena y saludable es esta a la que te refieres, Hermes.

Diálogos de los muertos

I

Diógenes y Pólux

Diógenes.—Pólux, te voy a encargar que, tan pronto como hayas vuelto a subir a la tierra (porque te toca, según creo, revivir mañana [1]), si ves en alguna parte a Menipo el perro [2] (puedes encontrarlo en Corinto, cerca del Cranion, o en el Liceo [3], burlándose de los filósofos que discuten entre sí), le digas lo siguiente: «Menipo, Diógenes te invita (si es que ya te has reído bastante de los asuntos de la tierra) a que vayas al Hades para reírte mucho más. Que aquí tu risa está

[1] Cástor y Pólux, hijos de Leda y Zeus, pasaban cada uno de ellos un día en el cielo y otro en la tierra. Cf. *Diálogos de los dioses,* XXIV y XXVI.

[2] Apodo de los filósofos cínicos, por llevar una vida muy pobre, de «perro».

[3] El Cranion era un gimnasio en Corinto; el Liceo, también gimnasio, estaba en Atenas.

llena de incertidumbres y es frecuente preguntarse "¿quién conoce con seguridad lo que hay más allá de la muerte?". En el Hades, en cambio, no dejarás de reírte a carcajadas como yo ahora, sobre todo cuando veas a los ricos, a los sátrapas, a los tiranos, tan humildes e insignificantes, a los que sólo se puede reconocer por sus lamentos y adviertas cómo están de envilecidos y acobardados recordando su vida en la tierra.» Dale este mensaje y dile además que venga con la alforja llena de altramuces, que traiga también comida de Hécate [4] (si la encuentra en el suelo en alguna encrucijada) o un huevo lustral o algo parecido.

PÓLUX.—Le daré tu encargo, Diógenes. Pero, para que pueda reconocerlo con exactitud, ¿qué aspecto tiene?

DIÓGENES.—Es viejo, calvo, lleva un manto lleno de agujeros, desplegado a todos los vientos y variopinto por las piezas de los remiendos. Se está riendo siempre y por lo general se burla de esos filósofos charlatanes.

PÓLUX.—Será fácil reconocerlo con esos detalles.

DIÓGENES.—¿Me dejas que te dé también algún encargo para esos mismos filósofos?

PÓLUX.—Hazlo, que tampoco eso me resultará molesto.

DIÓGENES.—Recomiéndales que dejen de decir necedades de una vez, de discutir sobre el universo, de meterse cuernos los unos a los otros, de inventar cocodrilos [5] y de ejercitar su inteligencia haciendo preguntas sin solución.

PÓLUX.—Pero ellos dirán que yo, que soy un inculto y un ignorante, censuro su sabiduría.

DIÓGENES.—Entonces los mandas al diablo de mi parte.

PÓLUX.—También les daré ese mensaje, Diógenes.

DIÓGENES.—Y a los ricos, queridísimo Policito, dales este recado de mi parte: «¿Por qué guardáis el oro, necios?, ¿por qué os torturáis calculando intereses y amonto-

---

[4] Hécate era la diosa de las almas de los muertos y se le ofrecían restos de sacrificios de purificación en los cruces de los caminos.

[5] Sutilezas sofísticas: «Lo que no has perdido, lo tienes; no has perdido los cuernos, luego los tienes.»

nando talentos sobre talentos, si dentro de poco tendréis que ir allí con un solo óbolo?»[6].

PÓLUX.—También se les dirá eso.

DIÓGENES.—Diles también a los hermosos y fuertes, a Megilo de Corinto y a Damaxeno el luchador, que entre nosotros (en el Hades) no hay ni rubias cabelleras ni ojos azules o negros ni rostros sonrosados, ni músculos tensos ni fuertes hombros, sino que todo es, según el refrán, «una sola Míconos»[7], cráneos desprovistos de belleza.

PÓLUX.—Tampoco me resultará difícil dar este mensaje a los hermosos y fuertes.

DIÓGENES.—Y a los pobres (que son muchos, descontentos por su situación, que lamentan su pobreza) diles, Lacedemonio, después de explicarles la igualdad que hay aquí, que no lloren ni se aflijan; que van a ver que los ricos de allí no son mejores que ellos. Y a tus paisanos los lacedemonios, si te parece bien, échales en cara de mi parte su relajación.

PÓLUX.—No digas nada de los lacedemonios, Diógenes, que no lo voy a tolerar. Lo que me has encargado de decir a los demás, se lo diré.

DIÓGENES.—Dejemos a éstos, ya que así te lo parece, y lleva de mi parte los mensajes a los que antes te dije.

II

PLUTÓN O CONTRA MENIPO

CRESO.—No podemos aguantar, oh Plutón, la vecindad de este perro de Menipo, de manera que, o lo cambias a él de sitio o nosotros nos iremos a vivir a otra parte.

PLUTÓN.—Pero ¿qué daño os hace si es igual de muerto que vosotros?

---

6 Se refiere al óbolo que se ponía en la boca de los cadáveres como pago del peaje al barquero Caronte para cruzar la laguna Estigia.

7 La isla Míconos, en las Cícladas, llamaba la atención porque sus habitantes eran casi todos calvos.

CRESO.—Cada vez que nos levantamos y lloramos, al acordarnos de los bienes de arriba (Midas, ahí presente, de su oro; Sardanápalo, de su mucho lujo, y yo, Creso, de mis tesoros) se burla y nos insulta, llamándonos esclavos y basura, e incluso a veces turba nuestros gemidos con sus cantos. En una palabra, es muy molesto.

PLUTÓN.—¿Qué significa eso que dicen, Menipo?

MENIPO.—Dicen la verdad, Plutón. Los odio, porque son ruines y miserables. No les bastó vivir abominablemente, sino que incluso muertos todavía se acuerdan de las cosas de arriba y tratan de aferrarse a ellas. Por eso yo disfruto mortificándoles.

PLUTÓN.—Pues no deberías hacerlo, apenados como están por verse privados de grandes bienes.

MENIPO.—¿También tú estás loco, Plutón, y apruebas sus lamentos?

PLUTÓN.—De ninguna manera, pero no querría que os pelearais.

MENIPO.—Pues bien, vosotros que sois lo peor de los lidios, frigios y asirios, sabed que no cejaré; adondequiera que vayáis, os seguiré, molestándoos con mis canciones y mis burlas.

CRESO.—¿No es esto una insolencia?

MENIPO.—No. Insolencia era lo que vosotros hacíais, cuando creíais justo que se os adorara, escarnecíais a hombres libres y no os acordabais en absoluto de la muerte. Por eso ahora lamentaréis la pérdida de todo aquello.

CRESO.—En verdad, oh dioses, de muchas y grandes riquezas.

MIDAS.—Y yo ¡de cuánto oro!

SARDANÁPALO.—¡Y de cuánto lujo yo!

MENIPO.—¡Bravo! ¡Adelante! Vosotros lamentaos, que yo os acompañaré repitiendo como estribillo el «conócete a ti mismo», que se adapta bien a tales lamentaciones [8].

---

[8] Posible alusión a un sentido muy concreto de la famosa máxima de Delfos: «recuerda que eres mortal».

III

MENIPO, ANFÍLOCO Y TROFONIO

MENIPO.—En verdad, a vosotros dos, Trofonio y Anfíloco[9], yo no sé por qué razón, a pesar de que estáis muertos, se os ha considerado dignos de adoración, pasáis por adivinos y los estúpidos de los hombres han llegado a creer que sois dioses.

ANFÍLOCO.—¿Y qué culpa tenemos nosotros de que ellos, por su necedad, tengan tal opinión acerca de hombres muertos?

MENIPO.—Pero no opinarían así si vosotros, cuando vivíais, no hubierais imaginado tales portentos, dando a entender que conocíais el futuro y podíais predecirlo a quienes querían consultaros.

TROFONIO.—Menipo, Anfíloco sabrá lo que tiene qus contestar en su defensa; por mi parte, yo soy héroe y hago profecías si alguien desciende a mi mansión. En cuanto a ti, parece que no has estado nunca en Lebadea, pues de lo contrario no desconfiarías.

MENIPO.—¿Qué dices? ¿Que si no voy a Lebadea y no entro gateando en la cueva por una estrecha abertura, ridículamente fajado con linos y con una torta en las manos no podré saber que eres un muerto como nosotros, con la única diferencia de tu charlatanería? Pero dime, en nombre del arte profética, ¿qué es un héroe?, porque yo no lo sé.

TROFONIO.—Es una mezcla de hombre y dios.

MENIPO.—Que, según dices, no es hombre ni dios, sino ambas cosas. Entonces, ¿a dónde se te ha ido tu mitad divina?

TROFONIO.—Está dando oráculos en Beocia, Menipo.

MENIPO.—No entiendo lo que dices, Trofonio. Lo que sí veo claramente es que tú eres un muerto completo.

---

[9] El oráculo de Trofonio estaba en Lebadia (Beocia) y el de Antíloco en Malos.

IV

Hermes y Caronte

HERMES.—Si te parece, barquero, hagamos cuentas de lo lo que ya me debes, para que no discutamos por ello en otra ocasión [10].

CARONTE.—Hagamos cuentas, Hermes. Será mejor que quede saldado y traerá menos problemas.

HERMES.—Por un áncora que te traje de encargo, cinco dracmas.

CARONTE.—Es muy cara.

HERMES.—Pues por Aidoneo que la compré por cinco dracmas; también compré una correa para los remos por dos óbolos.

CARONTE.—Pon cinco dracmas y dos óbolos en la cuenta.

HERMES.—También una aguja para zurcir la vela; me costó cinco óbolos.

CARONTE.—Añade los cinco óbolos.

HERMES.—Cera para tapar las fugas de agua, clavos y la cuerda con la que hiciste la braza, todo por dos dracmas.

CARONTE.—Esto lo compraste a su precio.

HERMES.—Esto es lo que me debes, si no se me ha olvidado alguna cosa en la cuenta. ¿Cuándo crees que me lo vas a pagar?

CARONTE.—Ahora imposible, Hermes. Pero si una peste o una guerra me manda algún grupo, podré conseguir beneficios, sobrecargando los precios del pasaje.

HERMES.—¿Entonces yo tengo que sentarme y pedir que ocurran las peores calamidades para poder cobrar de ellas?

CARONTE.—No es posible de otro modo, Hermes. Ahora, como ves, nos llegan poco muertos, porque estamos en tiempo de paz.

---

[10] Hermes, como dios que acompaña las almas de los muertos («psicopompo») hasta los orillas del río Aqueronte, está en continua relación con el barquero Caronte, que se encarga de recogerlas.

HERMES.—Es mejor así aunque te retrases en el pago de tu deuda. Por lo demás, Caronte, tú sabes cómo se presentaban aquí los antiguos, todos ellos son valientes, llenos de sangre y heridas la mayor parte. Ahora, en cambio, si viene alguien ha muerto envenenado por su hijo o por su mujer, o con el vientre y las piernas hinchadas por su vida de crápula, todos pálidos y extenuados, en nada parecidos a aquéllos. Y la mayor parte de ellos parece que vienen aquí a consecuencia de las maquinaciones que se tienden mutuamente a causa del dinero.

CARONTE.—Es que efectivamente estas riquezas son muy deseables.

HERMES.—Entonces tampoco te parecerá que yo obro mal al reclamarte con insistencia lo que me debes.

V

PLUTÓN Y HERMES

PLUTÓN.—¿Conoces a aquel viejo, me refiero a aquel tan entrado en años, al rico Eucrates, que no tiene hijos, pero sí cincuenta mil individuos que van a la caza de su herencia?

HERMES.—Sí, te refieres al Sicionio. ¿Qué le pasa?

PLUTÓN.—A ése, Hermes, déjale vivir más de los noventa años que ya ha vivido, añadiéndole otros tantos si fuera posible, y más aún; y a sus aduladores, el joven Carino, Damón y los demás, tráemelos aquí, a todos, uno detrás del otro.

HERMES.—Puede parecer rara una cosa así.

CARONTE.—De ningún modo, sino más bien muy justo. Porque ¿qué motivo les hace estar deseando que muera sino el de aspirar a sus riquezas sin tener con él ningún parentesco? Y lo más asqueroso de todo es que a pesar de sus deseos, lo cuidan, al menos en público; y cuando está enfermo, prometen hacer sacrificios

si se restablece, aunque son evidentes para todos sus deseos. En suma, que la adulación de estos individuos es sumamente versátil. Por ello, que aquél sea inmortal y que ésos mueran antes que él y se queden con la boca abierta.

HERMES.—Harán el ridículo, por tramposos. Por su parte, también el viejo se burla de ellos muy lindamente y les alimenta con vanas esperanzas y, en resumidas cuentas, aunque siempre se parece a un muerto, está mucho más sano que los jóvenes. Ellos, entre tanto, se han dividido mentalmente la hacienda y se alimentan de esperanzas, prometiéndose una vida feliz.

PLUTÓN.—Pues bien, que Eucrates sea despojado de su ancianidad y rejuvenezca como Yolao [11] y que ellos abandonen su soñada riqueza en medio de sus esperanzas y vengan aquí, ya muriendo de mala muerte como malvados.

HERMES.—Descuida, Plutón, que iré a buscártelos en seguida uno por uno. Me parece que son siete.

CARONTE.—Sí, arrástralos aquí y que él, convertido de viejo en joven, acompañe a cada uno en el cortejo.

VI

TERPSIÓN Y PLUTÓN

TERPSIÓN.—¿Es, justo, Plutón, que yo haya muerto a los treinta años y que en cambio el viejo Túcrito, que tiene más de noventa, siga viviendo?

PLUTÓN.—Me parece justísimo, Terpsión, pues mientras él vive sin desear que muera ninguno de sus amigos, tú en cambio lo estabas acechando continuamente, en espera de su herencia.

TERPSIÓN.—Pero ¿no debería abandonar la vida y dejar

[11] Yolao, sobrino de Heracles e hijo de Ificles, acompañó a su tío en la lucha contra la Hidra de Lerna. Ya viejo, obtuvo de Hebe y Zeus la recuperación de su fuerza y juventud por un solo día.

paso a los jóvenes uno que es viejo y no puede disfrutar de sus riquezas?

PLUTÓN.—Nuevas leyes intentas establecer, Terpsión, que tenga que morirse el que ya no puede manejar a gusto sus riquezas. Pero el Destino y la Naturaleza lo dispusieron de otra manera.

TERPSIÓN.—Precisamente de esta disposición los acuso, pues la cosa debería suceder con cierto orden, de modo que el más viejo muriera antes, y, después de él, el que siguiese en edad, sin que se invirtiera el orden de ninguna manera, de modo que siga viviendo el ancianísimo que apenas tiene tres dientes, que casi no ve, que se apoya en cuatro criados, con la nariz llena de mocos y los ojos de legañas, que ya no goza de ningún placer y es una especie de tumba viviente que hace reír a los jóvenes, mientras mueren mozos muy hermosos y robustos. Esto es, naturalmente, como los ríos que fluyeran hacia sus fuentes. Finalmente, habría que saber al menos cuándo morirá cada uno de los ancianos, para que no se desvivieran inútilmente por algunos de ellos. Ahora, en cambio, ocurre lo que dice el refrán: «el carro arrastra al buey».

PLUTÓN.—Sin embargo, Terpsión, las cosas ocurren de manera más racional de lo que tú crees. ¿Por qué tendéis vuestras manos hacia propiedades ajenas y os hacéis adoptar por ancianos sin hijos? Con ello os convertís en motivo de risa cuando sois enterrados antes que ellos y el asunto resulta divertidísimo para la gente, pues cuanto más deseáis vosotros que los viejos se mueran, tanto más agradable para todos es que vosotros muráis antes que ellos. Porque habéis inventado una especie de arte nuevo enamorándoos de viejas y viejos, especialmente si carecen de hijos, pues los que tienen hijos no os inspiran amor. Y sin embargo, muchos de los amados, comprendiendo la doblez de vuestro cariño, aunque tengan hijos fingen odiarlos, para tener amantes ellos también. Pero luego, en el testamento, quedan excluidos los que durante mucho tiempo fueron sus escoltas, y el hijo y la naturaleza, como

es justo, se adueñan de todo, mientras que aquéllos, hechos una furia, rechinan los dientes.

TERPSIÓN.—Es verdad lo que dices. ¡Cuántos bienes míos devoró Túcrito dando la impresión a cada momento de que se iba a morir! Cada vez que me acercaba a él, daba profundos gemidos y piaba como un polluelo recién salido del cascarón. Por ello yo, creyendo que estaba a punto de poner los pies en el ataúd, le mandaba rápidamente numerosos obsequios, para evitar que mis rivales amatorios me superaran en la largueza de los regalos. Por lo general, las preocupaciones me hacían estar tumbado en la cama sin poder dormir, haciendo cuentas y arreglándolo todo. Y éstas fueron sin duda las causas de mi muerte, los insomnios y las preocupaciones. El, en cambio, después de devorarme un cebo tan grande, asistía muy recientemente a mi entierro muerto de risa.

PLUTÓN.—¡Estupendo, Túcrito! Ojalá vivas muchísimo tiempo rodeado de riquezas y riéndote de tales individuos, y que no mueras sin haber enviado por delante a todos tus aduladores.

TERPSIÓN.—También me gustaría muchísimo, Plutón, que Caríades muriera antes que Túcrito.

PLUTÓN.—Tranquilízate, Terpsión, que también vendrán antes que él Fidón y Melanto y, en una palabra, todos, a causa de las mismas preocupaciones que tú tuviste.

TERPSIÓN.—Aplaudo tales disposiciones. ¡Ojalá vivas muchos años, Túcrito!

VII

CENOFANTO Y CALIDÉMIDES

CENOFANTO.—Y tú, Calidémides, ¿de qué te has muerto? Pues, por lo que a mí se refiere, ya sabes que morí atragantado por comer más de la cuenta, cuando era parásito de Dinias. Lo sabes porque estabas allí en mi lecho de muerte.

CALIDÉMIDES.—Efectivamente, allí estaba, Cenofanto. Pero lo que me ocurrió a mí fue una cosa absurda. Seguramente tú conoces al viejo Pteodoro, ¿no es así?

CENOFANTO.—¿Te refieres a ese que no tiene hijos y es muy rico? Yo sabía que tú estabas con él casi siempre.

CALIDÉMIDES.—A él precisamente yo le hacía continuamente la corte, porque había prometido nombrarme heredero a su muerte. Pero como la cosa se alargaba muchísimo y el viejo vivía ya más que Titono [12], descubrí un atajo para llegar a la herencia: compré un veneno y soborné al copero para que, tan pronto como Pteodoro pidiese de beber (bebe bastante y del vino más puro) tuviera ya el vino con el veneno preparado en la copa y se lo diera. Yo le prometí bajo juramento la libertad si así lo hacía.

CENOFANTO.—¿Y qué pasó? Me da la impresión de que me vas a contar algo inesperado.

CALIDÉMIDES.—Verás, cuando llegamos a la mesa después del baño, el jovencito, que tenía efectivamente dos copas preparadas, una para Pteodoro con el veneno y otra para mí, se equivocó, yo no sé cómo, y me dio a mí el veneno y a Pteodoro la copa inofensiva. Después, mientras él bebía, yo al punto caía todo lo largo que era, muerto en su lugar. ¿Por qué te ríes, Cenofanto? No deberías burlarte de un amigo.

CENOFANTO.—Es que te ha ocurrido algo muy gracioso, Calidémides. ¿Y el anciano qué hizo a todo esto?

CALIDÉMIDES.—Primero se quedó aturdido ante cosa tan imprevista y luego, al darse cuenta de lo ocurrido, creo yo, se rió también él al ver lo que me había hecho el copero.

CENOFANTO.—Es que tú no debiste tomar de ningún modo el camino más corto, pues la herencia te habría llegado por el camino real con más seguridad, aunque también con mayor lentitud.

---

12 Hermano mayor de Príamo y esposo mítico de la diosa Aurora, que lo raptó y consiguió de Zeus para él la inmortalidad, pero no la eterna juventud, que por olvido no había pedido.

VIII

CNEMÓN Y DAMNIPO

CNEMÓN.—Esto es, como dice el refrán: «El ciervo atrapa al león.»
DAMNIPO.—¿Por qué estás enfadado, Cnemón?
CNEMÓN.—¿Que por qué estoy enfadado me preguntas? Porque me he llevado un chasco, desgraciado de mí, y he dejado un heredero que no quería, dejando de lado a los que yo hubiera querido que poseyeran mis bienes.
DAMNIPO.—¿Y cómo ocurrió eso?
CNEMÓN.—Yo le hacía la corte a Hermolao, hombre riquísimo y sin hijos, esperando su muerte, y él no le hacía ascos a mis halagos. Me pareció también que era una medida inteligente hacer testamento público en el que yo le dejaba todos mis bienes, para impulsarle a que me imitara e hiciera él lo mismo conmigo.
DAMNIPO.—¿Qué hizo él entonces?
CNEMÓN.—Lo que él consignó en su testamento, no lo sé. El caso es que yo morí repentinamente al caérseme encima la techumbre, y ahora Hermolao posee mis bienes como un lobo marino que se ha llevado a tirones el anzuelo y la carnada.
DAMNIPO.—No sólo eso, sino también a ti, el pescador, de modo que urdiste la trampa contra ti mismo.
CNEMÓN.—Así lo parece y de ahí mis lamentaciones.

IX

SÍMILO Y POLÍSTRATO

SÍMILO.—¿Por fin has venido tú también a nuestro lado, Polístrato? Me parece que has vivido casi cien años.
POLÍSTRATO.—Noventa y ocho, Símilo.

SÍMILO.—¿Y cómo has vivido esos treinta años después de mi muerte? Porque yo fallecí cuando tú tenías unos setenta.

POLÍSTRATO.—Estupendísimamente, aunque te parezca extraño.

SÍMILO.—Extraño es, desde luego, que siendo viejo y tan enclenque y encima sin hijos hayas podido disfrutar de los bienes de la vida.

POLÍSTRATO.—En primer lugar, podía hacerlo todo; además, tenía a mi disposición muchos hermosos adolescentes, lindísimas mujeres y perfumes, vinos fragantes y una cocina superior a la de Sicilia [13].

SÍMILO.—Todo eso es nuevo, porque yo te conocí siempre muy ahorrativo.

POLÍSTRATO.—Pero es que esos lujos, mi querido amigo, me los derramaban otros sobre mí. Nada más amanecer, acudían muchísimos a mi puerta y más tarde me traían toda clase de regalos de todas partes de la tierra, hermosísimos por añadidura.

SÍMILO.—¿Acaso te hiciste tirano después de mi muerte, Polístrato?

POLÍSTRATO.—No, pero tenía innumerables amantes.

SÍMILO.—Me haces reír. ¿Amantes a tu edad, con sólo cuatro dientes?

POLÍSTRATO.—Sí, ¡por Zeus!, y los más distinguidos de la ciudad; a pesar de ser viejo y calvo, como ves, y encima legañoso y echando mocos, disfrutaban muchísimo haciéndome la corte y se sentía feliz el individuo a quien sólo dirigía una mirada.

SÍMILO.—¿Acaso tú, como hizo Faón con Afrodita, transportaste a alguna divinidad desde Quíos en tu barca [14]

[13] Sobre la fama de la cocina siciliana, pueden verse las alusiones de Platón, *República,* 404 d, y *Gorgias,* 518 b.

[14] Faón era un barquero legendario, viejo, pobre y feo, de la isla de Lesbos. Un buen día transportó en su barca a Afrodita, disfrazada de vieja, sin cobrarle ningún peaje. La diosa le recompensó concediéndole una gran belleza y juventud, que hizo que se enamoraran de él todas las mujeres de la isla, incluida Safo.

y luego a petición tuya te concedió ser joven de nuevo, hermoso y digno de ser amado?

POLÍSTRATO.—No es esto, sino que siendo como soy, era muy deseado.

SÍMILO.—Lo que dices es un acertijo.

POLÍSTRATO.—Sin embargo, es muy sabido este amor frecuente a los ancianos ricos y sin hijos.

SÍMILO.—Ahora comprendo que tu belleza, amigo mío, procedía de la áurea Afrodita.

POLÍSTRATO.—Con todo, Símilo, conseguí no pocos frutos de mis amantes, hasta el punto que casi fui adorado por ellos. Con frecuencia me hacía el esquivo y a veces hasta les cerraba mi puerta a algunos, pero ellos porfiaban y rivalizan entre sí tratando de superarse en su afecto hacia mí.

SÍMILO.—Y al final, ¿qué determinación tomaste acerca de tus bienes?

POLÍSTRATO.—Yo decía públicamente que dejaría a cada uno de ellos como heredero, cada uno se lo creía y se ponía en plan más adulador; entretanto, yo tenía otro testamento verdadero, que es el que dejé, con el encargo de que todos se fueran al diablo.

SÍMILO.—¿Y qué heredero dejaron estas últimas disposiciones? ¿Acaso alguien de tu familia?

POLÍSTRATO.—No, por Zeus, sino un hermoso joven frigio que yo había comprado recientemente.

SÍMILO.—¿De cuántos años más o menos, Polístrato?

POLÍSTRATO.—De unos veinte años.

SÍMILO.—Ya entiendo qué clase de gracias te hacía [15].

POLÍSTRATO.—Por otra parte, era mucho más digno de la herencia que los otros, aun siendo un extranjero y un perdido. Ahora incluso los más distinguidos le hacen la corte; él fue mi heredero, como te he dicho, y ahora se cuenta entre los nobles, a pesar de su barba afeitada y de que habla con acento extranjero; dicen

15 Alusión clara a la pederastia.

de él que es más noble que Codro [16], más hermoso que Nireo [17] y más prudente que Ulises.

SÍMILO.—Eso me tiene sin cuidado. Que sea incluso generalísimo de Grecia, si les parece, con tal de que los otros no hereden nada.

X

CARONTE, HERMES Y VARIOS MUERTOS

CARONTE.—Escuchad cuál es nuestra situación. La barquichuela es pequeña, como veis, está medio podrida, hace agua por muchos sitios y si se inclina a uno u otro lado volcará y zozobrará; encima, vosotros, ¡habéis venido tantísimos juntos, cada uno con mucho equipaje! Si embarcáis con todo eso, temo que no tardéis en arrepentiros, especialmente todos los que no sabéis nadar.

HERMES.—Entonces, ¿qué debemos hacer para tener una buena travesía?

CARONTE.—Yo os lo voy a decir: debéis embarcar desnudos, después de dejar en la orilla todos esos fardos inútiles, porque aun así difícilmente podrá sosteneros la barquilla. Y tú, Hermes, te cuidarás desde ahora de no admitir a nadie que no se haya despojado de todo y, como dije, que no haya abandonado su equipaje. Ponte junto a la escalera, vete examinándolos y recíbelos a bordo, obligándoles a embarcar desnudos.

HERMES.—Bien dicho, y así lo haré. ¡Eh, tú, el primero!, ¿quién eres?

MENIPO.—Yo soy Menipo. Ya ves, Hermes, que arrojo a la laguna mi alforja y el cayado; el manto ni siquiera lo traje e hice bien.

---

16 Rey de Atenas, descendiente de Neleo, de la raza de Posidón.

17 Prototipo de belleza, de humilde nacimiento, pretendiente de Helena y combatiente en Troya, donde se mostraba su tumba.

HERMES.—Sube, Menipo, el mejor de los hombres, y ocupa el primer puesto junto al piloto, en la parte alta, para que puedas observarlos a todos. Y éste tan hermoso ¿quién es?

CARMÓLEO.—Carmóleo de Megara, el favorito, cuyo beso valía dos talentos.

HERMES.—Pues despójate de tu belleza, de tus labios con los besos, de tu espesa cabellera, del colorete de tus mejillas y de tu piel entera... Así está bien, ya estás aligerado. Embarca ya. Y tú, el del manto de púrpura y diadema, el de aspecto terrible, ¿quién eres?

LAMPICO.—Lampico, tirano de Gela.

HERMES.—¿Y por qué te presentas con tantas insignias, Lampico?

LAMPICO.—¿Y qué? ¿Debía venir desnudo un tirano, Hermes?

HERMES.—De tirano, nada, sino más bien un muerto. De modo que quítate eso.

LAMPICO.—Queda arrojada mi riqueza, ya lo ves.

HERMES.—Arroja también la vanidad y el orgullo, Lampico, que si caen contigo en la barca la cargarán demasiado.

LAMPICO.—Está bien, pero déjame al menos tener la diadema y el manto.

HERMES.—De ninguna manera. Tienes que dejar también eso.

LAMPICO.—De acuerdo. ¿Qué más? Porque ya ves que lo he dejado todo.

HERMES.—Y la crueldad, la insensatez, la insolencia y la ira, déjalo todo.

LAMPICO.—Aquí lo tienes; ya estoy desnudo.

HERMES.—Embarca ya. Y tú, el macizo y corpulento, ¿quién eres?

DAMASIAS.—Damasias el atleta.

HERMES.—Sí lo pareces. Te conozco porque te he visto muchas veces en las palestras.

DAMASIAS.—Así es, Hermes. Ea, déjame entrar, que ya estoy desnudo.

HERMES.—Desnudo no, amigo mío, envuelto como estás con tantas carnes; de modo que quítatelas, porque hundirías la barca con solo que pongas un pie en ella. Y tira también esas coronas y las aclamaciones honoríficas.

DAMASIAS.—Heme ya completamente desnudo, como ves, y con el mismo peso que los demás muertos.

HERMES.—Es mejor que estés así de liviano. Embarca ya. Y tú, Cratón, embarca también, pero deja antes tus riquezas, el afeminamiento y la molicie. No traigas tampoco las pompas funerarias ni los títulos de tus antepasados; deja la nobleza y la gloria y las proclamaciones públicas de la ciudad en tu honor y las inscripciones de tus estatuas; no digas tampoco que erigieron un gran sepulcro en tu honor, porque el recuerdo de esas cosas también sobrecarga la barca.

CRATÓN.—Aunque no me gusta, arrojaré todo eso. ¿Qué otra cosa podría hacer?

HERMES.—¡Hola! ¡Eh, tú, el de las armas! ¿Qué pretendes? ¿Por qué traes ese trofeo?

UN GENERAL.—Porque conseguí victorias, Hermes, gané el premio al valor y la ciudad me llenó de honores.

HERMES.—Deja el trofeo en el suelo; en el Hades hay paz y no habrá ninguna necesidad de armas. Y ése de aspecto tan serio y ademán orgulloso, con las cejas arqueadas, sumido en meditaciones, provisto de espesa barba, ¿quién es?

MENIPO.—Un filósofo, o, mejor, dicho, un impostor, cargado de charlatanería; de modo que haz que se despoje también y verás cuántas cosas ridículas hay escondidas bajo su manto.

HERMES.—Quítate primero el aspecto y luego todo lo demás. ¡Zeus! ¡Cuánta arrogancia lleva consigo, cuánta ignorancia y espíritu de discordia, vanagloria y preguntas enmarañadas, discursos espinosos y razonamientos tortuosos! Y luego muchísimo trabajo inútil, no poca charlatanería, habladurías, mezquindad de espíritu y, ¡por Zeus!, también hay aquí oro, lascivia, desvergüenza, ira, voluptuosidad y molicie. Porque no se

me ocultan tales cosas, aunque tratas de esconderlas cuidadosamente. Quítate también la mentira y el orgullo y tu idea de ser superior a los demás. Porque como embarques con todo eso, no hay nave de cincuenta remeros que pueda aguantarte.

EL FILÓSOFO.—Pues bien, me despojo de todo, ya que así lo ordenas.

MENIPO.—Que se quite también esa barba, Hermes, que, como ves, es pesada y espesa; tiene al menos cinco minas [18] de pelos.

EL FILÓSOFO.—¿Y quién me la cortará?

HERMES.—Ahí tienes a Menipo, que te la cortará con el hacha de a bordo, usando como tajo la escalerilla.

MENIPO.—No, Hermes, dame una sierra; será más divertido.

HERMES.—El hacha será suficiente. ¡Estupendo! Ahora pareces más humano, después de librarte de tu peste de macho cabrío.

MENIPO.—¿Quieres que le corte también un poco de las cejas?

HERMES.—Me parece muy bien, pues las tiene levantadas sobre la frente, engreído no sé con qué motivo. ¿Qué es eso?, ¿también lloras, basura, y estás acobardado ante la muerte? Embarca ya.

MENIPO.—Todavía conserva bajo el brazo lo más pesado.

HERMES.—¿Qué es, Menipo?

MENIPO.—La adulación, Hermes, que le ha proporcionado muchos beneficios en la vida.

EL FILÓSOFO.—Pues también tú, Menipo, despréndete de la libertad y de la franqueza, de tu indiferencia al dolor, de tu nobleza de alma y de tu risa; tú eres el único que se ríe sin parar.

HERMES.—De ningún modo; conserva, por el contrario, esas cosas, que son ligeras, muy fáciles de transportar y útiles para la travesía. En cuanto a ti, orador, despójate de tantísima verborrea infinita y de las antíte-

[18] Cada mina equivalía a 432 gramos.

sis y los paralelismos, períodos, barbarismos y las otras pesadeces del discurso.

EL ORADOR.—¡Ea! Mira, lo dejo todo.

HERMES.—Está bien. Suelta, entonces, las amarras, barquero; quitemos la escalera, que leven el ancla, despliega la vela y dirige el timón. ¡Ojalá tengamos una buena navegación! ¿Por qué lloráis, estúpidos, y sobre todo tú el filósofo, al que le quitamos hace poco la barba?

EL FILÓSOFO.—Porque creía, ¡oh Hermes!, que el alma era inmortal.

MENIPO.—Está mintiendo. Parece que son otras cosas las que le afligen.

HERMES.—¿Cuáles?

MENIPO.—Que ya no volverá a disfrutar de opíparas cenas ni volverá a salir por la noche, a escondidas de todos, con la cabeza cubierta con el manto, recorriendo uno por uno los burdeles, ni engañará más a los jóvenes por la mañana, cobrando dinero por su sabiduría. Eso es lo que le aflige.

EL FILÓSOFO.—¿Y a ti, Menipo, no te disgusta haber muerto?

MENIPO.—¿Cómo me va a disgustar, si yo apresuré mi muerte sin que nadie me llamara? [19] Pero, dicho sea de paso, ¿no se oye una especie de clamor, como de gente que grita desde la tierra?

HERMES.—Sí, Menipo, y no de un solo lugar, sino que unos, reunidos en asamblea, ríen todos gozosos por la muerte de Lampico, mientras su mujer es sujetada por otras mujeres y a sus hijos, aun siendo de tierna edad, les atacan otros niños con abundancia de piedras. Otros aplauden en Sición a Diofanto el orador [20], que está pronunciando un elogio fúnebre en honor de Cratón, aquí presente. Y, ¡por Zeus!, allí está también la madre de Damasias, la cual, con sus lamentaciones, inicia con las mujeres el canto de dolor en honor de su hijo.

---

19 Menipo se suicidó, según Diógenes Laercio.

20 Orador famoso, amigo de Demóstenes.

Pero a ti, Menipo, nadie te llora, sino que eres el único que descansas en paz.

MENIPO.—No es así, de ninguna manera. Pronto oirás a los perros lanzando lastimosos aullidos por mí y a los cuervos batiendo las alas, cuando se reúnan para darme sepultura.

HERMES.—Eres estupendo, Menipo. Pero, puesto que ya hemos arribado a la orilla, id vosotros hacia el tribunal, siguiendo aquel camino todo derecho, mientras el barquero y yo iremos en busca de otros muertos.

MENIPO.—¡Que tengáis buen viaje, Hermes! Y nosotros sigamos adelante. ¿Por qué os demoráis? Tendremos que someternos a juicio y dicen que los castigos son severos: ruedas, piedras, buitres[21]... Y la vida de cada uno quedará en evidencia con todo detalle.

XI

CRATES Y DIÓGENES

CRATES.—¿Conocías tú, Diógenes, al rico Mérico, el multimillonario de Corinto, que tenía una flota de barcos mercantes, cuyo primo era Aristeas, rico también él? Solía repetir la famosa frase de Homero:

O levántame tú o yo te levantaré[22].

DIÓGENES.—¿Por qué me haces esta pregunta, Crates?

CRATES.—Se hacían la corte mutuamente, cada uno por la herencia del otro, siendo los dos de la misma edad, e hicieron público testamento, según el cual Mérico dejaba a Aristeas la posesión de todos sus bienes, si moría antes que él y Aristeas a Mérico si se le adelantaba. Estos eran los acuerdos escritos y ellos se cortejaban mutuamente, tratando de superarse en la adulación.

---

21 Alusiones a los suplicios de Ixión (la rueda), Sísifo (la piedra) y Prometeo.

22 Cf. *Ilíada,* XXIII, 724.

Y los profetas, tanto los que adivinan el futuro por los astros como los que se basan en los sueños, lo mismo que los hijos de Caldea y hasta el mismo oráculo Pitio, daban la victoria unas veces a Aristeas y otras a Mérico, y los platillos de la balanza se inclinaban unas veces a favor de aquél y otras a favor de éste.

DIÓGENES.—¿Y cómo terminó la cosa? Porque merece la pena oírlo.

CRATES.—Los dos murieron el mismo día, y sus herencias fueron a parar a Eunomio y Tresicles, dos parientes que nunca habían imaginado que las cosas ocurrirían de esta manera; efectivamente, cuando hacían la travesía de Sición a Cirra, en medio del trayecto dieron de flanco contra el Yápige y naufragaron [23].

DIÓGENES.—Y les estuvo bien empleado. Nosotros, por el contrario, cuando estábamos vivos, no teníamos tales pensamientos el uno del otro; ni yo deseé nunca que Antístenes muriera, para convertirme en heredero de su báculo (y tenía uno muy fuerte, que se había hecho de madera de olivo silvestre), ni tú, Crates, según creo, deseabas heredar a mi muerte mis bienes, es decir, el tonel y la alforja con dos quénices [24] de altramuces.

CRATES.—Es que no necesitaba nada de eso, ni tú tampoco, Diógenes; porque lo que necesitábamos, lo heredaste tú de Antístenes y yo de ti, bienes mucho más importantes y venerables que el Imperio de los persas.

DIÓGENES.—¿A qué te refieres?

CRATES.—A la sabiduría, la independencia, la verdad, la sinceridad, la libertad.

DIÓGENES.—Sí, ¡por Zeus! Recuerdo haber recibido esa riqueza en herencia de Antístenes y habértela dejado muy acrecentada.

CRATES.—Los otros, en cambio, no se preocupaban de tales riquezas y nadie nos cortejaba con la esperanza

---

[23] Promontorio en el sur de Italia. Es también el nombre de un viento.

[24] El quénice es una medida que equivale a poco más de un litro.

de heredarnos, sino que todos tenían puestas sus miradas en el oro.

DIÓGENES.—Y con razón, porque no tenían dónde recibir tales bienes de nosotros, pues estaban resquebrajados por los placeres, como bolsas podridas, de modo que cuando alguno vertía en ellos sabiduría o franqueza en el hablar o autenticidad, al punto se salía y se vertía, porque el fondo no lo podía retener. Algo parecido a lo que les ocurría a las hijas de Dánao [25] cuando echaban agua en el tonel agujereado. El oro, en cambio, lo defendían con uñas y dientes y por todos los medios.

CRATES.—Por eso nosotros tendremos también aquí nuestras riquezas; ellos, en cambio, vendrán con un solo óbolo y éste sólo hasta que lleguen al barquero.

XII

ALEJANDRO, ANÍBAL, MINOS Y ESCIPIÓN [26]

ALEJANDRO.—Yo debo ser juzgado antes que tú, Libio, porque soy mejor.

ANÍBAL.—No por cierto, sino yo.

ALEJANDRO.—Entonces que decida Minos.

MINOS.—¿Quiénes sois vosotros?

ALEJANDRO.—Este es Aníbal el cartaginés, y yo, Alejandro, el hijo de Filipo.

MINOS.—¡Por Zeus! Ilustres realmente los dos. Pero ¿por qué discutís?

ALEJANDRO.—Por el primer sitio. El afirma que ha sido mejor general que yo, mientras que yo sostengo que, en las artes de la guerra, no sólo le superé a él, sino a casi todos los que me precedieron, como todo el mundo sabe.

---

[25] Las Danaides fueron castigadas en el Hades a llenar de agua un tonel sin fondo, por haber dado muerte a sus maridos, los hijos de Egipto.

[26] Minos fue un rey de Creta; por su fama de justo, a su muerte se convirtió en juez de los muertos, con Eaco y Radamanto.

MINOS.—En vista de ello, que hable cada uno por turno. Tú, Libio, habla el primero.

ANÍBAL.—Esta es una ventaja que conseguí al venir aquí, Minos, y es que aprendí también la lengua griega [27], de modo que tampoco en este aspecto podría éste aventajarme. Afirmo que son especialmente dignos de alabanza los individuos que, empezando de la nada, alcanzaron la grandeza por sus propios méritos, revistiéndose de poder y mostrándose dignos del mando. Y así, yo con unos pocos hombres me lancé sobre Iberia, al principio, como lugarteniente de mi hermano, se me consideró digno de las mayores hazañas por ser reputado como el mejor; sometí a los celtíberos y sojuzgué a los galos occidentales, atravesé los Alpes, invadí todo el valle del Po, devasté muchísimas ciudades, me apoderé de la llanura italiana y llegué hasta los arrabales de la capital; di muerte a tantos enemigos en un solo día que sus anillos podían medirse por medimnos [28] y construirse puentes sobre los ríos con sus cadáveres. Y todo eso lo hice sin llamarme hijo de Ammón [29] ni fingir ser un dios, ni contar los sueños de mi madre [30], sino reconociendo mi humana condición, enfrentándome con los generales más capacitados y combatiendo con los más belicosos soldados, no contra medos y armenios, que huyen antes de que alguien les persiga y ceden en seguida la victoria al enemigo resuelto.

Alejandro, en cambio, heredó de su padre un Imperio y lo engrandeció y extendió muchísimo aprovechando el impulso de la fortuna. Pero cuando consiguió vencer en Iso y en Arbelas al despreciable Darío,

---

27 Sin embargo, Cornelio Nepote (*Aníbal*, 13, 2) dice que Aníbal escribió varios libros en griego.

28 El medimno equivale a 52,53 litros (aproximadamente una fanega).

29 Los sacerdotes egipcios del oráculo de este nombre recibieron a Alejandro llamándole hijo de Ammón. Alejandro abusó de esta «divinización».

30 Olimpia, la madre de Alejandro, difundió la historia de que había sido amada en sueños por una serpiente (epifanía de un dios) y de que de esa unión había nacido Alejandro.

renegó de las tradiciones de su patria y pedía que se prosternasen ante él, cambió su régimen de vida por el de los medos, asesinaba a sus amigos en los banquetes [31] o los mandaba detener para matarlos. En cambio, yo goberné mi patria en un régimen de igualdad de derechos; y cuando ella me mandó llamar, porque los enemigos habían zarpado con una gran flota hacia Libia, la obedecí rápidamente y me ofrecí como un simple particular; cuando fui condenado, acepté sin rencor el castigo. Y todo esto lo hice siendo bárbaro, no educado en la cultura griega, sin recitar a Homero, como éste [32], ni haber sido formado por el sofista Aristóteles [33], sino utilizando únicamente mis buenas cualidades naturales. Estos son los puntos en los que afirmo que soy superior a Alejandro. Y si él, por el hecho de que tiene la cabeza ceñida con una diadema, es más hermoso, tal vez eso sea motivo de veneración para un macedonio, pero no por eso podrá parecer mejor que un hombre noble y diestro en el arte militar, que utilizó la inteligencia más que la fortuna.

MINOS.—Este ha pronunciado en su favor un discurso lleno de nobleza, como no era previsible tratándose de un libio. Y tú, Alejandro, ¿qué dices a eso?

ALEJANDRO.—No debería contestarle nada a un individuo tan insolente, pues lo que dice la fama es suficiente para que te enteres de qué clase de rey fui yo y qué clase de bandido fue éste. Sin embargo, mira si lo aventajé en poco que, al acceder al poder cuando yo era todavía muy joven, puse fin a los desórdenes del Imperio y perseguí a los asesinos de mi padre; atemoricé a Grecia con la destrucción de Tebas [34], me nom-

---

31 Como ocurrió con su amigo Clito, a quien mató en un acceso de ira.

32 Alejandro siempre llevaba consigo un ejemplar de los poemas homéricos.

33 Emplea el término de sofistas en sentido despectivo.

34 Por decreto del *synedrion* (consejo) de los griegos, Alejandro destruyó Tebas, que se había sublevado, pero respetó (según se dice) la casa de Píndaro.

braron general supremo y no me conformé con el gobierno de las tierras que me había dejado mi padre, atendiendo el imperio de los macedonios, sino que ambicioné toda la tierra y considerando que sería afrentoso no apoderarme de todo, invadí el Asia con unos pocos hombres [35], conseguí la victoria junto al Gránico [36] en una gran batalla y después de apoderarme de Lidia, Jonia y Frigia, sometiendo cuanto encontraba a mi paso, llegué a Iso [37], donde Darío me esperaba al frente de un ejército innumerable. Y por lo que se refiere a lo ocurrido a continuación, vosotros sabéis, Minos, cuántos muertos os envié en un solo día; desde luego, el barquero asegura que en aquella ocasión no tuvieron bastante con la barca, sino que muchos tuvieron que construirse balsas para hacer la travesía. Y estas hazañas las llevaba yo a cabo exponiéndome el primero a los peligros y considerándome digno de ser herido. Y pasando por alto mis hazañas en Tiro y en Arbelas, te diré que llegué hasta la India y puse el Océano como límite de mi Imperio; me apoderé de sus elefantes y capturé a Poro; crucé el Tanais [38] y vencí en una batalla ecuestre a los escitas, guerreros dignos de todo respeto; traté bien a mis amigos y castigué a mis enemigos. Y si pasaba ante los hombres por un dios, hay que disculparles que creyeran tal cosa de mí por la magnitud de mis hazañas.

Por último, yo morí siendo rey y éste, en cambio, murió en el destierro, en la corte de Prusias de Bitinia [39], como era justo que muriera un hombre tan perverso y desalmado. Cómo venció a los ítalos, no hace

---

35 Unos 35.000 hombres.

36 Año 354, primera gran victoria de Alejandro.

37 Cerca de esta ciudad de Cilicia, el año 333 Darío fue derrotado con su ejército de 500.000 hombres y tuvo que huir, dejando muchos prisioneros, entre ellos su mujer, su madre y su hija.

38 Es el actual Don. Luciano no sigue el orden cronológico de los hechos: la expedición aquí mencionada tuvo lugar el 335 a. C.

39 Prusias de Bitinia traicionó a Aníbal, quien se envenenó para no caer vivo en manos de los romanos (cf. *Livio,* XXIX, 51).

falta decirlo, no fue con las fuerza de las armas, sino con su perversidad, perfidia y engaños [40]; nada hizo de acuerdo con la ley ni con franqueza. Y puesto que me ha reprochado mi vida relajada, me parece que se le ha olvidado lo que hacía en Capua, donde vivía con prostitutas el hombre distinguido, dejando perderse las oportunidades de la guerra en una vida de placeres. En cambio yo, si no me hubiera lanzado más bien contra Oriente, pareciéndome poco lo de Occidente, ¿qué gran empresa hubiera llevado a cabo apoderándome de Italia sin derramamiento de sangre y sometiendo Libia y todas las tierras hasta Gades? Pero no me parecieron dignas de combates aquellas regiones que ya estaban temblando de miedo y que reconocían a un amo. He dicho. Tú, Minos, dicta sentencia. De lo mucho que podría decir, esto es suficiente.

ESCIPIÓN.—No juzgues antes de escucharme también a mí.

MINOS.—¿Y tú quién eres, amigo? ¿De dónde vienes para hablar?

ESCIPIÓN.—Soy Escipión, general romano, el que destruyó Cartago y derrotó a los libios en grandes batallas [41].

MINOS.—¿Y tú qué vas a decir?

ESCIPIÓN.—Que soy inferior a Alejandro, pero mejor que Aníbal, ya que lo perseguí después de haberle derrotado y le hice huir deshonrosamente. ¿Cómo no va a ser un desvergonzado, al pretender rivalizar con Alejandro, con el que ni siquiera yo, Escipión, vencedor del cartaginés, me considero digno de compararme?

MINOS.—¡Por Zeus! Escipión, muy razonable es lo que dices; por lo tanto, Alejandro debe ser juzgado el primero; después de él, tú, y en tercer lugar, si te parece, Aníbal, que tampoco es fácilmente despreciable.

---

40 Alude a las estratagemas del gran militar contra los romanos.

41 Publio Cornelio Escipión el Africano, vencedor de Aníbal en Zama (202 a. C.), a quien Luciano parece identificar con P. Cornelio Escipión Emiliano, el destructor de Cartago (146 a. C.).

XIII

Diógenes y Alejandro

Diógenes.—¿Qué es esto, Alejandro? ¿También tú has muerto, como todos nosotros?

Alejandro.—Ya lo ves, Diógenes; no es extraño que, siendo un hombre, me haya muerto.

Diógenes.—¿Mentía entonces Ammón cuando afirmaba que tú eras su hijo, y tú eras, naturalmente, hijo de Filipo?

Alejandro.—Evidentemente, era hijo de Filipo, porque si hubiera sido hijo de Ammón no habría muerto.

Diógenes.—Y, sin embargo, también de Olimpia se decían cosas parecidas: que una serpiente tenía relaciones con ella y que la habían visto en su cama, que luego te había dado a ti a luz y que Filipo estaba en un engaño al creer que tú eras hijo suyo.

Alejandro.—Yo también había oído las mismas cosas que tú, pero ahora veo que ni mi madre ni los oráculos de Ammón decían nada sensato.

Diógenes.—Pero sus mentiras te fueron muy útiles para tus planes, Alejandro, porque eran muchos los que temblaban ante ti, creyendo que eras un dios. Pero dime, ¿a quién has dejado tan gran imperio?

Alejandro.—No lo sé, Diógenes, porque no tuve tiempo para tomar medidas sobre él, excepto que al morir entregué el anillo a Pérdicas [42]. Pero ¿de qué te ríes, Diógenes?

Diógenes.—¿De qué otra cosa me voy a reír sino de recordar lo que hacía Grecia cuando te adulaban nada más hacerte cargo del poder, te nombraron su defensor y generalísimo contra los bárbaros, y algunos incluso te añadieron a los doce dioses, te construyeron templos y te ofrecieron sacrificios como a hijo de la ser-

[42] General macedonio, uno de los cuatro regentes a la muerte de Alejandro. Intentó salvar la unidad del Imperio, sin conseguirlo.

piente? Pero dime, ¿dónde te enterraron los macedonios?

ALEJANDRO.—Todavía yazgo en Babilonia desde hace un mes [43], pero mi escudero [44] Ptolomeo me promete que, si se ve libre de los disturbios que le salen al paso, me llevará a Egipto y me enterrará allí, para que me convierta en un dios de los egipcios.

DIÓGENES.—¿Cómo no me voy a reír, Alejandro, viendo que hasta en el Hades deliras, con la loca esperanza de convertirte en Anubis u Osiris? Pero eso no lo esperes, divinísimo, porque no es lícito que vuelva a subir a la tierra ninguno de los que han atravesado una vez la laguna y han franqueado la entrada, pues Eaco no se descuida ni Cerbero es fácil de burlar [45].

Pero me gustaría saber de ti cómo soportas, cada vez que piensas en ello, el recuerdo de la inmensa felicidad que dejaste en la tierra al venir aquí, tus guardaespaldas y escuderos, tus sátrapas y tantísimo oro, pueblos enteros doblando la rodilla ante ti, Babilonia, Bactras, aquellas fieras enormes [46], el honor y la gloria y el ser señalado por todos cuando desfilabas a caballo con la cabeza ceñida por blanca diadema y el cuerpo vestido con manto de púrpura. ¿No te afligen estos recuerdos cuando te vienen a la memoria? ¿Por qué lloras, necio? ¿Es que ni siquiera te enseñó el sabio Aristóteles a no considerar seguros los bienes de la fortuna?

ALEJANDRO.—¿Sabio él, que era el más rastrero de todos mis aduladores? Permíteme que sea yo solo el que conozca la conducta de Aristóteles, lo que me pedía, lo que me escribía, cómo abusaba de mi entusiasmo por la cultura, halagándome y ensalzándome, unas veces

---

[43] En dicha ciudad murió, efectivamente.

[44] Fue uno de los principales generales de Alejandro, recibió Egipto como herencia y fundó la dinastía de los Lágidas.

[45] Eaco es uno de los jueces de los muertos; Cerbero es el célebre perro de las tres cabezas que guarda la entrada del Hades.

[46] Se refiere a los elefantes que utilizó Alejandro como arma de ataque.

por la belleza, como si ésta fuera parte del bien, otras veces por mis hazañas y riquezas, que él también pensaba que eran un bien, sin duda para no avergonzarse de recibir dinero. Es un charlatán y un embaucador, Diógenes. Pero lo que yo he sacado de su sabiduría ha sido aflicción en lugar de grandísimos bienes, por todo lo que tú acabas de contar.

DIÓGENES.—¿Sabes lo que tienes que hacer? Te voy a dar un remedio para tu pena. Como aquí no se cría el heléboro [47], llénate la boca de agua del Leteo [48] y bebe una y otra vez, pues así dejarás de dolerte de los bienes aritotélicos. Pero veo a Clito y a Calístenes [49] y a otros muchos que se lanzan contra ti para hacerte pedazos y castigarte por lo que les hiciste. De modo que vete por el otro lado y bebe muchas veces, como te dije.

XIV

ALEJANDRO Y FILIPO

FILIPO.—Ahora no podrás negar, Alejandro, que eres hijo mío, pues no estarías muerto si lo fueras de Ammón.

ALEJANDRO.—Ni yo mismo ignoraba, padre, que soy hijo de Filipo y nieto de Amintas, pero acepté el oráculo porque creí que sería útil para mis empresas.

FILIPO.—¿Qué dices? ¿Que te parecía útil prestarte a que te engañaran los adivinos?

ALEJANDRO.—No es eso, sino que los bárbaros se aterrorizaron ante mí y ninguno me ofrecía resistencia, creyendo que luchaban contra un dios; de modo que yo los vencía fácilmente.

---

47 Es una planta empleada contra la locura.

48 Al beber las aguas de este río, las almas de los muertos olvidaban los recuerdos del mundo de los vivos.

49 Ambos murieron víctimas de los accesos de ira de Alejandro.

FILIPO.—Pero ¿a quiénes venciste tú que fueran hombres aguerridos, si luchaste siempre contra cobardes y con hombres equipados con arcos pequeños, ridículas rodelas y escudos de mimbre? [50] Lo difícil era vencer a los griegos, ya fueran beocios, focidios o atenienses, o también someter a la infantería pesada de los arcadios, la caballería de los tesalios, a los eleos lanzadores de jabalina, a la infantería ligera de Mantinea o a los tracios, a los ilirios o a los peonios: ¡eso eran grandes hazañas! En cambio, a los medos, a los persas y caldeos, individuos cargados de oro y afeminados, ¿tú no sabes que antes que tú los vencieron los diez mil que fueron en expedición con Clearco? [51], sin que esperaran llegar a las manos, sino que huyeron antes de llegar a tiro de flecha?

ALEJANDRO.—Pero al menos los escitas y los elefantes de los indios no son para despreciar, padre. Y sin embargo, yo los vencí sin sembrar discordias entre ellos ni comprar las victorias con traiciones [52]; nunca cometí perjurio, ni hice falsas promesas ni cometí deslealtades para conseguir la victoria; en cuanto a los griegos, a algunos los sometí sin derramamiento de sangre, y a los tebanos, seguramente has oído contar cómo los castigué [53].

FILIPO.—Todo eso lo sé, pues me lo contó Clito, a quien tú asesinaste atravesándolo con la lanza mientras cenaba, porque se atrevió a elogiar mis hazañas frente a las tuyas. Además, tú rechazaste la clámide macedónica, vestiste, según dicen, en su lugar el caftán [54] y te pusiste tiara recta, exigías que los macedonios, hombres libres, se prosternaran ante ti y, lo más ridículo

---

[50] Tipo de escudo que usaban los persas.

[51] Se refiere a la famosa expedición de los Diez Mil, que narra Jenofonte en la *Anábasis,* ya que él formó parte de dicha campaña, contratado por Clearco.

[52] Se refiere a los procedimientos de Filipo, que utilizaba el soborno.

[53] Cf. *Diálogos de los muertos,* XII, nota 34.

[54] Sobreveste persa con mangas largas.

de todo, imitabas las costumbres de los vencidos. Paso por alto tus otras actividades, cuando encerrabas con leones a hombres cultos, contrajiste extraños matrimonios y sentías un amor excesivo por Hefestión. De las cosas que he oído, sólo una puedo alabar: que no cortejaste a la mujer de Darío, pese a su belleza, y que te preocupaste de su madre y de sus hijas. Esa es una conducta digna de un rey.

ALEJANDRO.—¿Y no alabas mi amor al peligro, padre, y el hecho de haber saltado el primero el muro en la ciudad de los Oxidracas y el haber recibido tantas heridas?

FILIPO.—No lo alabo, Alejandro, no porque no piense que es hermoso que el rey sea herido en alguna ocasión y haga frente a los peligros a la cabeza de su ejército, sino porque a ti tal conducta no te beneficiaba en absoluto. En efecto, como tú pasabas por un dios, si alguna vez eras herido y veían que eras sacado del combate, chorreando sangre y gimiendo a causa de la herida, el espectáculo era motivo de risa para los que lo contemplaban y Ammón quedaba puesto en evidencia como charlatán y falso adivino, y sus profetas como aduladores. ¿Quién no se hubiera reído al ver al hijo de Zeus desfallecido, pidiendo ayuda a los médicos? Y ahora que ya estás muerto, ¿no crees que son muchos los que se burlan de aquella ficción, al ver el cadáver del dios tendido en toda su extensión, pudriéndose e hinchado, según la ley de todos los cuerpos? Además, Alejandro, que esa utilidad a la que te referías, la de haber vencido por esto más fácilmente, quitaba mucha gloria a tus éxitos, pues todo parecía inferior al pasar por ser obra de un dios.

ALEJANDRO.—No es eso lo que piensan de mí los hombres, sino que me colocan a la altura de Heracles y Dioniso. Y sin embargo, sólo yo me apoderé de la roca de Aornos [55], puesto que ninguno de ellos lo hizo.

---

55 Fortaleza de la India.

FILIPO.—¿Te das cuenta de que dices eso como si fueras hijo de Ammón, ya que te comparas con Heracles y Dioniso? ¿No te da vergüenza, Alejandro? ¿Por qué no aprendes a olvidar tu orgullo, a conocerte a ti mismo y a comprender que ya estás muerto?

XV

AQUILES Y ANTÍLOCO [56]

ANTÍLOCO.—¡Qué cosas le decías hace poco a Ulises, Aquiles, acerca de la muerte! ¡Qué palabras tan innobles e indignas de tus dos maestros, Quirón y Fénix! [57] Yo estaba escuchando cuando decías que preferías trabajar a jornal como campesino, con algún hombre pobre «que no tuviera muchos recursos», antes que reinar sobre todos los muertos [58]. Estas expresiones tal vez serían correctas en boca de un frigio miedoso y sin nobleza, que ama la vida más allá del honor, pero que el hijo de Peleo, el más arriesgado de todos los héroes, piense tales bajezas de sí mismo, es una gran vergüenza y muy contradictorio con las hazañas que llevaste a cabo en tu vida, puesto que pudiendo reinar muchos años en la Ftiótide, aunque sin fama, preferiste voluntariamente la muerte acompañada de una hermosa gloria.

AQUILES.—¡Ay, hijo de Néstor!, es que entonces yo carecía de experiencia de la situación de aquí y por ignorar cuál de las dos cosas era mejor, prefería aquella

---

[56] Héroe griego de la *Ilíada,* hijo de Néstor y muy amigo de Aquiles.

[57] Preceptores míticos de Aquiles. Fénix, en la Ilíada, es mentor y consejero suyo.

[58] Cita de la *Odisea,* XI, 488 y ss.

desafortunada gloriecilla a la vida; ahora, en cambio, me doy cuenta de cuán inútil es esa gloria, a pesar de que los de arriba la celebrarán muchísimo con sus canciones; entre los muertos hay igualdad de derechos y ya no existen ni aquella belleza ni aquella fuerza, Antíloco, sino que todos yacemos en la misma oscuridad, todos iguales y en nada distintos unos de otros, y ni los muertos troyanos me temen ni los caídos aqueos me honran; aquí hay una completa libertad de expresión y un muerto es igual a otro muerto

tanto el cobarde como el valiente[59]

esta situación me aflige y me agobia no poder vivir aunque sea trabajando a jornal.

ANTÍLOCO.—¿Y qué se podría hacer, Aquiles? Porque esto es lo que ha decretado la naturaleza, que todos mueran sin excepción; de modo que hay que mantenerse dentro de la ley y no afligirse por sus disposiciones. Por otra parte, ya ves cuántos camaradas tuyos estamos aquí junto a ti; dentro de poco llegará también Ulises, sin duda; proporciona consuelo tanto la comunidad de la desgracia como el no sufrirla solo. Estás viendo a Heracles, a Meleagro y a otros admirables varones, que no creo que consentirían en volver a subir si alguien les hubiera enviado arriba a servir a sueldo a hombres sin posesiones ni medios de vida.

AQUILES.—Tu exhortación es la que corresponde a un camarada, pero, sin saber cómo, me aflige el recuerdo de las cosas de la vida, y creo que también a cada uno de vosotros. Y si no lo reconocéis, en eso sois peores que yo, por sufrir vuestra desgracia en silencio.

ANTÍLOCO.—No, sino mejores, Aquiles, pues vemos la inutilidad de decirlo; por eso tenemos resuelto callar, sufrir y tolerar, para no hacer el ridículo como tú al concebir tales deseos.

---

[59] *Ilíada*, IX, 319.

XVI

Diógenes y Heracles

DIÓGENES.—¿No es éste Heracles? Desde luego no es otro, ¡por Heracles! [60], el arco, la porra, la piel de león, la estatura, es Heracles completo. Pero ¿cómo es que ha muerto, siendo hijo de Zeus? Dime, campeón, ¿estás muerto? Te lo pregunto porque yo te hacía sacrificios en la tierra como a un dios [61].

HERACLES.—Y obrabas correctamente, porque el auténtico Heracles está en el cielo con los dioses

y posee a Hebe, la de hermosos tobillos [62]

yo sólo soy su sombra.

DIÓGENES.—¿Cómo dices? ¿Sombra del dios? ¿Y es posible que alguien sea dios a medias y haya muerto con la otra mitad?

HERACLES.—Sí, porque no está muerto él, sino yo, su sombra.

DIÓGENES.—Comprendo: te entregó a Plutón como sustituto suyo y por eso tú estás muerto en lugar de él.

HERACLES.—Algo así.

DIÓGENES.—¿Y cómo es posible que Eaco, que es tan meticuloso, no advirtió que tú no eras aquél, sino que aceptó a un Heracles postizo que se le presentaba?

HERACLES.—Porque era extraordinariamente parecido.

DIÓGENES.—Dices verdad: tan extraordinariamente que eres el mismo. Pero ten cuidado, no vaya a ser lo con-

---

60 La comicidad de la invocación es evidente, ya que se jura por el mismo personaje al que se habla.

61 Por la gloria de sus trabajos, Heracles fue acogido en el Olimpo entre los dioses y tomó por esposa a Hebe, diosa de la juventud. Era el patrono de los cínicos. que veían en él, como posteriormente los estoicos, al campeón de la acción, que sabe superar todas las resistencias internas y externas, y al enemigo de la especulación ociosa.

62 *Odisea,* XI, 603.

trario y ocurra que tú seas Heracles y tu sombra esté casada con Hebe en la morada de los dioses.

HERACLES.—Eres un atrevido y un lenguaraz, y si no dejas de burlarte de mí, sabrás muy pronto de qué dios soy la sombra.

DIÓGENES.—Es verdad que tienes el arco desenfundado y a mano, pero ¿qué miedo puedo tenerte una vez que estoy muerto? Y ahora dime, por tu Heracles, cuando él vivía, ¿estabas también con él entonces como su sombra? ¿O erais uno solo en vida y al morir os separasteis, voló él junto a los dioses y tú, la sombra, como es lógico, te presentas en el Hades?

HERACLES.—Ni siquiera debería contestar a un individuo que se expresa de modo tan impertinente; sin embargo, escucha: cuanto había de Anfitrión[63] en Heracles, eso está muerto y yo soy todo eso; y cuanto era de Zeus, está en el cielo en compañía de los dioses.

DIÓGENES.—Ahora es cuando lo entiendo claramente: dices que Alcmena parió a dos Heracles al mismo tiempo, uno de Anfitrión y otro de Zeus, de forma que pasó inadvertido que fuerais hermanos gemelos.

HERACLES.—No, estúpido, sino que ambos éramos el mismo.

DIÓGENES.—Eso no es fácil de comprender, que seáis dos Heracles en composición a no ser que fuerais como una especie de centauro fundidos en un solo hombre y dios.

HERACLES.—¿Y no te parece que todos están compuestos de dos principios, cuerpo y alma? Y ¿qué impide que el alma, que procede de Zeus, esté en el cielo y que yo, la parte mortal, esté entre los muertos?

DIÓGENES.—Pero, querido hijo de Anfitrión, tendrías razón con lo que dices si fueras un cuerpo, pero en realidad eres una sombra incorpórea, de modo que estás a punto ya de hacer un Heracles triple.

HERACLES.—¿Cómo triple?

---

[63] Esposo de Alcmena, madre de Heracles y padre «terrenal» de éste.

DIÓGENES.—Más o menos así: si el uno está en el cielo y tú, la sombra de aquél, estás junto a nosotros y el cuerpo se deshizo y convirtió en ceniza, entonces resultan tres; ahora piensa qué tercer padre vas a inventarle al cuerpo.

HERACLES.—Eres un deslenguado y un sofista. ¿Quién eres tú?

DIÓGENES.—La sombra de Diógenes de Sínope, y yo mismo no estoy, ¡por Zeus!, «entre los dioses inmortales»[64], sino con la flor y nata de los muertos, y me río de Homero y de tanta charlatanería.

XVII

MENIPO Y TÁNTALO[65]

MENIPO.—¿Por qué lloras, Tántalo? ¿Por qué te lamentas, de pie junto al lago?

TÁNTALO.—Porque me muero de sed, Menipo.

MENIPO.—¿Tan vago eres que no puedes agacharte para beber, o coger el agua al menos, ¡por Zeus!, en el hueco de la mano?

TÁNTALO.—No serviría de nada que me agachara; porque el agua huye en cuanto advierte que me acerco; y si alguna vez consigo sacarla y la llevo a mi boca, no llego a humedecerme los labios, y deslizándose entre los dedos, no sé cómo, me deja de nuevo seca la mano.

MENIPO.—Te ocurre algo prodigioso, Tántalo. Pero dime, ¿qué necesidad tienes de beber? Te lo pregunto porque cuerpo no tienes, sino que él, que podría tener hambre y sed, está enterrado en algún lugar de Lidia, pero tú, el alma, ¿cómo podrías aún tener sed o beber?

---

[64] *Odisea,* XI, 602.

[65] Homero cuenta en *Odisea,* XI, el castigo de Tántalo en el Hades.

TÁNTALO.—Precisamente en eso consiste el castigo, que mi alma tenga sed como si fuera cuerpo.

MENIPO.—¡Bien! Creeremos que esto es así, ya que afirmas que la sed es tu castigo. Pero aun así, ¿qué puede tener de malo para ti?, ¿acaso temes que puedas morir por falta de bebida? Porque yo no veo otro Hades después de éste, ni otra muerte que te pueda llevar a otro sitio.

TÁNTALO.—Dices bien; pero también eso es parte de la condena, el desear beber sin tener ninguna necesidad.

MENIPO.—Tú chocheas, Tántalo, y en realidad la bebida que parece que necesitas es heléboro puro [66], por Zeus, ya que te ocurre lo contrario que a los mordidos por perros rabiosos: no tienes horror al agua, sino a la sed.

TÁNTALO.—Ni siquiera me niego a beber el heléboro, Menipo; ¡ojalá pudiera tenerlo!

MENIPO.—¡Animo, Tántalo!, que ni tú ni ningún otro muerto beberá, pues es imposible. Claro que no todos tienen como tú, como castigo, sed de un agua que no los aguarda.

XVIII

MENIPO Y HERMES

MENIPO.—¿Dónde están los bellos y las bellas, Hermes? Sírveme de guía, porque acabo de llegar.

HERMES.—No tengo tiempo, Menipo; sin embargo, mira hacia allá, a la derecha, donde están Jacinto, Narciso, Nireo, Aquiles, Tiro, Helena, Leda [67] y, en resumen, todas las antiguas bellezas.

---

[66] *Vid.* nota 47 en el diálogo XIII.

[67] Jacinto fue amante de Apolo; sobre Nireo, ver *Diálogo de los muertos,* 25, 1; sobre Tiro, amante de Posidón, *Odisea,* XI, 234; Leda fue amada por Zeus en forma de cisne.

MENIPO.—Yo sólo veo huesos y calaveras peladas, parecidos en su mayoría.

HERMES.—Y sin embargo, esos huesos que parece que tú desprecias, son objeto de la admiración de todos los poetas.

MENIPO.—Al menos muéstrame a Helena, porque yo no podría reconocerla.

HERMES.—Este cráneo que hay aquí es Helena.

MENIPO.—¿Y por esto se equiparon tantísimas naves de toda Grecia y sucumbieron tantos griegos y bárbaros y fueron destruidas tantas ciudades?

HERMES.—¡Ay Menipo! Es que tú no viste a la mujer cuando vivía. De otro modo, también tú habrías dicho que no era censurable

por una mujer así, sufrir calamidades largo tiempo[68]

Efectivamente, cuando se ven las flores secas y que han perdido el color, no hay duda de que parecen feas; pero cuando florecen y conservan su color, son hermosísimas.

MENIPO.—Pues eso es precisamente lo que me sorprende, Hermes, que los aqueos no se dieran cuenta de que estaban pasando fatigas por una cosa tan efímera y que tan fácilmente se marchita.

HERMES.—No tengo tiempo, Menipo, para filosofar contigo. Así que elige el lugar que quieras, échate y descansa, que yo voy a buscar a los otros muertos.

XIX

EACO, PROTESILAO, MENELAO Y PARIS[69]

EACO.—¿Por qué te has lanzado sobre Helena, Protesilao, y tratas de estrangularla?

---

68 Cita de *Iliada,* III, 157.

69 Protesilao fue el primer guerrero que murió en Troya, a manos de Héctor, nada más desembarcar. Participaba con cuarenta naves. V. *Diálogos de los muertos,* XXIII.

PROTESILAO.—Porque por su culpa morí, Eaco, dejando mi casa a medio hacer y viuda a mi mujer recién casada.

EACO.—Echale entonces la culpa a Menelao, que os llevó a Troya por semejante mujer.

PROTESILAO.—Tienes razón; es a él a quien tengo que acusar.

MENELAO.—A mí no, amigo, sino con mucha más razón a Paris, quien contra toda justicia, raptó a mi mujer (después de darle hospitalidad) y huyó con ella. Ese sí que merece ser estrangulado no sólo por ti, sino por todos los griegos y bárbaros, por haber sido el causante de la muerte de tantísimos hombres.

PROTESILAO.—Así será mejor; por tanto, maldito Paris, nunca te soltaré de mis manos.

PARIS.—Obrarás injustamente, y más siendo colega tuyo; porque también yo soy enamoradizo y estoy poseído por el mismo dios [70]; tú sabes que es algo involuntario y que una divinidad nos lleva adonde quiere y que es imposible hacerle frente.

PROTESILAO.—Dices bien. ¡Ojalá pudiera coger aquí a Eros!

EACO.—También yo te responderé en nombre de Eros lo que es justo; sin duda él reconocerá que fue responsable de que Paris se enamorara, pero de tu muerte, Protesilao, ningún otro fue el causante sino tú mismo, que olvidaste a tu mujer recién casada, cuando os acercabais a Troya y saltaste a tierra antes que los demás, con tal audacia e irreflexión, enardecido por amor a la gloria, que pereciste el primero en el desembarco.

PROTESILAO.—Pues bien, Eaco, yo te responderé por mí mismo en mi descargo con algo más justo todavía: no fui yo el causante de esto, sino la Moira [71] y el hecho de que todo haya estado tramado así desde el principio.

EACO.—Está bien, pero entonces, ¿por qué acusas a ésos?

---

[70] Eros es el dios del amor.
[71] Diosa impersonal e inflexible del destino.

XX

Menipo y Eaco

MENIPO.—Por Plutón, Eaco, te pido que me sirvas de guía y me muestres todo lo que hay en el Hades.

EACO.—No es fácil enseñártelo todo, Menipo, pero vas a ir conociendo lo más importante: ése que hay ahí ya sabes que es Cerbero y al entrar ya viste al barquero, que te transportó, y la laguna y el Piriflegetonte.

MENIPO.—Conozco todo eso, y también sé que tú eres el portero, y he visto además al Rey [72] y a las Erinias [73], pero enséñame a los hombres antiguos y especialmente a los famosos.

EACO.—Este es Agamenón, aquél Aquiles, cerca de él Idomeneo, ese otro Ulises, luego Ayax y Diomedes y los griegos más ilustres.

MENIPO.—¡Ay, Homero! ¡Cómo están tirados por el suelo tus más importantes poemas, desconocidos y feos, polvo todos ellos y basura, «cabezas» verdaderamente «sin fuerza» [74]. Y ése, Eaco, ¿quién es?

EACO.—Es Ciro, y ése, Creso, más allá Sardanápalo, más allá aún Midas, y aquél es Jerjes.

MENIPO.—¿Y ante ti, basura, temblaba Grecia, cuando tendías tu puente sobre el Helesponto [75] y querías navegar a través de las montañas? ¡Hay que ver cómo está Creso! Y a Sardanápalo, Eaco, déjame que le dé un golpe en la cabeza.

EACO.—De ningún modo. Le romperías el cráneo, frágil como el de una mujer.

MENIPO.—Bueno, pero al menos le escupiré en la cara a ese marica consumado.

---

72 Plutón.

73 Diosas que tienen como principal misión el castigo del crimen, sobre todo en el caso de parientes; más tarde se las considera como divinidades de los castigos infernales.

74 *Odisea,* XI, 49.

75 Alusión al puente de barcas que Jerjes mandó construir para que su ejército pudiera pasar de Asia a Europa.

EACO.—¿Quieres que te muestre también a los sabios?
MENIPO.—Sí, por Zeus.
EACO.—Aquí tienes en primer lugar a Pitágoras.
MENIPO.—¡Salve, Euforbo, Apolo, o como quieras que se te llame! [76]
PITÁGORAS.—También yo te saludo, Menipo.
MENIPO.—¿Ya no tienes tu muslo de oro? [77]
PITÁGORAS.—Claro que no. Pero déjame que vea si tu alforja lleva algo comestible.
MENIPO.—Habas, amigo; de manera que esto no puedes comerlo [78].
PITÁGORAS.—Tú limítate a dármelas: las doctrinas entre los muertos son distintas, porque me he enterado de que aquí no se parecen en nada las habas y las cabezas de nuestros padres.
EACO.—Aquí está Solón, el hijo de Ejecéstides, y allí Tales, y junto a ellos Pítaco y los otros [79]. Son siete en total, como ves.
MENIPO.—Esos son los únicos muertos que no están tristes, sino contentos, Eaco. ¿Y quién es ése que está lleno de polvo, como pan cocido en ceniza, cubierto de ampollas?
EACO.—Es Empédocles, Menipo, que ha venido del Etna medio calcinado [80].
MENIPO.—¡Queridísimo amigo, el de sandalias de bronce! [81], ¿qué te pasó para que te arrojaras al cráter?
EMPÉDOCLES.—Lo hice en un acceso de bilis negra [82].

---

[76] Alusión a las vidas anteriores que, según él, había vivido Pitágoras.

[77] Según una leyenda, Pitágoras tenía un muslo de oro.

[78] Los pitagóricos no podían comer habas, porque, según un verso atribuido a Pitágoras, «*lo mismo es comer habas que las cabezas de los padres*».

[79] Referencia a los Siete Sabios. Pítaco fue tirano de Mitilene.

[80] Empédocles se suicidó arrojándose al Etna.

[81] Alusión a otra leyenda, según la cual (Diógenes Laercio, VIII, 69) el Etna arrojó una de las sandalias de bronce que solía llevar Empédocles.

[82] Luciano siempre atribuye a locura actos de este tipo.

MENIPO.—No fue ésa la causa, por Zeus, sino la vanidad, la soberbia y mucha tontería las que te carbonizaron, con sandalias y todo, y no sin justicia. Por otra parte, no te sirvió la supercheria de nada, porque se descubrió que estabas muerto. Y Sócrates, Eaco, ¿dónde está?

EACO.—Se pasa el tiempo desvariando, con Néstor y Palamedes [83].

MENIPO.—Querría verlo, sin embargo, si es que está en alguna parte.

EACO.—¿Ves a aquel calvo?

MENIPO.—Todos están calvos, de modo que ésa sería una marca común.

EACO.—Me refiero al chato [84].

MENIPO.—Estamos en lo mismo, porque todos son chatos.

SÓCRATES.—¿Me buscas a mí, Menipo?

MENIPO.—Sí por cierto, Sócrates.

SÓCRATES.—¿Qué pasa en Atenas?

MENIPO.—Hay muchos jóvenes que dicen dedicarse a la filosofía, y si uno se fija en su aspecto y sus andares, son filósofos de altura.

SÓCRATES.—He visto a muchos de ellos.

MENIPO.—Y viste también, me parece, cómo se te presentó Aristipo, y el propio Platón, el uno oliendo a perfume y el otro después de aprender a adular a los tiranos de Sicilia.

SÓCRATES.—¿Qué opinión tienen de mí?

MENIPO.—En ese aspecto eres un hombre afortunado, Sócrates; todos piensan que fuiste un hombre admirable y que todo lo conocías y eso (porque yo creo que hay que decir la verdad) a pesar de no saber nada [85].

SÓCRATES.—También yo les decía lo mismo, pero ellos creían que era una ironía.

---

83 Palamedes fue víctima de una calumnia. Acusado de traicionar a los griegos en Troya, por instigación de Ulises, fue lapidado.

84 Sócrates era, según el retrato que nos dejado la Antigüedad, chato y feo.

85 Sócrates presumía públicamente de no saber nada.

MENIPO.—¿Quiénes son los que están a tu alrededor?

SÓCRATES.—Son Cármides, Fedro y el hijo de Clinias, Menipo [86].

MENIPO.—Bravo, Sócrates, también aquí te dedicas a tu habitual ocupación y no desprecias a los bellos.

SÓCRATES.—¿Y a qué otra cosa más agradable me podría dedicar? Pero échate cerca de nosotros, si te parece bien.

MENIPO.—No, por Zeus, porque voy a ir donde Creso y Sardanápalo, para quedarme cerca de ellos; tengo la impresión de que voy a reírme mucho oyendo sus lamentaciones.

EACO.—Yo también me voy, no sea que se me escape alguno de los muertos sin darnos cuenta. En otra ocasión verás lo que queda, Menipo.

MENIPO.—Vete, Eaco, que yo ya he visto bastante.

XXI

MENIPO Y CERBERO

MENIPO.—Cerbero, puesto que somos parientes, ya que tú también eres un perro [87], dime, por la laguna Estigia, ¿cómo se comportaba Sócrates, cuando bajó aquí entre vosotros? Porque es natural que tú, siendo un dios, no sólo ladres, sino que hables también como las personas, cuando quieras.

CERBERO.—Mientras estaba lejos, daba totalmente la impresión de que se acercaba con rostro impasible, parecía que no temía en absoluto a la muerte y que quería ponerlo así en evidencia ante los que estaban fuera de la entrada. Pero una vez que se agachó al interior

[86] Alcibíades.

[87] Menipo juega con la palabra Κύων que puede significar simplemente «perro» o «miembro de la escuela cínica».

del abismo y vio la oscuridad, como yo le mordí y le arrastré por un pie en vista de que todavía se retrasaba por el efecto de la cicuta [88], se puso a gritar como los niños y a llorar por sus hijos, manifestando toda clase de sentimientos.

MENIPO.—Entonces, ¿era un hipócrita y no despreciaba de verdad la realidad de su muerte?

CERBERO.—No, desde luego, pero cuando vio que la muerte era ineludible, aparentemente se tranquilizó, como si no fuera a sufrir con desgana lo que de todos modos tenía que sufrir, con el fin de conseguir la admiración de los espectadores. Resumiendo, yo podría decirte de todos los individuos así que son audaces y valientes hasta la puerta, pero su conducta una vez dentro constituye la auténtica prueba.

MENIPO.—Y en cuanto a mí, ¿qué impresión te hice cuando bajé?

CERBERO.—Tú eres el único, Menipo, que llegaste con la dignidad propia de tu linaje, y Diógenes antes que tú, pues no vinisteis obligados ni a empujones, sino de buen grado, riendo y mandando a los demás a paseo.

XXII

CARONTE, MENIPO Y HERMES

CARONTE.—Págame el importe del pasaje, maldito.

MENIPO.—Puedes gritar, Caronte, si así lo prefieres.

CARONTE.—Págame, repito, por haberte transportado.

MENIPO.—No podrás cobrar del que no tiene.

CARONTE.—¿Pero es que hay alguien que no tenga un óbolo?

[88] La cicuta fue el veneno que dieron a Sócrates para cumplir la sentencia de muerte; su primer efecto es un embotamiento de los miembros.

MENIPO.—Yo no sé si habrá otro, pero yo no lo tengo.
CARONTE.—Pues te estrangularé, por Plutón, so canalla, si no me pagas.
MENIPO.—Y yo te golpearé con este bastón y te partiré el cráneo.
CARONTE.—¿Habrás hecho entonces gratis una travesía tan larga?
MENIPO.—Que por mí te pague Hermes, ya que fue él quien me puso en tus manos.
HERMES.—¡Bonito negocio, por Zeus, si encima tuviera que pagar por los muertos.
CARONTE.—No te soltaré.
MENIPO.—Si es por eso, haz varar la barca y espera. Sólo que ¿cómo vas a poder cobrar lo que no tengo?
CARONTE.—¿Pero tú no sabías que tenías que traer el óbolo?
MENIPO.—Sí que lo sabía, pero no lo tenía. ¿Y no iba a morirme por eso?
CARONTE.—¿Vas a ser tú el único que presumas de haber viajado gratis?
MENIPO.—Gratis, no, querido, porque estuve achicando agua, te ayudé a manejar el remo y fui el único pasajero que no lloraba.
CARONTE.—Eso no tiene nada que ver con el barquero; el óbolo es lo que tienes que pagar; no puede ser de otro modo.
MENIPO.—Entonces, llévame de nuevo a la vida.
CARONTE.—¡Qué gracioso eres! ¡Para que, encima, Eaco me sacuda por ello!
MENIPO.—Entonces no me des la lata.
CARONTE.—Enséñame lo que llevas en la alforja.
MENIPO.—Altramuces, si te apetecen, y la cena de Hécate [89].
CARONTE.—¿De dónde nos has traído a este perro, Hermes? ¡Cómo charloteaba durante la navegación, riéndose y burlándose de todos los pasajeros, cantando él solo, mientras los demás se lamentaban!

---

[89] Ver nota 4 del diálogo I.

HERMES.—¿Es que no sabes, Caronte, a qué hombre has transportado en tu barca? Es un hombre totalmente libre, a quien no le importa nada de nadie. Este es Menipo.

CARONTE.—¡Como te coja algún día...!

MENIPO.—Si me coges, amigo mío, pero dos veces no puedes cogerme.

XXIII

PROTESILAO, PLUTÓN Y PERSÉFONE

PROTESILAO.—¡Oh Señor y Rey nuestro, Zeus y tú, hija de Deméter, no despreciéis una súplica amorosa.

PLUTÓN.—¿Qué pides tú de nostros? ¿Quién eres?

PROTESILAO.—Soy Protesilao de Filace, hijo de Ificlo, componente del ejército de los aqueos y el primero que murió junto a Troya. Y pido que me soltéis por poco tiempo para volver a la vida.

PLUTÓN.—Ese deseo lo tienen todos los muertos, Protesilao, sólo que ninguno de ellos puede conseguirlo.

PROTESILAO.—No es la vida lo que yo deseo, Aidoneo [90], sino a mi esposa, a la que dejé en el tálamo, recién casada todavía, cuando zarpé con las naves; después, ¡desdichado de mí!, perecí en el desembarco, a manos de Héctor. Por ello, el amor de mi esposa me desgarra violentamente, Señor, y quisiera, aunque sea por poco tiempo, que ella me viera, y bajar de nuevo al Hades.

PLUTÓN.—¿No has bebido, Protesilao, el agua del Leteo? [91]

---

90 Otro nombre de Plutón.

91 Que produce el olvido.

PROTESILAO.—Desde luego, Señor, pero mi desgracia era tremenda.

PLUTÓN.—Entonces espera, que también ella vendrá aquí algún día y no tendrás necesidad de subir tú de nuevo.

PROTESILAO.—Pero no puedo soportar la espera, Plutón. Tú también estuviste enamorado y sabes qué cosa es el amor.

PLUTÓN.—Además, ¿de qué te servirá volver a vivir un solo día si poco después tendrás que lamentarte de la misma desgracia?

PROTESILAO.—Creo que podré convencerla para que me siga hasta vuestra morada, de modo que dentro de poco recibirás dos muertos en vez de uno.

PLUTÓN.—No es posible acceder a tu petición, ni ha ocurrido nunca.

PROTESILAO.—Déjame que te refresque la memoria, Plutón; vosotros devolvisteis su Eurídice [92] a Orfeo por esta misma causa y a mi parienta Alcestis la dejasteis marchar haciéndole un favor a Heracles [93].

PLUTÓN.—¿Y vas a estar dispuesto a presentarte ante tu bella esposa, siendo un cráneo desnudo y asqueroso? ¿Cómo te va a recibir, si ni siquiera podrá reconocerte? Estoy seguro de que se asustará, huirá de ti y habrás hecho un recorrido tan largo inútilmente.

PERSÉFONE.—Pon pues, también, remedio a esto, esposo mío, y encárgale a Hermes que, tan pronto como Protesilao esté en la luz, que lo toque con su varita y lo convierta de nuevo en un joven hermoso, como era cuando dejó la cámara nupcial.

PLUTÓN.—Puesto que Perséfone está de acuerdo, llévatelo de nuevo arriba, Hermes, y conviértelo otra vez en novio. Y tú, Protesilao, acuérdate de que sólo has recibido un día de permiso.

---

[92] Orfeo consiguió que Eurídice volviera del Hades a condición de que no se volviera para verla en el camino. Desobedeció, impaciente, y Eurídice regresó al Hades.

[93] Tema inmortalizado por Eurípides en la tragedia de este nombre. Alcestis muere por su marido y Heracles la devuelve después de luchar con la muerte.

XXIV

Diógenes y Mausolo

Diógenes.—Oh, Cario, ¿de qué estás tan orgulloso que pretendes disfrutar de honores por encima de todos nosotros?

Mausolo.—Por mi dignidad real, sinopeo, puesto que reiné sobre toda Caria, goberné también una parte de Lidia, sometí algunas islas y avancé hasta Mileto conquistando la mayor parte de Jonia. Y además era hermoso, alto y fuerte en los combates. Pero lo más importante es que tengo erigido en mi honor, en Halicarnaso, un monumento sepulcral de grandiosas dimensiones [94], como no lo tiene ningún otro muerto, ni tan bellamente trabajado; hay en él figuras de caballos y de hombres, representados con la mayor exactitud en el mármol más bello, hasta el punto que difícilmente se encontraría un templo parecido. ¿No te parece que me enorgullezco con razón de tales privilegios?

Diógenes.—¿Te refieres a tu reinado, a tu belleza y al peso de tu tumba?

Mausolo.—Sí, por Zeus, a todo eso.

Diógenes.—Pero, mi bello Mausolo, es que ya no te acompañan ni aquella fuerza ni aquella hermosura; a buen seguro que si eligiéramos un juez de nuestra belleza, yo no podría decir en qué se apoyaría para que estimara tu cráneo más que el mío, porque ambos están calvos, exhibimos de igual modo los dientes, estamos privados de ojos y tenemos chatas las narices. Y en lo que se refiere a la tumba y aquellos magníficos mármoles, tal vez les sirvan a los halicarnasianos para mostrarlos y presumir ante los extranjeros de que tienen una fastuosa construcción, pero tú, amigo mío, no veo qué provecho sacas de ella, como no sea el afir-

[94] El famoso Mausoleo de Halicarnaso, edificado por su hermana y esposa.

mar que soportas una carga mayor que nosotros, agobiado por piedras tan grandes.

MAUSOLO.—¿No tendrán entonces ninguna ventaja para mí todos aquellos privilegios y Mausolo será digno de los mismos honores que Diógenes?

DIÓGENES.—Los mismos honores, no, ilustrísimo, de ninguna manera. Porque Mausolo se lamentará acordándose de sus bienes de la tierra, en los que creía que tenía la felicidad; Diógenes, en cambio, se burlará de él. Aquél dirá que es suyo el sepulcro construido en Halicarnaso por su esposa y hermana Artemisia; Diógenes, en cambio, ni siquiera sabe si su cuerpo tiene una tumba; tampoco se preocupa de ello, pero en cambio ha dejado entre los hombres de bien magnífica fama de sí mismo, por haber vivido una vida humana más elevada que tu monumento y construida en una base más sólida, ¡oh tú el más servil de los Carios!

XXV

NIREO, TERSITES Y MENIPO

NIREO.—¡Mira! Ahí está Menipo, que juzgará cuál de los dos es más hermoso. Di, Menipo, ¿no te parezco yo más hermoso?

MENIPO.—¿Y quiénes sois vosotros? Porque eso es lo primero que hay que saber, creo yo.

NIREO.—Nireo y Tersites [95].

MENIPO.—Bueno, ¿pero quién de los dos es Nireo y quién Tersites? Porque eso todavía no está claro.

TERSITES.—Ya tengo una ventaja, y es que me parezco a ti y no tienes tanta diferencia como te celebró aquel

[95] Nireo era bellísimo; Tersites, el más feo de cuantos fueron a Troya (*Ilíada*, 117).

famoso ciego Homero, al llamarte el más hermoso de todos, sino que yo, a pesar de tener la cabeza de pera y pelada [96], no le he parecido al juez en nada inferior a ti. Pero mira tú, Menipo, quién de los dos te parece más hermoso.

NIREO.—Naturalmente, yo, el hijo de Aglea y de Cáropo,

el más hermoso de cuantos fueron a Troya [97]

MENIPO.—Pero no el más hermoso de cuantos vinieron bajo tierra, creo yo, porque vuestros huesos son parecidos y el cráneo sólo podría diferenciarse del de Tersites en que el tuyo es más frágil, pues lo tienes endeble y nada viril.

NIREO.—Pues pregúntale a Homero cómo era yo cuando combatía al lado de los aqueos.

MENIPO.—Me estás contando sueños; yo veo lo que tienes ahora; aquellas cosas las conocen tus contemporáneos.

NIREO.—¿Entonces yo no soy aquí el más hermoso, Menipo?

MENIPO.—Ni tú ni ningún otro es hermoso; en el Hades reina la igualdad y todos son idénticos.

TERSITES.—Para mí eso es suficiente.

XXVI

MENIPO Y QUIRÓN

MENIPO.—He oído decir, Quirón, que a pesar de ser un dios quisiste morir.

QUIRÓN.—Es verdad lo que oíste, Menipo, y estoy muerto, como ves, pudiendo ser inmortal.

---

96 Retrato de Tersites tomado de Homero.
97 Cita de *Ilíada,* II, 673.

MENIPO.—¿Y cómo se apoderó de ti el deseo de morir, cosa nada amable para la mayoría?

QUIRÓN.—Te lo voy a decir, porque eres una persona inteligente: ya no me resultaba agradable disfrutar de la inmortalidad.

MENIPO.—¿Que no te resultaba agradable vivir y ver la luz?

QUIRÓN.—No, Menipo. Yo creo que el placer consiste en la variedad y en la falta de monotonía. Yo, en cambio, vivía y disfrutaba perennemente de las mismas cosas: el sol, la luz, el alimento; las estaciones eran siempre las mismas, los acontecimientos se sucedían monótonamente, como si se siguieran el uno al otro, así que me harté de ello, porque el placer no está en disfrutar siempre de lo mismo, sino en la no participación total.

MENIPO.—Tienes razón, Quirón. Y ¿cómo llevas la vida en el Hades, desde que viniste aquí por haberlo preferido?

QUIRÓN.—No estoy a disgusto, Menipo, porque la igualdad de derechos es plenamente democrática y no supone ninguna diferencia estar en la luz o en las tinieblas. Además, aquí no hay que tener sed o hambre, como arriba, sino que carecemos de esas necesidades.

MENIPO.—Ten cuidado, Quirón, no vayas a contradecirte y vuelva tu discurso al punto de partida.

QUIRÓN.—¿Qué quieres decir con eso?

MENIPO.—Que si la continua igualdad de las cosas de la vida y su monotonía te resultaron cargantes, también las cosas de aquí, por ser iguales, llegarían a serte igualmente cargantes, de manera que tendrás que buscar un cambio a otra vida, lo cual es, en mi opinión, imposible.

QUIRÓN.—¿Qué se podría hacer entonces, Menipo?

MENIPO.—En mi opinión, lo que suele decirse: que el inteligente se conforme y se dé por satisfecho con lo que tiene y no considere nada insoportable.

XXVII

Diógenes, Antístenes, Crates y un Pobre

Diógenes.—Antístenes y Crates, como no tenemos nada que hacer, ¿por qué no vamos dando un paseo directamente a la bajada del Hades, para ver cómo son y qué hace cada uno de los que llegan?

Antístenes.—Vayamos, Diógenes, que puede ser un espectáculo divertido ver a unos llorando, a otros suplicando que los suelten, algunos bajando a la fuerza, resistiéndose a Hermes que los empuja por el cuello, dejándose caer al suelo, todo inútilmente.

Crates.—Yo, por mi parte, os contaré lo que vi por el camino, cuando bajaba.

Diógenes.—Cuenta, Crates, pues parece que has visto cosas divertidísimas.

Crates.—Bajaban otros muchos con nosotros; entre ellos los ilustres Ismenodoro el rico, paisano nuestro; Arsaces, el gobernador de Media, y Oretes el Armenio. Pues bien, Ismenodoro (que había sido asesinado por unos ladrones en las inmediaciones del Citerón, cuando se dirigía a Eleusis, según creo), no dejaba de lamentarse, conteniendo su herida con ambas manos, al tiempo que llamaba a sus hijos, que había dejado muy pequeños, y se reprochaba a sí mismo su temeridad, porque al atravesar el Citerón y las comarcas vecinas de Eleuteras, que estaban completamente desiertas a causa de las guerras, había tomado consigo sólo dos criados, y eso que llevaba cinco fialas de oro [98] y cuatro cimbias [99].

Por su parte, Arsaces, que era ya un anciano y, por Zeus, de venerable aspecto, expresaba su aflicción como un bárbaro, se indignaba por tener que ir a pie y exigía que le trajeran su caballo; porque su caballo había

98 Taza muy llana y abierta.
99 Copa pequeña.

muerto con él, al ser atravesados ambos de un solo golpe por un peltasta [100] tracio en el combate junto al río Araxes contra el rey de Capadocia. Según contaba él mismo, Arsaces había atacado muy por delante de los demás, el tracio le hizo frente cubriéndose con su escudo, desvió la lanza de Arsaces y poniendo la sarisa [101] en ristre lo atravesó a él y al caballo.

ANTÍSTENES.—¿Pero cómo es posible, Crates, que ocurra eso de un solo golpe?

CRATES.—Es muy fácil, Antístenes: Arsaces atacó manteniendo horizontal su lanza de veinte codos; el tracio paró el golpe con el escudo y, una vez que pasó desviada junto a él la punta de la lanza, se puso de rodillas, aguantó la embestida con la sarisa e hirió debajo del pecho al caballo, que por su fogosidad e impulso quedó atravesado por la sarisa; también quedó atravesado Arsaces, desde la ingle hasta las nalgas. Ya ves cómo ocurrió, más bien cosa del caballo que del hombre. Sin embargo, Arsaces estaba indignado de tener las mismas consideraciones que los demás y tenía la pretensión de entrar a caballo en el Hades.

En cuanto a Oretes, estaba delicado de los dos pies y no sólo no podía estar de pie, sino que mucho menos podía caminar. Esto es algo que les ocurre sin excepción a todos los medos: cuando se apean de los caballos caminan con dificultad sobre las puntas de los pies, como si anduvieran sobre espinas. De modo que Oretes se echó a tierra y estaba tendido y no quería levantarse por ningún medio, hasta que el insigne Hermes cargó con él y lo llevó hasta la barca, mientras yo me reía a carcajadas.

ANTÍSTENES.—En cambio yo, cuando bajé, no me mezclé con los otros, sino que los dejé lamentándose y corrí hacia la barca para adelantarme a coger sitio a fin de hacer más cómoda la travesía; durante el viaje, ellos

---

100 Soldado de infantería ligera armado con un pequeño escudo (pelta).

101 Lanza macedónica muy larga, de 16 pies (5 metros).

lloraban y se mareaban, mientras yo me divertía a su costa.

DIÓGENES.—Vosotros, Crates y Antístenes, tuvisteis tales compañeros de viaje; en lo que a mí se refiere, me acompañaron en el viaje Blepsias, el usurero del Pireo; Lampis, el Acarnanio, jefe de tropas mercenarias, y el rico Damis de Corinto. Damis había muerto envenenado por su hijo, Lampis se degolló por amor a la cortesana Mirtia [102] y Blepsias, según se decía, había muerto de hambre el desdichado y, desde luego, lo ponía en evidencia su excesiva palidez y su delgadez extrema. Yo, aunque lo sabía, les preguntaba cómo habían muerto; entonces, cuando Damis acusó a su hijo, le dije: «has recibido el trato que mereces», puesto que, teniendo mil talentos y viviendo en medio de placeres a tus noventa años, le dabas sólo cuatro óbolos a tu hijo, de dieciocho años». «Y tú, Acarnanio (porque también éste se lamentaba y lanzaba maldiciones contra Mirtia) —le dije—, ¿por qué acusas al amor, debiendo acusarte a ti mismo? Tú que nunca temblaste ante el enemigo, sino que luchabas delante de los otros temerariamente, te dejaste coger, noble varón, por la primera putilla que te salió al encuentro, por sus lágrimas y embelecos fingidos.» En cuanto a Blepsias, él mismo se adelantó acusándose de su gran necedad, porque guardaba sus bienes para herederos que no tenían ningún parentesco con él, porque creía, el muy estúpido, que iba a vivir eternamente. En fin, que con sus lamentos me proporcionaron un placer extraordinario.

Ya estamos en la entrada; hay que mirar y examinar desde lejos a los que van llegando. ¡Caray! ¡Qué multitud y qué variedad! Todos están llorando, excepto los recién nacidos y los niños. ¡Pero si hasta los más ancianos se lamentan! ¿Cómo es posible? ¿Acaso se ha apoderado de ellos el hechizo de la vida? Voy

---

[102] Con el mismo nombre aparece en *Diálogos de las cortesanas*, II.

a preguntarle a ese viejo tan caduco: ¿Por qué lloras, después de morir a una edad tan avanzada?, ¿por qué estás irritado, amigo, si has llegado aquí viejo? ¿Eras por ventura rey?

POBRE.—De ningún modo.

DIÓGENES.—¿Y sátrapa?

POBRE.—Tampoco eso.

DIÓGENES.—Entonces, ¿eras rico y por ello te apena la muerte por haber perdido tus muchos placeres?

POBRE.—Nada de eso, puesto que ya tenía noventa años y tenía una vida sin recursos, a base de la caña de pescar y del sedal, pobre en exceso, sin hijos y encima cojo y cegato.

DIÓGENES.—¿Y estando en esas condiciones querías vivir?

POBRE.—Sí, porque la luz es agradable y la muerte algo terrible que hay que evitar.

DIÓGENES.—Tú deliras, anciano, y actúas como un jovenzuelo ante lo implacable del destino, y eso que eres de la misma quinta que el barquero. ¿Qué vamos a decir entonces de los jóvenes, cuando los viejos como tú, que deberían estar persiguiendo la muerte como un remedio a los males de la vejez, están tan enamorados de la vida? Pero vayámonos ya, no sea que alguien sospeche que planeamos la huida, al vernos reunidos junto a la entrada.

XXVIII

MENIPO Y TIRESIAS [103]

MENIPO.—Ahora es difícil saber si todavía eres ciego, Tiresias, porque todos nosotros tenemos igualmente vacíos los ojos y sólo nos quedan las cuencas. Por lo demás, ya no se podría decir quién era Fineo, ni quién

[103] Famoso adivino ciego de Tebas.

Linceo [104]. En cambio sí sé, porque se lo oí decir a los poetas, que eras adivino y que sólo tú tuviste las dos naturalezas, de hombre y de mujer. Dime, pues, por los dioses, ¿cuál de las dos vidas que experimentaste te resultó más agradable, la de hombre o la de mujer?

TIRESIAS.—Con mucho la de mujer, Menipo, porque tiene menos preocupaciones. Además, las mujeres mandan sobre los hombres, no tienen que ir a la guerra ni estar de plantón junto al parapeto, ni discutir en la asamblea ni sufrir interrogatorios en los tribunales.

MENIPO.—¿No has oído, Tiresias, las lamentaciones de la Medea de Eurípides [105], hablando de lo desgraciadas que son las mujeres y cómo aguantan los insoportables dolores del parto? Pero dime, ya que los yambos de la *Medea* me lo han traído a la memoria, ¿diste tú también a luz alguna vez cuando eras mujer o pasaste ese período de tu vida estéril y sin hijos?

TIRESIAS.—¿Qué quieres decir con esa pregunta Menipo?

MENIPO.—No es difícil, Tiresias; simplemente, contéstame si te resulta fácil.

TIRESIAS.—Desde luego no era estéril, pero no tuve hijos.

MENIPO.—Eso es suficiente, porque lo que quería saber también es si tenías matriz.

TIRESIAS.—Indudablemente, la tenía.

MENIPO.—¿Y fue con el tiempo como te desapareció la matriz y se te obstruyó la parte femenina y se te aplanaron los pechos y te brotó el miembro viril y echaste barba, o de repente apareciste cambiado de mujer en hombre?

TIRESIAS.—No veo qué pretende tu pregunta; pero me parece que desconfías de que esto haya ocurrido así.

MENIPO.—Entonces, Tiresias, ¿es que no debe uno desconfiar de tales historias, sino que hay que aceptarlas como un estúpido, sin examinar si son posibles o no?

---

104 Fineo fue privado de la vista por Aquilón o Bóreas, como castigo por haber mandado sacar los ojos a sus hijos, a instancias de su segunda esposa Idea. Linceo fue uno de los Argonautas, célebre por lo penetrante de su vista.

105 *Medea,* 230 y ss.

TIRESIAS.—Según eso, ¿tú no crees tampoco que se hayan producido así las otras leyendas, como, por ejemplo, cuando oyes decir que algunas se convirtieron de mujeres en aves, árboles o fieras, como Aedón o Dafne o la hija de Licaón? [106]

MENIPO.—Si me encuentro con ellas en alguna parte, sabré lo que dicen, pero volviendo a ti, mi buen amigo, cuando eras mujer ¿practicabas también la adivinación, como hacías posteriormente, o aprendiste al mismo tiempo a ser hombre y adivino?

TIRESIAS.—¿Lo ves? No sabes nada de mi historia, cómo resolví una disputa de los dioses [107], cuando Hera me privó de la vista y Zeus alivió mi desgracia dotándome del arte adivinatorio.

MENIPO.—¿Todavía te aferras a tus mentiras? Desde luego, actúas al estilo de los adivinos, porque es costumbre entre vosotros no decir nada sensato.

XXIX

AGAMENÓN Y AYAX

AGAMENÓN.—Si en un ataque de locura tú, Ayax, te diste muerte y estuviste a punto de matarnos también a todos nosotros, ¿por qué acusas a Ulises? Hace poco, cuando vino a consultar oráculos [108], ni siquiera reparaste en él ni te dignaste dirigirle la palabra a un hombre que fue tu compañero de armas y tu amigo, sino que pasaste de largo con aires despectivos y a grandes zancadas.

AYAX.—Y con razón, Agamenón, porque él fue el culpable de mi locura, al haber sido el único que intentó enfrentarse conmigo en el asunto de las armas.

---

106 Aedón se convirtió en ruiseñor, Dafne en laurel.

107 Cuando, por su doble condición de mujer y hombre, Zeus le preguntó quién de los dos disfrutaba más en los placeres del amor.

108 *Sátira de Odisea,* XI, 541 y ss.

AGAMENÓN.—¿Es que pretendías no tener rivales y vencerlos a todos sin lucha?

AYAX.—Sí, al menos en cuestiones como ésta. Porque la armadura me correspondía al ser de la familia, puesto que era de mi primo [109]. Y vosotros, que erais mucho mejores que él, renunciasteis a la competición y me cedisteis el derecho al premio; pero el hijo de Laertes, a quien yo salvé muchas veces del peligro de ser aniquilado por los frigios, pretendía ser mejor que yo y tener más méritos para poseer las armas.

AGAMENÓN.—Entonces échale la culpa a Tetis, mi noble amigo; ella fue la que, debiendo entregarte las armas a ti por ser pariente, las trajo y las presentó a certamen común.

AYAX.—No inculpo a ella, sino a Ulises, que fue el único que se me opuso.

AGAMENÓN.—Hay que disculparle, Ayax, que siendo hombre aspirara a la gloria, cosa dulcísima por la que cada uno de nosotros afrontó peligros; y además, te venció, incluso con los troyanos como jueces [110].

AYAX.—Yo sé quién fue la que me condenó [111], pero no se puede decir nada malo de los dioses. En cuanto a Ulises, no podría dejar de odiarle, Agamenón, aunque me lo ordenara la propia Atenea.

XXX

MINOS Y SÓSTRATO

MINOS.—Que ese bandido Sóstrato sea arrojado al Piriflegetonte y el sacrílego sea despedazado por la Quimera, Hermes; que al tirano, tendido junto a Ticio [112],

---

109 Los padres de Aquiles y Ayax eran hermanos.

110 Al parecer, decidieron la cuestión los prisioneros troyanos.

111 La diosa Atenea.

112 Condenado famoso, castigado por haber hecho violencia a Leto.

le sea devorado el hígado por los buitres. Y vosotros, los buenos, marchad cuanto antes a los Campos Elíseos y habitad las Islas de los Bienaventurados, a cambio de las buenas acciones que llevasteis a cabo durante vuestra vida.

SÓSTRATO.—Escúchame, Minos, si te parece que es justo lo que te digo.

MINOS.—¿Que te escuche otra vez? ¿Es que no estás convencido de que eres un malvado y de que has dado muerte a tantas personas?

SÓSTRATO.—Sí que estoy convencido, pero considera si voy a ser castigado con justicia.

MINOS.—Desde luego, al menos si es justo pagar el castigo merecido.

SÓSTRATO.—Respóndeme, sin embargo, Minos; voy a ser breve en mi pregunta.

MINOS.—Habla, pero no te extiendas, para que también pueda juzgar a los otros.

SÓSTRATO.—Todo lo que yo hacía en la vida, ¿lo hacía voluntariamente o me lo había tramado la Moira?

MINOS.—Evidentemente, la Moira.

SÓSTRATO.—Luego todos nosotros, los buenos y los que pasamos por malos, actuábamos obedeciéndola a ella.

MINOS.—Sí, a Cloto, que dispuso para cada uno en el momento de nacer la conducta que tenía que seguir.

SÓSTRATO.—Pues bien, si una persona mata a alguien obligada por otra, y no puede oponerse a quien le forzó a ello, por ejemplo un verdugo o un guardia, que obedecen respectivamente al juez y al tirano, ¿a quién harás responsable de la muerte?

MINOS.—Evidentemente, al juez o al tirano, puesto que no podré hacer responsable a la espada misma, que como instrumento que es de la pasión, obedece al primero que le da ocasión de matar.

SÓSTRATO.—Muy bien, Minos, por ilustrar mi ejemplo. Y si alguien viene personalmente a traer oro o plata, por encargo de su amo, ¿a quién habrá que darle las gracias o a quién hay que llamar bienhechor?

MINOS.—Al que lo envió, Sóstrato; porque el portador era un sirviente.

SÓSTRATO.—¿Te das cuenta entonces de lo injustamente que obras al castigarnos a nosotros, que sólo fuimos ejecutores de las órdenes de Cloto, mientras honras a los que hicieron de proveedores de bienes ajenos? Porque nadie podría decir que era posible oponerse a las órdenes emanadas con ineluctable necesidad.

MINOS.—Si las examinas cuidadosamente, podrías ver otras muchas que no están de acuerdo con la razón. Como quiera que sea, vas a sacar provecho de tu pregunta, porque no sólo pareces un ladrón, sino también un filósofo. Suéltalo, Hermes, y que no se le castigue más. Y tú procura no enseñar a los otros muertos a hacer esa clase de preguntas.

Diálogos marinos

I

Doris y Galatea [1]

Doris.—¡Hermoso enamorado, Galatea! [2], es ese pastor siciliano, que dicen que está loco por ti.

Galatea.—No te burles de él, Doris, ya que es hijo de Posidón, cualquiera que sea su aspecto.

Doris.—¿Y qué? Aunque fuera hijo del propio Zeus, con ese aspecto tan salvaje y peludo y, lo más feo de todo, con un solo ojo, ¿tú crees que su linaje le favorecería para tener mejor aspecto?

Galatea.—Ni su aspecto peludo y selvático al que te refieres lo afean, ya que eso es varonil, y su único ojo se adapta muy bien a su frente, puesto que no ve menos que si tuviera los dos.

---

[1] Tema tratado por Teócrito en su *Idilio,* XI.

[2] Profundamente irónico es el tono de estas palabras, puestas al principio con toda la idea. Se trata del feísimo Polifemo, hijo de Posidón, con un solo ojo.

DORIS.—A juzgar por los elogios que haces de él, me parece que tienes a Polifemo más como amado que como amante.

GALATEA.—No lo tengo como amado, pero no puedo tolerar vuestra crítica exagerada, y creo que obráis así por envidia, porque al encontrarse en cierta ocasión apacentando sus rebaños y vernos desde su atalaya cuando jugábamos en la playa, al pie del Etna, donde se extiende el litoral entre el monte y el mar, en vosotras ni se fijó siquiera, y yo, en cambio, le parecí la más hermosa de todas y sólo en mí puso su único ojo. Esto es lo que os molesta, porque es una prueba de que soy mejor y más digna de ser amada, mientras que a vosotras ni os consideró dignas de una mirada.

DORIS.—¿Ya te crees digna de envidia porque pareciste hermosa a un pastor, que encima está defectuoso de la vista? Y por cierto, ¿qué otra cosa pudo elogiar en ti sino tu blancura? Y eso, me parece a mí, porque está acostumbrado al queso y a la leche, y por ello considera hermoso todo lo que se les parece. Por lo demás, cuando quieras saber tu aspecto, mírate en el mar desde una roca saliente, en un momento de calma, y verás que no tienes otra cosa que una piel completamente blanca, cosa que no se aprecia si no la acompaña también el color rosado.

GALATEA.—Y sin embargo, yo, que soy completamente blanca, tengo al menos este amante, mientras que vosotras no tenéis ni pastor, ni marinero, ni barquero que os alabe. Además, Polifemo es también músico.

DORIS.—Calla, Galatea, que ya le oímos cantar cuando vino a darte la serenata a tu puerta recientemente. ¡Querida Afrodita! Daba la impresión de un burro rebuznando. ¿Y qué clase de lira tenía? Una calavera de ciervo monda y lironda, donde las astas hacían el papel de brazos, las había unido y había tendido las cuerdas, sin tensarlas con una clavija, con lo que producía un sonido desafinado y sin arte: mientras él daba gritos por una parte, la lira le contestaba por otro, de modo que no podíamos contener la risa ante aquel

canto amoroso. Ni la propia Eco, que es tan charlatana, tenía ganas de contestar a sus bramidos, sino que tenía vergüenza de dar la impresión de imitar una canción tan tosca y ridícula. Aquel amante apasionado llevaba en brazos como un juguete un osito que se parecía a él por lo peludo que era. ¿Quién podría no envidiarte, Galatea, por un amante como ese?

GALATEA.—Muy bien, Doris, muéstranos entonces al tuyo, que sin duda es más hermoso, más hábil para cantar y sabe tocar mejor la lira.

DORIS.—Es que yo no tengo ningún amante ni presumo de ser atractiva. Pero un amante como el Cíclope, que apesta a podre como un macho cabrío, que come carne cruda, según dicen, y devora a los huéspedes que le visitan, quédatelo para ti y corresponde a su amor.

II

CÍCLOPE Y POSIDÓN

CÍCLOPE.—¡Padre, qué sufrimientos he padecido por culpa de ese maldito extranjero! Me emborrachó y luego me cegó, atacándome mientras dormía.

POSIDÓN.—¿Y quién fue el que tuvo tal atrevimiento, Polifemo?

CÍCLOPE.—Al principio se llamaba Nadie, pero una vez que huyó y estuvo fuera de tiro, dijo llamarse Odiseo.

POSIDÓN.—Ya sé a quién te refieres, al itacense; volvía por mar de Ilión. Pero ¿cómo pudo llevar a cabo tal acción, a pesar de no ser muy valiente?

CÍCLOPE.—Yo sorprendí en mi cueva, al volver del pastoreo, a muchos hombres, que sin duda querían atentar contra mis rebaños. En efecto, una vez que puse en la puerta la tapadera (que es una piedra de gran tamaño) y encendí el fuego, prendiendo un árbol que

traía del monte, se vio claramente que intentaban esconderse; yo me apoderé de algunos de ellos y me los comí, como era lógico, puesto que eran ladrones. Entonces, aquel colmo de maldad, ya fuera Nadie o Ulises, me escanció y me dio de beber una droga dulcísima y fragantísima, sí, pero muy traidora y perturbadora, pues, nada más beberla, me pareció que todo daba vueltas a mi alrededor, y que la propia cueva giraba, que ya no estaba del todo en mí, hasta que al fin fui vencido por el sueño; él, entonces, afiló la estaca de olivo, la puso al rojo vivo en el fuego y me cegó mientras dormía; desde entonces, aquí me tienes ciego, Posidón.

POSIDÓN.—¡Qué profundamente dormías, hijo mío, que no saltaste mientras te cegaba! Pero, bueno, y Ulises ¿cómo pudo huir? Porque estoy seguro de que no habría podido remover la roca de la puerta.

CÍCLOPE.—No, sino que fui yo quien la quité, para poder cogerlo mejor cuando saliera; me senté junto a la puerta y trataba de cogerlo, con las manos extendidas, dejando pasar únicamente las reses al pasto, después de encargarle al carnero lo que tenía que hacer en mi lugar.

POSIDÓN.—Comprendo; se escaparon bajo las reses sin que te dieras cuenta; pero tú debías haber llamado en tu ayuda a los otros cíclopes.

CÍCLOPES.—Los llamé, padre, y vinieron, pero cuando me preguntaron el nombre del atacante y yo les dije que era Nadie, se marcharon, creyendo que había enloquecido. Así me engañó con su nombre aquel maldito. Y lo que más me indignó fue que me insultaba por mi desgracia, diciéndome: Ni tu padre, Posidón, podrá curarte.

POSIDÓN.—Animo, hijo mío, que yo lo castigaré, para que sepa que, si para mí es imposible curar la privación de la vista, al menos en mis manos está la suerte de los navegantes, el salvarlos o perderlos, y él navega todavía...

III

Posidón y Alfeo

Posidón.—¿Qué significa esto, Alfeo? Tú eres el único río que, al desembocar en el mar, no te mezclas con el agua salada, como es costumbre de todos los ríos, ni descansas desparramándote; por el contrario, concentrado a través del mar y manteniendo dulce tu corriente, sin mezcla todavía y puro te apresuras, no sé adónde, sumergiéndote profundamente, como las gaviotas y los airones; das la impresión de que vas a emerger en alguna parte y de que vas a mostrarte de nuevo [3].

Alfeo.—Es una cuestión amorosa, Posidón, de modo que no me regañes, que también tú mismo estuviste enamorado muchas veces.

Posidón.—¿Estás enamorado de una mujer, Alfeo, de una ninfa o tal vez de una de las mismísimas Nereidas?

Alfeo.—No, Posidón, sino de una fuente.

Posidón.—Y ella ¿en qué parte de la tierra corre?

Alfeo.—Es isleña, siciliana. La llaman Aretusa.

Posidón.—La conozco, no está nada mal, Alfeo, tu Aretusa, sino que es cristalina y brota sonoramente por un terreno limpio y su agua fluye clara entre los guijarros, brillando sobre ellos con aspecto de plata.

Alfeo.—¡Qué bien conoces de verdad a mi fuente, Posidón! Pues a ella me dirijo.

Posidón.—Vete, pues, y que tengas buena suerte en tus amores. Pero dime una cosa ¿dónde viste a Aretusa, siendo tú Arcadio y estando ella en Siracusa?

Alfeo.—Ando con prisas, Posidón, y tú tratas de retenerme con preguntas indiscretas.

Posidón.—Tienes razón; corre al lado de tu amada, emerge del mar, únete cordialmente con la fuente y sed una sola agua.

---

[3] Según el mito, el río Alfeo no mezclaba sus aguas con el mar, sino que corría a reunirse, por debajo de las aguas marinas, con

IV

Menelao y Proteo [4]

Menelao.—Bueno, que te conviertas en agua, Proteo, no es increíble, puesto que eres un ser marino; en árbol, todavía se puede admitir; que te hayas podido convertir en león, tampoco queda fuera de las posibilidades de crédito; pero que, viviendo en el mar, sea posible que te conviertas en fuego, me sorprende muchísimo y no me lo creo.

Proteo.—Pues no te sorprendas, Menelao, porque en él me convierto, en efecto.

Menelao.—Ya lo he visto con mis propios ojos, pero me parece, permíteme que te lo diga, que metes alguna superchería en este asunto y que engañas los ojos de tus espectadores, sin convertirte en realidad en nada parecido.

Proteo.—¿Y qué engaño podría haber en cosas tan evidentes? ¿No viste con los ojos abiertos en cuántas formas me cambié? Pero si desconfías y te parece que las transformaciones son falsas, como una apariencia engañosa colocada ante tus ojos, cuando me convierta en fuego, aplica tu mano sobre mí, queridísimo; así sabrás si sólo lo parezco o tengo también la propiedad de quemar.

Menelao.—No es segura la prueba, Proteo.

Proteo.—A mí me parece, Menelao, que tú nunca has visto un pulpo, ni sabes lo que le pasa a este pez.

Menelao.—Pues pulpos sí he visto, pero me gustaría que me explicaras cuáles son propiedades.

Proteo.—Cuando aborda una roca, aplica a ella sus ventosas y se queda adherido con sus ventosas; se vuelve

---

su amada la ninfa Aretusa, que en este diálogo aparece simbolizada como una fuente.

[4] Al regreso de Troya, Menelao tiene ocasión de ver a Proteo y de asistir a sus maravillosas transformaciones. Es una versión cómica del pasaje relatado en *Odisea,* IV, 351 y ss.

entonces semejante a la roca y cambia de color, confundiéndose con ella, para pasar desapercibido a los pescadores, sin transformarse ni mostrarse cual es, sino manteniéndose semejante a la piedra.

MENELAO.—Eso es lo que dicen, pero lo tuyo es mucho más increíble, Proteo.

PROTEO.—No sé, Menelao, en qué otra cosa podrías confiar, si desconfías de tus propios ojos.

MENELAO.—Efectivamente, lo vi, pero es un hecho maravilloso que uno mismo sea fuego y agua.

V

PANOPE Y GALENE

PANOPE.—¿Viste, Galene, lo que hizo Eris en el banquete celebrado ayer en Tesalia, porque ella misma no había sido invitada al convite?

GALENE.—Es que yo mismo no estuve con vosotras en el banquete; pues Posidón me mandó que entretanto, Panope, cuidara que el mar se mantuviera tranquilo. Pero ¿qué pudo hacer Eris si no estaba presente?

PANOPE.—Tetis y Peleo ya se habían retirado al tálamo, escoltados como padrinos por Anfitrite y Posidón[5]; entretanto Eris, sin que nadie se diera cuenta —lo que pudo conseguir fácilmente, pues unos estaban bebiendo y otros aplaudían, prestando atención a Apolo que tañía la cítara o al canto de las Musas—, lanzó en medio de la concurrencia una manzana preciosa, toda de oro macizo, Galene, en la que había inscrito: «TOMELA LA MAS BELLA.» La manzana rodó y fue a parar, como a propósito, donde estaban reclinadas Hera, Afro-

[5] Referencia a las bodas de Peleo y Tetis, a las que fueron invitados todos los dioses, excepto Eris, que simboliza la Discordia. Es el principio de la leyenda de la guerra de Troya.

dita y Atenea[6]. Hermes tomó la manzana y leyó la inscripción, mientras nosotras, las Nereidas, permanecíamos en silencio, pues ¿qué íbamos a hacer, estando ellas presentes? Ellas rivalizaban entre sí, pretendiendo cada una que la manzana era suya, y si Zeus no las hubiera separado, incluso habrían llegado a las manos. Pero él les dijo: «No voy a juzgar yo personalmente sobre este asunto —aunque ellas le consideraban adecuado para dictar sentencia—, pero dirigiros al Ida, al hijo de Príamo, que por ser amante de la belleza, sabe discernir lo más hermoso y no podría equivocarse en sus juicios.

GALENE.—¿Y qué hicieron las diosas, Panope?

PANOPE.—Creo que hoy se dirigen al Ida y alguien vendrá dentro de poco para anunciarnos el nombre de la vencedora.

GALENE.—Pues yo te digo desde ahora que, puesto que participa Afrodita, no habrá otra vencedora, a no ser que el árbitro sea muy corto de vista.

VI

TRITÓN, AMIMONE Y POSIDÓN

TRITÓN.—Posidón, cada día viene a Lerna a buscar agua una muchacha, cosa preciosa; yo no sé que haya visto con mis propios ojos una niña más hermosa.

POSIDÓN.—¿Te refieres a una muchacha libre, Tritón, o es una criada que va a por agua?

TRITÓN.—No, no es una criada, sino la hija de aquel famoso egipcio, una de las cincuenta, y se llama Amimone, pues pregunté su nombre y linaje. Dánao trata duramente a sus hijas y las enseña a valerse por sí mis-

[6] Puede consultarse *Diálogos de los dioses,* XX.

mas, las envía a buscar agua y las educa, en general, para que sean eficaces.

POSIDÓN.—¿Y se presenta sola, haciendo un viaje tan largo desde Argos a Lerna?

TRITÓN.—Ella sola. Argos es muy árido [7], como sabes, de modo que siempre hay que estar yendo a por agua.

POSIDÓN.—Querido Tritón, me has excitado mucho hablándome de la muchacha. Vayamos a buscarla.

TRITÓN.—Vayamos. Precisamente es el momento de ir por agua; debe estar ahora en medio del camino a Lerna.

POSIDÓN.—Entonces, engancha el carro, o más bien, puesto que lleva mucho tiempo uncir los caballos a la gamella y aparejar el carro, prepárame un delfín que sea rápido; pues así podré cabalgar en él a toda velocidad.

TRITÓN.—Ya tienes aquí este delfín rapidísimo.

POSIDÓN.—Estupendo. Partamos. Tú nada a mi lado, Tritón... Bueno, ahora que ya estamos en Lerna, yo me pondré aquí al acecho y tú vigila; y cuando adviertas que se acerca...

TRITÓN.—Ya está aquí cerca.

POSIDÓN.—Guapa y estupenda muchacha, Tritón. Ea, tenemos que apoderarnos de ella.

AMIMONE.—¡Ea, hombre! ¿Adónde me llevas secuestrada? Eres un ladrón de niños y me parece que te ha enviado mi tío Egipto, de modo que voy a llamar a mi padre.

TRITÓN.—Cállate, Amimone. Es Posidón.

AMIMONE.—¿Por qué citas a Posidón? ¿Por qué me violentas, hombre, y tratas de arrastrarme hacia el mar? Desdichada de mí, me ahogaré.

POSIDÓN.—Ten confianza, que no te va a ocurrir nada malo; por el contrario, yo golpearé aquí con mi tridente la roca cercana a la playa y haré que brote una fuente que lleve tu nombre; tú serás feliz y la única de tus hermanas que no acarrearás agua después de tu muerte.

---

[7] Expresión proverbial.

VII

Noto y Céfiro

Noto.—Esta ternera, Céfiro, que conduce a Egipto a través del mar Hermes, ¿es la misma a la que Zeus violó, prendido de su amor? [8]

Céfiro.—Sí, Noto, pero entonces no era una ternera, sino la hija del río Inaco; pero ahora Hera, por celos, la ha convertido en esto, al darse cuenta de que Zeus estaba demasiado enamorado de ella.

Noto.—¿Y ahora está todavía enamorado de la ternera?

Céfiro.—Ya lo creo, y por ello la ha enviado a Egipto y nos ha encomendado que mantengamos el mar tranquilo hasta que haya terminado la travesía; una vez allí, parirá, pues ya está embarazada, y se convertirán en divinidades ella y su hijo.

Noto.—¿Una divinidad la ternera?

Céfiro.—Pues sí, Noto. Y tendrá poder, según dijo Hermes, sobre los navegantes, y será nuestra soberana, con la facultad de enviar a soplar o de impedirlo a quien quiera de nosotros.

Noto.—Pues habrá que tener atenciones con ella, puesto que es nuestra soberana. Tal vez de ese modo nos sería más propicia.

Céfiro.—Ya ha terminado la travesía y hace señas de dirigirse hacia tierra. ¿Estás viendo que ya no anda a cuatro patas? Hermes la ha enderezado y la ha convertido de nuevo en una mujer hermosísima.

Noto.—¡Qué cosas más extrañas, Céfiro! Ni cuernos, ni cola, ni pezuñas hendidas, sino sugestiva muchacha. En cambio Hermes, ¿por qué razón se ha metamorfoseado y en vez de un joven se ha convertido en cara de perro? [9]

---

[8] Se trata de Io, que fue transformada por Hera en ternera, a causa de los celos.

[9] Anubis, dios egipcio con cabeza de perro, era identificado con Hermes por los griegos.

CÉFIRO.—No seamos preguntones, que él sabe mejor lo que tiene que hacer.

VIII

POSIDÓN Y LOS DELFINES

POSIDÓN.—Está muy bien, Delfines, eso de que seáis siempre tan altruistas; hace tiempo acogisteis y llevasteis sano y salvo al hijo de Ino [10] cuando se precipitó con su madre en el mar desde las rocas Escirónidas; ahora de nuevo tú has llevado desde Metimna en tu dorso, nadando, con sus vestiduras y su cítara, a este citaredo, y no permitiste que pereciera de modo miserable a manos de los marineros [11].

DELFÍN.—No te sorprendas, Posidón, de que nos portemos bien con los seres humanos, puesto que nosotros también éramos hombres antes de convertirnos en peces.

POSIDÓN.—Y por ello precisamente estoy enfadado con Dioniso, por haberos metamorfoseado después de venceros en batalla naval, cuando sólo hubiera debido someteros, como había sometido a los otros. Pero ¿qué ocurrió con lo de aquel Arión, Delfín?

DELFÍN.—Por lo que yo sé, Periandro estaba contento con él, y con frecuencia lo mandaba llamar por la excelencia de su arte. El citaroda, que se había enriquecido en la corte del tirano, sintió el deseo de regresar navegando hacia su patria, para exhibir allí su riqueza. Embarcó en un navío cuya tripulación la formaban individuos indeseables y, como él dio a entender que llevaba oro y plata en abundancia, cuando se encon-

[10] Melicertes; cayó al mar con su madre Ino, cuando ésta era perseguida por Atamante, fue recogido por un delfín y llevado al Istmo de Corinto, donde recibió culto con el nombre de Palemón. Su madre se convirtió en una diosa marina, con el nombre de Leucotea.

[11] Alude al poeta Arión, famoso poeta lírico, al que Heródoto (I, 23-24) atribuye la primera representación de un ditirambo.

traban en medio del Egeo, conspiraron contra él. Entonces Arión —yo lo estaba oyendo todo porque iba navegando junto a la nave— les dijo: «Puesto que habéis tomado esta determinación, permitidme al menos que me ponga mis vestiduras, que entone un canto fúnebre en mi honor y que luego me eche al agua por mi propia cuenta.» Los marineros aceptaron y entonces se puso sus vestiduras y cantó con mucha dulzura y se lanzó al agua a continuación, en la idea de que moriría inmediatamente; pero yo me hice cargo de él, lo monté en mi dorso y lo llevé a Ténaro nadando.

POSIDÓN.—Te felicito por tu altruismo; le has pagado una digna recompensa por oírle su canto.

IX

POSIDÓN Y LAS NEREIDAS

POSIDÓN.—Que este estrecho, donde se sumergió la muchacha, sea designado con el nombre de Helesponto, en su honor [12]. Y en cuanto a su cadáver, vosotras, Nereidas, haceos cargo de él y llevadlo a la Tróade, para que lo entierren sus habitantes.

ANFITRITE.—De ninguna manera, Posidón; más bien que sea enterrada aquí, en este mar que lleva su nombre, pues estamos muy compadecidos por ella, a causa del trato desdichadísimo que ha recibido de su madrastra.

POSIDÓN.—Eso no es posible, Anfitrite; por otra parte, no sería correcto que yaciera aquí, bajo la arena, de modo que, como ya dije, será enterrada en la Tróade o en el Quersoneso, y será para ella un gran consuelo que, dentro de poco, a Ino le pasará lo mismo: se caerá al mar desde la cima del Citerón, donde éste des-

[12] Según el mito, Hele y Frixo, hijos de Atamante y de su primera esposa Nefele, cayeron al mar cuando huían de su madrastra con el carnero volador, dando Hele su nombre al mar, que se llamó Helesponto.

ciende hacia sus aguas, perseguida por Atamante, con su hijo en brazos. Pero tendremos que salvarla, para hacerle un favor a Dioniso, ya que Ino es su nodriza, ella lo ha criado.

ANFITRITE.—Pues no deberías hacerlo, por ser tan malvada.

POSIDÓN.—Es que no conviene disgustar a Dioniso, Anfitrite.

NEREIDA.—¿Y qué le pasó a esta muchacha para que se cayera del carnero? ¿Su hermano Frixo viaja seguro?

POSIDÓN.—Es lógico, ya que él es joven y tiene fuerza para resistir la velocidad; ella, en cambio, por falta de experiencia al montar en un vehículo tan extraño, por haber dirigido su mirada a la profunda inmensidad, le entró pánico; oprimida al mismo tiempo por el calor, sintió vértigo por la violencia del vuelo, perdió el control de los cuernos del carnero, a los que se había aferrado, y cayó al mar.

NEREIDA.—¿Y no hubiera debido ayudarla su madre Nefele al caer?

POSIDÓN.—Sí, pero la Moira es mucho más poderosa que Nefele.

X

IRIS Y POSIDÓN

IRIS.—Posidón, la isla que anda errante[13], que después de arrancada de Sicilia ha ocurrido que sigue nadando bajo el mar..., esa isla, dice Zeus, detenla ya y haz que aparezca de nuevo y que sea visible[14] en medio del Egeo, fijándola de modo seguro, pues la necesita.

---

13 Se trata de la isla de Delos. Píndaro, *Frag. 58* (seguido por Calímaco, *Himnos,* IV, 35 y ss.), cuenta cómo la isla de Delos flotaba en el mar, hasta que fue amarrada con pilares al fondo del mar, para que Leto pudiera dar a luz a Apolo y Artemis. La historia pudo haberse originado por una dudosa interpretación del *Himno a Apolo Delio,* I, 73.

14 Para la etimología de la isla («visible»), ver Calímaco, *Himnos,* IV, 53.

POSIDÓN.—Se hará, Iris. Pero ¿qué utilidad tendrá para él, una vez que haya emergido y deje de navegar?
IRIS.—Leto debe dar a luz en ella, pues se encuentra ya mal de los dolores de parto.
POSIDÓN.—¡Cómo! ¿No le basta el cielo para dar a luz? ¿Y si no fuera éste, acaso toda la tierra no sería suficiente para acoger a sus hijos?
IRIS.—No, Posidón, pues Hera comprometió a la tierra bajo un gran juramento, a no acoger a Leto en sus dolores de parto; esta isla, sin embargo, no forma parte del juramento, porque entonces era invisible.
POSIDÓN.—Comprendo. Detente, isla, y emerge de nuevo de las profundidades y deja de meterte más bajo el agua; permanece firme y recibe tú, la más afortunada de las islas, a los dos hijos de mi hermano, los más bellos de los dioses. Y vosotros, Tritones, transportad a Leto a la isla y que todo se mantenga en calma. En cuanto al dragón, que ahora la aterroriza y la vuelve furiosa, tan pronto como los niños hayan nacido lo perseguirán y vengarán a su madre. Y tú, ve a comunicarle a Zeus que todo está dispuesto. Delos está firme, que venga Leto ya y dé a luz.

XI

JANTO Y EL MAR [15]

JANTO.—Recíbeme, mar, que he sufrido muchísimo; y cúrame las heridas.
MAR.—¿Qué es esto, Janto? ¿Quién te ha quemado?
JANTO.—Hefesto. Estoy completamente carbonizado, desdichado de mí, e hirviendo.
MAR.—Pero ¿por qué te echó encima el fuego?
JANTO.—Por el hijo de ésa, de Tetis. En efecto, cuando aquél estaba matando frigios y yo no conseguía con

[15] Luciano recuerda el pasaje homérico de *Ilíada,* XXI, 136 y siguientes. El Janto es un río de la Tróade, también llamado Escamandro.

mis súplicas apaciguar su cólera, sino que incluso obstruía mi corriente con los cadáveres, sentí compasión de los desdichados y me lancé contra él con la idea de inundarle, para que se asustara y se apartara de aquellos hombres; entonces Hefesto, que casualmente se encontraba cerca, me atacó con todo el fuego de que disponía, con el del Etna y cuanto pueda haber en otra parte; me quemó los olmos y tamariscos, abrasó también a los desgraciados peces y anguilas [16] y a mí mismo me hizo desbordar hirviendo y por poco me dejó completamente seco. En todo caso, ya ves en qué estado me encuentro por las heridas.

MAR.—Estás turbio y caliente, como es lógico, Janto, por la sangre de los muertos por un lado, y el calor, como dices, por el fuego. Y te está bien merecido, por haberte lanzado sobre mi nieto, sin respetar que era hijo de una Nereida.

JANTO.—Entonces, ¿no debía haberme compadecido de los frigios, que son mis vecinos?

MAR.—¿Y Hefesto no debía haberse compadecido del que es hijo de Tetis, Aquiles?

XII

DORIS Y TETIS

DORIS.—¿Por qué lloras, Tetis?

TETIS.—He visto a una joven preciosa, Doris, a la que su padre había echado en una caja, a ella y a su hijo recién nacido. Su padre había ordenado a los marineros que cogieran la caja y, una vez que estuvieran muy alejados de la costa, que la tiraran al mar, para que pereciera la desdichada, ella y su hijo [17].

DORIS.—Pero ¿por qué razón, hermana? Dímelo, si tienes información exacta.

---

[16] Luciano tiene muy presentes los versos homéricos de *Ilíada,* XXI, 350 y ss.

[17] Historia de Dánae y Perseo.

TETIS.—Conozco toda la historia. Su padre, Acrisio, por ser ella tan hermosa, la había encerrado en una habitación de bronce para conservarla virgen; luego, no puedo decir si es verdad, pero afirman que Zeus, convertido en oro, se derramó por el techo hasta ella, la cual recibió en su seno la lluvia del dios y quedó embarazada. Al enterarse de ello su padre, un viejo celoso y violento, montó en cólera, creyó que alguien la había seducido y la metió en la caja tan pronto como nació su hijo.

DORIS.—¿Y qué hacía allí ella, cuando la estaban metiendo en la caja?

TETIS.—Respecto a sí misma, se mantenía callada y soportaba el castigo, pero suplicaba llorando que su hijito no muriera y mostraba al abuelo la criatura, que era preciosa; ésta, ignorante de la desgracia, sonreía mirando hacia el mar; al recordarlo, se me llenan de nuevo los ojos de lágrimas.

DORIS.—También a mí me has hecho llorar. Pero ¿ya han muerto?

TETIS.—Oh, no, pues la caja está todavía flotando cerca de Sérifo y los mantiene a ellos vivos.

DORIS.—Entonces, ¿por qué no los salvamos, echándolos en las redes de estos pescadores serifios? Porque seguro que ellos los sacarán y los salvarán.

TETIS.—Tienes razón, hagámoslo así; que no mueran ni ella ni su hijito, que es tan hermoso.

XIII

ENIPEO Y POSIDÓN [18]

ENIPEO.—Voy a hablarte con franqueza, Posidón. Esto no es correcto: has engañado a mi amada tomando mi

[18] Enipeo, dios fluvial de Tesalia, del que se enamoró apasionadamente Tiro. Cf. *Odisea,* XI, 235 y ss.

aspecto y has quitado su virginidad a la muchacha. Ella creía que era yo el que lo hacía y por eso se entregaba.

POSIDÓN.—Porque tú, Enipeo, estabas desdeñoso y apático, cuando una joven tan hermosa venía a verte diariamente, perdida de amor por ti, y tú la desdeñabas y disfrutabas atormentándola; ella, en cambio, andaba inquieta por tus orillas, se metía en tus aguas y a veces se bañaba, deseando encontrarse contigo, pero tú te mostrabas altivo ante ella.

ENIPEO.—¿Y qué? ¿Por eso tenías tú que adelantarte y arrebatarme furtivamente su amor, fingir ser Enipeo en lugar de Posidón y engañar a Tiro, que es una muchacha sencilla?

POSIDÓN.—Demasiado tarde para sentirte celoso, Enipeo, cuando antes la despreciabas. En cuanto a Tiro, no le ha ocurrido nada malo, puesto que creía que perdía la virginidad en tus brazos.

ENIPEO.—Nada de eso, porque al marcharte le dijiste que eras Posidón, y eso la turbó muchísimo. También yo he sido agraviado en ese sentido, puesto que disfrutaste de mis bienes entonces, cuando te rodeaste de una ola sombría que os ocultó juntamente y te uniste a la muchacha en mi lugar.

POSIDÓN.—Sí, porque tú no querías, Enipeo.

XIV

TRITÓN Y NEREIDAS

TRITÓN.—Aquel monstruo vuestro, que enviasteis contra Andrómeda, la hija de Cefeo, no sólo no le ha hecho daño a la muchacha, como creéis, sino que es él quien está muerto [19].

---

[19] Es el monstruo al que mató Perseo, salvando a Andrómeda.

NEREIDAS.—¿A mano de quién, Tritón? ¿Acaso Cefeo puso como señuelo a la muchacha, lo atacó y lo mató, tendiéndole una emboscada con muchas tropas?

TRITÓN.—No. Veamos, creo que vosotros conocéis, Ifianasa, a Perseo, el hijo de Dánae, el que fue arrojado al mar con su madre en una caja por su abuelo materno; vosotras, movidas a compasión por ambos, los salvasteis.

IFIAN.—Sé de quién estás hablando; debe ser ya un muchacho de noble y hermoso aspecto.

TRITÓN.—El fue quien dio muerte al monstruo.

IFIAN.—¿Y por qué, Tritón? Pues no tenía que darnos tal recompensa por su salvación.

TRITÓN.—Voy a contároslo yo todo como sucedió; Perseo había sido enviado contra las Gorgonas, para dirimir esta contienda por orden del rey [20], y cuando llegó a Libia...

IFIAN.—¿Cómo, Tritón? ¿Solo? ¿O llevó a otros aliados consigo? Porque, además, el camino es dificultoso.

TRITÓN.—Viajó por el aire, pues Atenea le proporcionó alas. Pues bien, cuando llegó donde ellas habitaban, según creo estaban durmiendo y Perseo le cortó a Medusa la cabeza y huyó volando.

IFIAN.—¿Y cómo hizo para verlas? Porque son invisibles. Y si alguien las viera, ya no podría ver después otra cosa.

TRITÓN.—Atenea presentó su escudo... (así se lo oí yo cuando él se lo contaba a Andrómeda y más tarde a Cefeo); Atenea, como decía, le dio la oportunidad de ver la imagen de Medusa sobre su escudo resplandeciente, como si fuera un espejo; luego, la cogió por la cabellera con la mano izquierda, mirando siempre a la imagen, le cortó la cabeza con la hoz que llevaba en la mano derecha y levantó el vuelo antes de que se despertaran sus hermanas. Una vez que llegó a esta parte de Etiopía bañada por el mar, cuando ya volaba

[20] Polidectes, rey de Sérifo, que quería desembarazarse de Perseo para casarse con Dánae.

sobre la costa, vio a Andrómeda, que estaba clavada a una roca saliente, hermosísima, oh dioses, con la cabellera suelta, semidesnuda muy por debajo de los pechos; al principio, compadecido de su desgracia, le preguntó la causa de su castigo, pero al poco tiempo, preso de amor —pues era preciso salvar a la muchacha— decidió ayudarla. Y cuando el monstruo se acercaba, muy terrible, como para devorarla, el joven, elevándose en el aire, le golpea con una mano con la hoz que empuña y con la otra le muestra la Gorgona y lo convierte en piedra; está muerto y la mayor parte de sus miembros petrificados, los que vieron a la Medusa. Perseo soltó las ligaduras de la muchacha, le tendió una mano y la sostuvo cuando bajaba de puntillas por las lisuras de la roca. Ahora la está tomando por esposa en la mansión de Cefeo y luego se la llevará a Argos, de modo que, en vez de muerte, encontró una boda, y no una cualquiera.

IFIAN.—Por mi parte, no me duele demasiado lo ocurrido, pues ¿en qué nos agravió la muchacha, por ensoberbecerse su madre y pretender ser más bella que nosotras?

DORIS.—Es que, al ser madre Andrómeda, habría sufrido por su hija.

IFIAN.—No nos acordemos más de ello, Doris, de que una mujer bárbara haya querido presumir más de lo conveniente, que bastante satisfacción nos dio temiendo por su hija. Alegrémonos, pues, por la boda.

XV

CÉFIRO Y NOTO

CÉFIRO.—Desde que existo y soplo, no he visto nunca una procesión más grandiosa en el mar. ¿Tú no la viste, Noto?

NOTO.—¿A qué procesión te refieres, Céfiro? ¿Quiénes la formaban?

CÉFIRO.—Te has perdido un bellísimo espectáculo, como no podrías ver otro igual.

NOTO.—Es que estaba trabajando en el mar Rojo; soplaba también sobre parte de la India, la parte litoral del país; por ello no sé nada de lo que dices.

CÉFIRO.—Pero ¿tú conoces a Agenor el sidonio?

NOTO.—Sí, el padre de Europa. ¿De qué se trata?

CÉFIRO.—Precisamente de ella voy a hablarte.

NOTO.—¿Es que vas a decirme que Zeus está enamorado de la muchacha hace mucho tiempo? Porque eso sí que hace tiempo que lo sé.

CÉFIRO.—Efectivamente, tú conoces ese amor, pero escucha lo que viene a continuación. Europa había bajado a la playa con sus compañeras, para solazarse; Zeus, que había tomado forma de toro, jugaba con ellas; tenía un aspecto hermosísimo, completamente blanco, con los cuernos bien curvados y la mirada mansa; pues bien, también él brincaba en la playa y mugía amablemente, hasta el punto que Europa se atrevió incluso a montar sobre él. Cuando ocurrió esto, Zeus se lanzó a la carrera hacia el mar, llevando a la muchacha, se lanzó al agua y se puso a nadar, mientras ella, aterrorizada por lo ocurrido, con la mano izquierda se aferraba a un cuerno, para no resbalar, mientras con la derecha sujetaba su peplo, agitado por el viento.

NOTO.—Hermosa escena de amor contemplaste, Céfiro, a Zeus llevando a nado a su enamorada...

CÉFIRO.—Pues, en realidad, lo que vino a continuación fue mucho más agradable, Noto; pues el mar quedó al punto sin olas, atrajo la calma y presentábase liso; nosotros permanecíamos todos tranquilos y los acompañábamos, sin ser otra cosa que espectadores de lo que estaba ocurriendo; unos Amorcillos sobrevolaban un poco por encima del mar, de modo que a veces tocaban el agua con las puntas de los pies; llevaban antorchas encendidas y entonaban a coro el himeneo; las Nereidas, que habían emergido del mar, cabalgaban

sobre delfines y aplaudían, semidesnudas en su mayoría; la familia de los Tritones y demás seres marinos de aspecto agradable, danzaban todos en torno a la muchacha; el propio Posidón, montado en su carro, con Anfitrite sentada a su lado, presidía gozoso el cortejo, abriendo camino a su hermano, que venía nadando; detrás de todos, dos Tritones llevaban a Afrodita sentada en una concha, esparciendo toda clase de flores sobre la novia. Todo esto ocurrió desde Fenicia hasta Creta; pero una vez que arribó a la isla, ya no volvió a verse más el toro, sino que Zeus, tomándola de la mano, condujo a la cueva Dictea a Europa, con el rostro ruborizado y la mirada baja, pues ya sabía con qué finalidad la llevaba. Y nosotros, precipitándonos, con nuestro soplo levantábamos distintas partes del mar.

NOTO.—Dichoso tú, Céfiro, por el espectáculo; en cambio, yo veía grifos, elefantes y hombres negros.

Diálogos de las cortesanas

I

GLÍCERA Y TAIS

GLÍCERA.—Tais, ¿te acuerdas de aquel soldado Acarnanio, que hace tiempo tuvo relaciones con Abrótono y luego se enamoró de mí (me refiero al que iba vestido de púrpura y llevaba una clámides), ¿sabes de quién estoy hablando o te has olvidado del individuo?

TAIS.—No, querida Glícera, lo recuerdo, e incluso que bebía con nosotras el pasado año en las *Haloas* [1]. Pero a qué viene esto? Porque parece que tienes algo que decir sobre él.

---

[1] Fiestas en honor de Deméter que se celebraban después de la cosecha. La palabra griega ἀλωή propiamente significa granja, ᾅλως es la era para trillar el grano y Deméter, diosa de los cereales, tenía el epíteto de Haloae o «guardiana de las granjas y los granos». Estas fiestas también se llamaban Tesmoforias y sólo participaban en ellas mujeres. Se celebraban entre 11 y 13 del mes de Pianepsion, correspondiente a octubre-noviembre.

GLÍCERA.—La muy asquerosa Gorgona, haciéndose pasar por amiga mía, lo ha seducido a espaldas mías y me lo ha arrebatado.

TAIS.—¿Entonces ahora ya no se te acerca y ha convertido a Gorgona en su querida?

GLÍCERA.—Sí, Tais, y este asunto me ha afectado mucho.

TAIS.—Mal asunto, Glicerita, pero no inesperado, pues es algo que suele sucedernos a nosotras las hetairas. Por ello no debes afligirte demasiado ni hacerle reproches a Gorgona; tampoco antes te lo reprochó a ti Abrótono, a pesar de que erais amigas. Sin embargo, me sorprende qué atractivos pudo encontrar en ella el soldado ese, a no ser que esté completamente ciego, ya que no ha visto que tiene la cabellera rala y le deja una profunda entrada en la frente; su labios están lívidos y el pescuezo fláccido, con las venas muy marcadas y la nariz enorme. Su única ventaja es que tiene buena estatura, anda erguida y sonríe muy seductoramente.

GLÍCERA.—¿Tú crees, Tais, que el Acarnanio se ha enamorado de ella por su belleza? ¿No sabes que Crisarión, su madre, es una maga que conoce algunos ensalmos tesalios y sabe hacer bajar la luna? Dicen que incluso vuela por la noche. Ella es la que hizo perder el conocimiento al soldado dándole a beber sus brebajes y ahora le sacan la cosecha.

TAIS.—También tú se la sacarás a otros, querida Glícera; deja que éste se vaya al diablo.

II

MIRTIÓN, PÁNFILO Y DÓRIDE

MIRTIÓN.—¿Vas a casarte, Pánfilo, con la hija de Filón el armador? Incluso se afirma que ya te has casado con ella. ¿Es que se han esfumado en un momento tan-

tos juramentos sagrados y tantas lágrimas? ¿Te has olvidado de Mirtión precisamente ahora, Pánfilo, cuando estoy ya de ocho meses? Esto es lo único que he conseguido de tu amor, que me has hecho una tripa enorme y pronto tendré que criar un niño, cosa molestísima para una hetaira. Porque yo no voy a exponer[2] a mi hijo, sobre todo si nace varón, sino que lo llamaré Pánfilo y lo retendré como consolación de mi amor, y algún día te echará en cara tu deslealtad a su desventurada madre. Además, te vas a casar con una muchacha que no es hermosa. La vi el otro día con su madre en las Tesmoforias[3], cuando yo aún no sabía que por su culpa no volveré a ver a Pánfilo. Fíjate bien en ella antes (de que sea tarde) y mírale el rostro y los ojos, no vaya a fastidiarte si tiene los ojos demasiado acerados ni te irrite que los tenga bizcos y se miren recíprocamente. Pero ya has visto al padre de la muchacha, conoces bien la cara de Filón y no tienes ninguna necesidad de mirar a la hija.

PÁNFILO.—¿Cuánto tiempo tendré que seguir escuchando tus chismes sobre mozas y tus relatos de bodas con familias de armadores? ¿Conozco yo alguna moza chata o alguna niña guapa? ¿O que Filón el del demo de Alopece[4] (pues creo que estás hablando de él) tiene una hija en edad de matrimonio? Sin embargo, este hombre ni siquiera es amigo de mi padre. Recuerdo, en efecto, que no hace mucho tiempo lo llevó a juicio a propósito de una deuda. Le debía, según creo, un talento a mi padre y no quería pagárselo, mi padre lo llevó ante los jueces marítimos y con dificultades se lo hizo pagar, aunque no en su totalidad, según afirmaba mi padre. Si yo hubiera decidido casarme, ¿iba a rechazar a la hija de Demeas, que fue estratego el año pasado, que además es prima mía por parte de mi ma-

2 Abandonar a un recién nacido a la puerta de un templo, de una casa o en cualquier sitio público.

3 Ver nota 1.

4 Es el nombre de un demo (distrito) del Atica, de la tribu Antióquida.

dre, y me habría casado con la hija de Filón? ¿Dónde has oído esas historias? ¿O qué vanos celos te has inventado, Mirtión, en tu lucha contra las sombras?

MIRTIÓN.—¿No te vas a casar entonces, Pánfilo?

PÁNFILO.—¿Desvarías, Mirtión, o es que estás borracha? Aunque ayer no nos emborrachamos mucho.

MIRTIÓN.—Ha sido Dióride la que me ha dado este susto; la envié a comprar lana para mi vientre y para que ofreciera plegarias a la diosa de los partos [5] en mi nombre; dijo que se encontró con Lesbia..., pero es mejor que tú misma, Dóride, le digas lo que oíste, a no ser que te lo hayas inventado.

DÓRIDE.—¡Que me muera, señora, si dije una sola mentira! Cuando llegué al Pritaneo, me vino al encuentro Lesbia sonriente y me dijo: «Vuestro amante Pánfilo se va a casar con la hija de Filón.» Y por si no me fiaba, me invitó a echar una ojeada a vuestra callejuela para ver las guirnaldas colgadas por todas partes, las flautistas, el alboroto y a la gente que cantaba el himeneo.

PÁNFILO.—¿Y qué? ¿Echaste la ojeada, Dóride?

DÓRIDE.—Sí, desde luego, y vi todo lo que me dijo.

PÁNFILO.—Comprendo el error. No era falso todo lo que Lesbia te contó a ti y tú le contaste la verdad a Mirtión. Sólo que os asustasteis inútilmente, pues la boda no se celebraba en nuestra casa, sino que ahora recuerdo lo que oí decir ayer a mi madre cuando regresaba de vuestra casa: «Pánfilo, me dijo, Cármides, hijo de Aristeneto, nuestro vecino, que tiene la misma edad que tú, se casa ya y se comporta sensatamente; en cambio tú, ¿hasta cuándo vas a estar viviendo con una hetaira?» Mientras oía contra mi voluntad tales amonestaciones, me quedé dormido. Al día siguiente, al amanecer, salí de mi casa, de modo que no vi nada de lo que posteriormenmente vio Dóride. Pero si no te fías, regresa de nuevo, Dóride, y mira bien, no en la callejuela, sino en la puerta, y fíjate en cuál de las

[5] Alude a un sobrenombre de Artemis, en tanto que presidía los partos.

dos es la que está adornada con guirnaldas; descubrirás que es la de los vecinos.

MIRTIÓN.—Me has salvado la vida, Pánfilo, porque me habría ahorcado si me hubiera ocurrido una cosa parecida.

PÁNFILO.—No hubiera podido ocurrir. ¡Ojalá nunca llegue a estar tan loco que me olvide de Mirtión, precisamente ahora que me va a dar un hijo.

III

FILINA Y SU MADRE

MADRE.—¿Perdiste el juicio anoche en el banquete, o qué te pasó, Filina? Esta mañana, muy temprano, vino a verme Dífilo llorando y me contó cómo lo trataste; dijo que te habías emborrachado, que te levantaste y que te pusiste a bailar en medio de la sala, a pesar de que él trató de impedirlo, que luego besaste a Lamprias, su compañero, y en vista de que Dífilo se disgustó contigo, le abandonaste, te fuiste al lado de Lamprias y le echaste los brazos al cuello, mientras Dífilo se sentía congestionado de ira por lo que estaba ocurriendo. Pero ni siquiera durante la noche, me imagino, te acostaste con él, sino que lo dejaste llorando y tú sola te tumbaste en un diván cercano, cantando canciones y molestándole.

FILINA.—Desde luego, madre, no te contó lo que hizo él, porque de otro modo no defenderías a un hombre que me trató con tanta insolencia. Me dejó a un lado y charlaba con Tais, la hetaira de Lamprias, ya que éste todavía no había llegado. Cuando vio que yo estaba disgustada y que le hacía señas de desaprobación por lo que hacía, cogió a Tais por el lóbulo de la oreja, la hizo doblar el cuello y la besó tan apretadamente que a duras penas pudo ella dejar sus labios libres. Yo

me eché a llorar, pero él se reía y le susurraba sin parar a Tais al oído, contra mí evidentemente, y Tais miraba hacia mí y sonreía. Cuando se dieron cuenta de que Lamprias se acercaba y se hartaron de besarse, yo fui a pesar de todo a tumbarme al lado de Dífilo, para que ni siquiera esto pudiera reprocharme más tarde. Tais entonces se levantó y salió a bailar la primera, con las piernas desnudas hasta muy arriba, como si fuera la única que tuviera hermosos tobillos; cuando ella terminó, Lamprias estaba callado y no dijo nada, pero Dífilo la elogiaba muchísimo por su buen ritmo y por la danza, la armonía de su pie con la cítara, la belleza de sus tobillos y otras mil lindezas, como si estuviera elogiando la Sosandra de Cálamis[6] y no a Tais, cuya apariencia conoces, ya que se baña con nosotras. ¡Y cómo empezó Tais a burlarse en seguida de mí!: «Cualquiera que no se avergüence», decía, «de tener las piernas pellejudas, se levantará y danzará». ¿Qué podía yo decir, madre? Me levanté y me puse a danzar. ¿Qué otra cosa iba a hacer?, ¿contenerme y dar por verdadera la burla, dejando que Tais fuera la reina del festín?

MADRE.—Has puesto demasiado orgullo, hija; no deberías preocuparte. Dime, sin embargo, lo que ocurrió después.

FILINA.—Todos los demás me elogiaban, sólo Dífilo seguía tumbado de espaldas mirando al techo, hasta que me cansé y dejé de bailar.

MADRE.—¿Y lo de que besaste a Lamprias y que cambiaste de sitio para abrazarlo, ¿es verdad? ¿Por qué te callas? Esa conducta ya no merece disculpa.

FILINA.—Es que quería corresponder a sus vejaciones con las mías.

MADRE.—¿Y luego ni siquiera te acostaste con él, sino que incluso cantabas mientras él lloraba? Pero, hija

[6] Cálamis es un escultor del tiempo de Pericles. Sosandra era una estatua de Afrodita que se encontraba en la Acrópolis de Atenas.

mía, ¿es que no te has dado cuenta de que somos pobres? ¿No te acuerdas de cuántos bienes hemos recibido de él o de cómo habríamos pasado el invierno el año anterior si Afrodita no nos lo hubiera enviado?

FILINA.—¿Y qué? ¿Tengo yo que soportar sus insolencias por ello?

MADRE.—Enfádate, pero no le devuelvas sus agravios. ¿No sabes que los enamorados no dejan de insultarse y de hacerse reproches a sí mismos? Tú siempre has sido muy dura con este muchacho; procura, de acuerdo con el proverbio, que no se te rompa la cuerda por haberla tensado demasiado.

IV

MELITA Y BÁQUIDE [7]

MELITA.—Báquide, si conoces a alguna vieja, como las que se dice que hay muchas en Tesalia, que con sus conjuros mágicos hacen deseable a una mujer, por muy odiada que sea, búscame una y tráemela. ¡Que la suerte te acompañe! Con gusto le daría mis vestidos y este oro, con la única condición de ver que vuelve de nuevo Carino a mi lado y que odia a Símique como a mí me odia ahora.

BÁQUIDE.—¿Qué dices? ¿Ya no vivís juntos? ¿Se ha ido Carino con Símique y te ha abandonado a ti, Melita, por quien soportó tantos disgustos de sus padres, cuando no quiso casarse con aquella muchacha rica, que aportaba, según decían, cinco talentos como dote? Estoy informada por haberlo oído de tus propios labios.

MELITA.—Todo eso se ha esfumado, Báquide, y éste es ya el quinto día que ni siquiera le he visto, sino que beben en casa de su compañero Pámenes, él y Símique.

---

[7] Este tipo de escenas abunda en la literatura bucólica sobre todo. Teócrito, *Idilio,* II; Virgilio, *Egloga,* VIII; Horacio, *Epodo,* V.

BÁQUIDE.—Es terrible lo que te pasa, Melita. Pero ¿qué es lo que os separó? Porque parece que ha sido algo importante.

MELITA.—Ni siquiera puedo contarte la historia completa. El otro día, cuando volvía del Pireo —había bajado, según creo, a reclamar una deuda por encargo de su padre—, ni siquiera me miró al entrar ni dejó que me acercara cuando corrí hacia él según mi costumbre, sino que me rechazó al querer abrazarle, diciendo: «Vete con el armador Hermótimo o lee lo que hay escrito en los muros del Cerámico [8], donde vuestros nombres están inscritos en una estela.» «¿De qué Hermótido, de quién o de qué estela estás hablando?», dije. Pero él, sin responder ni tomar nada de cena, se acostó dándome la espalda. ¿Cuántas tretas crees que imaginé ante esta situación? Intenté abrazarle, hacerle dar la vuelta y le besé la espalda en vista de que seguía con el dorso vuelto, pero él no se ablandó ni una pizca, sino que dijo: «Si me sigues molestando, me iré inmediatamente aunque sea medianoche.»

BÁQUIDE.—Pero ¿conoces a Hermótimo?

MELITA.—Que me veas en una situación más desdichada que la que ahora soporto, querida, si yo conozco a algún armador que se llame Hermótimo. De todos modos, Carino se marchó al amanecer, nada más despertarse con el canto del gallo; yo entonces recordé que él había dicho que mi nombre estaba escrito sobre un muro del Cerámico y envié a Acide a que mirara. Ella no encontró ninguna otra cosa que esta inscripción cerca del Dipilón, a mano derecha según se entra: «Melita ama a Hermótimo», y de nuevo un poco más abajo: «El armador Hermótimo ama a Melita.»

BÁQUIDE.—¡Vaya con los jovenzuelos refitoleros! Ahora lo entiendo todo. Alguien que quería fastidiar a Carino escribió ese texto, sabiendo que era celoso; Carino se lo creyó en seguida. Si lo veo en alguna parte,

[8] Allí vivían los ceramistas; es también famoso su cementerio.

tendré unas palabras con él; es un niño todavía y no tiene experiencia.

MELITA.—¿Y dónde lo vas a poder encontrar, si se ha encerrado con Símique? Sus padres todavía lo buscan en mi casa. ¡Si encontráramos a alguna vieja, Báquide, como decía! Su presencia me salvaría.

BÁQUIDE.—Sucede, queridísima amiga, que hay una hechicera muy adecuada, siria por su estirpe, todavía lozana y maciza, que en cierta ocasión, cuando Fanias se enfadó conmigo a la ligera, como te ha ocurrido con Carino, lo reconcilió conmigo al cabo de cuatro meses completos; cuando yo ya lo daba por perdido, volvió a mis brazos gracias a sus ensalmos.

MELITA.—¿Y cuánto te cobró la vieja, si es que todavía lo recuerdas?

BÁQUIDE.—No es mucho lo que cobra como sueldo, Melita, sólo una dracma y un pan, pero tienes que añadir, además de los granos de sal, siete óbolos, azufre y una antorcha. De todo ello se hace cargo la vieja; también ha de tener una cratera de vino mezclado con agua y debe bebérselo ella sola. Necesitarás, además, algo que sea de ese hombre, como un manto, unos zapatos, un mechón de sus cabellos o algo parecido.

MELITA.—Tengo sus zapatos.

BÁQUIDE.—Ella los cuelga de un clavo y los fumiga con azufre, mientras esparce la sal sobre el fuego. Luego recita vuestros dos nombres, el suyo y el tuyo. A continuación extrae de su seno una rueda mágica y la hace girar, mientras pronuncia con toda rapidez un ensalmo mágico compuesto de palabras extranjeras y escalofriantes. Esto es lo que hizo en aquella ocasión, y poco tiempo después, a pesar de los requerimientos de sus amigos y de las muchas súplicas de Fébide, con la que convivía a la sazón, Fanias volvió a mí, y fue el conjuro el que le hizo volver principalmente. Además, me enseñó el medio de excitar en él el odio contra Fébide, había que vigilar el momento en que él dejara la huella de su pie, borrarla y poner mi pie derecho sobre la marca del pie izquierdo de ella y mi pie iz-

quierdo sobre la huella del pie derecho suyo, diciendo al mismo tiempo: «Pisoteo tu huella y estoy por encima de ti.» Cumplí sus instrucciones como me mandó.

MELITA.—Date prisa, Báquide, date prisa, llama en seguida a la siria. Y tú, Acide, prepara el pan, el azufre y todo lo demás para el ensalmo.

V

CLONARIÓN Y LEENA

CLONARIÓN.—Hemos oído cosas sorprendentes acerca de ti, Leena; dicen que Megila, la rica lesbia, está enamorada de ti como un hombre, que vivís juntas y os dedicáis a no sé qué actividad recíproca. ¿Qué pasa?, ¿has enrojecido?, ¡ea!, dime si es verdad lo que se dice.

LEENA.—Es verdad, Clonarión. Y yo estoy avergonzada, por lo antinatural que es esto.

CLONARIÓN.—¡En nombre de la diosa Afrodita!, ¿de qué se trata?, ¿qué quiere la mujer?, ¿qué hacéis cuando estáis juntas? ¿Lo ves? Ya no me quieres, pues de otro modo no me ocultarías tales secretos.

LEENA.—Te quiero más que a ninguna otra amiga, pero ella es terriblemente viril.

CLONARIÓN.—No entiendo lo que dices, a no ser que se trate de una especie de fulana para mujeres. Dicen que hay mujeres así en Lesbos, con pinta de hombres, que no quieren tener comercio con hombres, sino que ellas mismas se acercan a las mujeres, como si fueran hombres.

LEENA.—De una cosa parecida se trata.

CLONARIÓN.—Entonces, Leena, explícamelo, cómo se insinuó primero, cómo tú te dejaste convencer y lo que vino después.

LEENA.—La propia Megila y otra mujer rica, Demonasa la corintia, con las mismas costumbres que Megila, ha-

bían organizado una fiesta y me habían contratado a mí también para que les tocara la cítara. Cuando dejé de tocar ya era muy tarde y había que acostarse; ellas estaban borrachas. «¡Ea! —me dijo—, Leena, es un buen momento para irnos a la cama, acuéstate aquí en medio de nosotras.»

CLONARIÓN.—¿Y te acostaste? ¿Qué pasó luego?

LEENA.—Al principio me besaban como los hombres, no sólo ajustando sus labios a los míos, sino que entreabrían la boca y me abrazaban, apretándome los pechos. Demonasa incluso me mordía mientras me besaba. Yo no sabía cómo interpretar lo que ocurría. Por fin Megila, que estaba ya muy caliente, se quitó la peluca de la cabeza (llevaba una peluca muy bien imitada y perfectamente ajustada) y apareció pelada al cero, afeitada como hacen los atletas muy viriles. Yo al verla me quedé turbada, pero ella me dijo: «¿Has visto alguna vez, Leena, a un muchacho tan hermoso?» «Yo no veo aquí a ningún joven, Megila», dije. «No me afemines —dijo—, pues yo me llamo Megilo y hace tiempo que me casé con Damonasa; es mi mujer.» Ante estas palabras, Clonarión, yo me eché a reír y dije: «¿Entonces tú, Megilo, nos has estado ocultando que eres un hombre, como dicen que Aquiles se ocultaba entre las doncellas, y tienes tu virilidad y te comportas como un hombre con Demonasa?» «Aquello no lo tengo, Leena —dijo—, pero no lo necesito en absoluto; tengo una manera muy propia y mucho más agradable de hacer el amor, como vas a ver.» «¿Entonces eres un hermafrodita —pregunté yo—, con los atributos de ambos sexos, de los que se dice que hay muchos?» Porque yo, Clonarión, todavía ignoraba estas cosas. «No —respondió—, sino que soy un hombre completo.» «Oí decir —seguí hablando yo— a la flautista beocia Ismenodora, cuando contaba relatos tradicionales de su país, que una mujer en Tebas se había transformado en hombre y que este hombre había llegado a ser un magnífico adivino, Tiresias se llamaba, según creo. ¿Acaso a ti te ha ocurrido algo parecido?»

«No, Leena —respondió—, yo nací mujer igual que vosotras, pero mi pensamiento, mis deseos y todo lo demás lo tengo como un hombre.» «¿Y te basta con los deseos?», dije yo. «Si no te fías de mí, dame una oportunidad, Leena, y te darás cuenta de que no me falta nada de lo que tienen los hombres, pues tengo una cosa a cambio de su virilidad. Tú déjate hacer y lo verás.» Yo me dejé hacer, Clonarión, en vista de sus súplicas insistentes y de que me regaló un collar de mucho precio y finísima lencería. Luego yo la abracé como a un hombre y ella puso manos a la obra y me besaba y suspiraba y daba la impresión de que disfrutaba de una manera exagerada.

CLONARIÓN.—¿Y qué te hacía, Leena, y cómo lo hacía? Dime esto sobre todo.

LEENA.—No preguntes con tanto detalle, que es de mal gusto; aparte de que, te lo juro por la Celeste [9], no te lo podría decir.

VI

CRÓBILE Y CORINA

CRÓBILE.—Bueno, Corina, ya te has enterado de que no es tan espantoso como creías convertirte de virgen en mujer. Has estado con un guapo mozo y has conseguido tu primer salario, una mina [10], con la que te voy a comprar inmediatamente un collar.

CORINA.—Sí, mamaíta, y que tenga algunas cuentas encarnadas, como el de Filénide.

CRÓBILE.—Así será. Pero escucha también las otras instrucciones de mi parte sobre lo que tienes que hacer y cómo tienes que comportarte con los hombres. Por-

---

[9] Sobrenombre de Afrodita.

[10] Es una moneda de mucho valor, equivalente a cien dracmas.

que para nosotras no hay otro medio de vida, hija mía, y tú sabes perfectamente cómo hemos ido tirando estos dos últimos años, desde que murió tu pobre padre. Cuando él vivía, teníamos de todo en cantidad suficiente, pues trabajaba como herrero y tenía una gran reputación en el Pireo; aún puedes oír a todo el mundo que jura diciendo que no habrá otro herrero como Filino. Después de su muerte, primero vendí las tenazas, el yunque y el martillo por dos minas, con las que nos mantuvimos siete meses; luego iba consiguiendo con dificultades los alimentos, unas veces tejiendo, otras moviendo la lanzadera o haciendo girar el huso. Te iba alimentando, hija mía, poniendo en ti mis esperanzas.

CORINA.—¿Te refieres a la mina que acabo de ganar?

CRÓBILE.—No, pero yo calculaba que al llegar a la edad que tienes ahora me mantendrías a mí, te equiparías fácilmente a ti misma, serías rica y tendrías trajes de púrpura y criadas.

CORINA.—¿Cómo decías, madre? ¿Qué quieres decir con eso?

CRÓBILE.—Me refiero a la convivencia con los muchachos, a beber con ellos y a compartir su lecho por un salario.

CORINA.—¿Como Lira, la hija de Dáfnide?

CRÓBILE.—Sí.

CORINA.—Pero ella es una ramera.

CRÓBILE.—Eso no tiene nada de malo. Pues tú serás rica como ella y tendrás muchos amantes. ¿Pero por qué lloras, Corina? ¿No ves cuántas rameras hay, cómo son de solicitadas y cuánto dinero ganan? Al menos en lo que se refiere a la hija de Dáfnide, yo la he conocido, mi querida Adrastea [11], vestida de harapos antes

---

[11] Adrastea «de la que no se puede escapar», es un sobrenombre de Némesis, personificación de la venganza divina. Se la solía invocar para desarmar la envidia de los dioses haciendo un acto de humildad. En nuestro caso, tal vez Cróbile esté celosa de Lira y ponga su prosperidad en conocimiento de la vengativa diosa. Ver nota siguiente.

de llegar a la flor de su juventud. En cambio ahora ya ves cómo sale de su casa, llena de oro, con sus trajes floridos y sus cuatro criadas.

CORINA.—¿Y cómo consiguió Lira todo eso?

CRÓBILE.—En primer lugar, se arreglaba atractivamente, llevaba hermosos vestidos y era alegre con todos, pero sin soltar carcajadas a la ligera, como tú sueles hacer, sino que sonreía de modo agradable y seductor; además es hábil en el trato con los hombres, no trata de engañar si alguien se le acerca o la manda llamar ni toma personalmente la iniciativa. Si alguna vez acepta dinero por ir a una cena, ni se emborracha —pues es algo ridículo y los hombres odian a las que se comportan así— ni se empapuza de comida groseramente, sino que apenas toca el manjar con las puntas de los los dedos, come sin ruido, sin hinchar nunca las dos mejillas a la vez; bebe lentamente, no de un trago, sino a pequeños sorbos.

CORINA.—¿Incluso si tiene sed, madre?

CRÓBILE.—Entonces más que nunca, Corina. Además, no habla más de lo necesario ni hace burla de ninguno de los presentes, sino que mira únicamente al que la contrató; con este comportamiento todos la aprecian. Cuando hay que irse a la cama, nunca se comporta de manera impúdica o descuidada, sino que se concentra en el único objetivo de seducir a su cliente y hacer que se enamore de ella. Esto es lo que todos alaban en ella. Si tú pudieras aprender estas habilidades, también nosotras seríamos felices como ella, ya que en todo lo demás le llevas mucha ventaja..., pero no digo nada más, querida Adrastea [12], sino que sólo te deseo que tengas larga vida.

CORINA.—Dime, madre, ¿todos los que contratan son parecidos a Eucrito, con el que me acosté ayer?

---

[12] Esta *aposiopesis,* reticencia, con interrupción brusca del discurso, se produce porque Cróbile se da cuenta de que su jactancia y los elogios excesivos sobre su hija pueden incurrrir en la cólera envidiosa de Némesis.

CRÓBILE.—No todos; algunos son mejores, otros son ya más maduros y algunos incluso no están muy favorecidos físicamente.

CORINA.—¿Y también tengo que acostarme con ésos?

CRÓBILE.—Sobre todo con ésos, hija mía, porque éstos son los que más pagan; los guapos sólo pretenden ser guapos y tú tienes que preocuparte siempre del aumento de honorarios, si quieres que en poco tiempo todas te señalen con el dedo diciendo: «¿No ves cómo ha conseguido una gran riqueza Corina, la hija de Cróbile, y ha hecho a su madre tres veces más feliz?» ¿Qué me dices? ¿Lo harás? Yo sé que lo harás y que podrás aventajar fácilmente a todas tus rivales. Y ahora, anda y ve a bañarte, por si viniera también hoy el joven Eucrito, ya que lo prometió.

VII

MUSARIÓN Y SU MADRE

MADRE.—Musarión, en el caso de que encontremos otro amante como Quéreas, tendremos que sacrificar una cabra blanca a Afrodita común, una novilla a la Afrodita celeste que está en los jardines [13] y ofrecerle una corona a la diosa Deméter, dispensadora de riquezas. ¡Tan afortunadas y enormemente felices seremos! Tú ya ves lo que conseguimos ahora de tu joven, que ni siquiera te dio un óbolo alguna vez, ni un vestido, ni unos zapatos, ni un frasco de perfume; siempre excusas y promesas y grandes esperanzas y mucho decir lo de «si mi padre... [14] y llego a ser dueño de la herencia paterna y todo será tuyo». Y tú aún pretendes que ha jurado hacerte legalmente su esposa.

---

[13] Se refiere a una estatua obra de Alcamenes (*Pausanias,* I, 19, 2 y Plinio, *Naturalis Historia,* XXXVI, 16).

[14] «Se muere».

MUSARIÓN.—Lo juró, madre, por las diosas y por la Políada [15].

MADRE.—Y por lo que se ve, tú te lo crees, y por eso el otro día, cuando él no tenía para pagar su parte en el convite, tú le diste tu anillo sin que yo lo supiera, y él lo vendió y se lo gastó en vino; también le diste los dos collares jónicos, que pesaban cada uno dos dáricos y que te había traído Traxias de Quíos el armador, mandados hacer de encargo en Efeso. Naturalmente, Quéreas tenía que aportar su cuota en el convite con sus amigos. ¿Y qué podría añadir en cuanto a telas finas y túnicas? ¡Realmente, vaya mina ha sido para nosotras este joven y menudo provecho le hemos sacado!

MUSARIÓN.—Pero es guapo y barbilampiño, afirma que está enamorado y llora; además es hijo de Dinómaque y de Laques el Areopagita, y promete que nos casaremos; tenemos grandes esperanzas en lo que a él se refiere, con sólo que el viejo cierre los ojos.

MADRE.—Entonces, Musarión, si necesitamos calzarnos y el zapatero nos pide dos dracmas, le diremos: «No tenemos dinero, pero coge alguna de nuestras esperanzas.» Al panadero le diremos lo mismo, y cuando nos reclamen el importe del alquiler diremos: «Espera hasta que Laques el de Coliteo se muera. Te pagaré después de la boda.» ¿No te da vergüenza de ser la única ramera que no tiene ni pendientes, ni collar, ni un vestido de Tarento?

MUSARIÓN.—¿Y qué, madre? ¿Acaso ellas son más felices y más bellas que yo?

MADRE.—No, pero sí más inteligentes y conocen su oficio de hetairas y no confían en palabritas ni en jovenzuelos que tienen el juramento a flor de labios. Tú, en cambio, eres fiel y estás enamorada y no dejas entrar a nadie que no sea Quéreas. Precisamente el otro día,

[15] Deméter y su hija Perséfone. La Políada es Atenea, que recibía culto con este nombre en el templo más antiguo de Atenas, con advocación distinta de Atenea Párteno (*virgen*) y Atenea Prómaco (*Defensora*).

cuando vino el labrador Acarniense, por cierto también barbilampiño, y te ofreció dos minas [16] (importe del vino que había vendido por encargo de su padre), tú te burlaste de él y te acostaste con tu Adonis Quéreas.

MUSARIÓN.—¿Y qué? ¿Tenía que haber dejado a Quéreas y abrirle los brazos a aquel campesino que apesta a macho cabrío? Como se suele decir, mi Quéreas tiene la piel lisa y es como un cerdito Acarniense [17].

MADRE.—Estamos de acuerdo; el otro es un paleto y huele muy mal. Pero ¿qué pasa con Antifonte, que te prometía una mina?, ¿por qué no le recibiste? ¿No era un hombre guapo, simpático y de la misma edad que Quéreas?

MUSARIÓN.—Sí, pero Quéreas amenazó con degollarnos a ambos si me sorprendía con él.

MADRE.—¿Y cuántos otros han proferido esas mismas amenazas? ¿Es que te vas a quedar sin novios por eso y mantendrás tu castidad, no como una hetaira, sino como si fueras sacerdotisa de la Legisladora [18]? Bueno, no voy a decir nada más; hoy es la fiesta de las Haloas [19]. ¿Qué te ha regalado para la fiesta?

MUSARIÓN.—No tiene qué regalar, mamaíta.

MADRE.—¿Entonces él es el único que no ha encontrado algún truco para engañar a su padre, que no le ha enviado un criado para pegársela, que no le ha pedido nada a su madre, amenazándola con irse a la guerra enrolándose como marinero si no conseguía nada? Se queda sentado, arruinándonos, sin darnos nada ni permitir cobrar a los que pagan. Y tú, Musarión, ¿crees que siempre vas a tener dieciocho años? ¿O que Quéreas tendrá los mismos sentimientos cuando también él sea rico y su madre consiga encontrarle un matri-

---

16 Doscientas dracmas de plata.

17 Pasaje difícil de traducir. La palabra Χοίρισκος en Aristófanes designa los órganos sexuales externos de la mujer.

18 Se refiere a Deméter, que enseñó a los hombres el cultivo de los campos e instituyó el matrimonio, con el que se creó la sociedad civil.

19 Ver nota 1 a estos diálogos.

monio que le suponga mucho dinero? ¿Tú crees que se acordará entonces todavía de las lágrimas, de los besos o de los juramentos, cuando vea por su bella cara una dote tal vez de cinco talentos?

MUSARIÓN.—El se acordará; aquí tienes la prueba: sigue sin casarse y se ha negado a hacerlo, a pesar de las intimidades y amenazas a que se ve sometido.

MADRE.—¡Ojalá no te esté mintiendo! Te volveré a recordar nuestra conversación cuando llegue el momento.

VIII

AMPÉLIDE Y CRÍSIDE

AMPÉLIDE.—Críside, si un hombre no está celoso, ni se irrita, ni te sacude nunca, ni te corta el pelo, ni te rasga los vestidos, ¿está enamorado todavía?

CRÍSIDE.—¿Acaso son ésas las únicas maneras de amor, Ampélide?

AMPÉLIDE.—Sí, éstas son las propias de un hombre fogoso, ya que todo lo demás, besos, lágrimas, juramentos y visitas frecuentes son la señal de un amor que está empezando y que todavía está en germen. En cambio, la llama cabal nace de los celos. De manera que si, según afirmas, Gorgias te sacude y siente celos, concibe favorables esperanzas y ruega que haga siempre lo mismo.

CRÍSIDE.—¿Lo mismo?, ¿qué dices?, ¿que siempre me esté sacudiendo?

AMPÉLIDE.—No, sino que se angustia cuando tú no tienes puestos tus ojos sólo en él, porque si no estuviera enamorado de ti, ¿de qué se iba a indignar si tienes otro amante?

CRÍSIDE.—Pero el caso es que no lo tengo. No tiene razón al suponer que aquel rico está enamorado de mí, simplemente porque lo mencioné el otro día.

AMPÉLIDE.—También es agradable que crea que los ricos se interesan por ti; así se angustiará más y por amor propio se afanará para que sus contrincantes no le aventajen.

CRÍSIDE.—Sin embargo, sólo se enfada y me pega, pero no me hace ningún regalo.

AMPÉLIDE.—Ya te lo hará —porque está celoso—, sobre todo si lo mortificas.

CRÍSIDE.—No comprendo por qué quieres que me sacuda, querida Ampélide.

AMPÉLIDE.—No es eso, Críside, sino que, en mi opinión, es así como nacen los grandes amores, cuando están convencidos de que no se les hace caso; en cambio, si cree que es el único poseedor, su pasión de alguna manera se marchita. Te lo digo yo, con veinte años completos de experiencia como hetaira, mientras que tú sólo tienes dieciocho años aún, me parece, o todavía no los has cumplido. Si quieres, te contaré lo que me ocurrió una vez, no hace muchos años todavía. Era mi amante Demofanto, el usurero que vive detrás del Pécilo[20]. Nunca me había dado más de cinco dracmas y pretendía ser mi dueño. Me amaba con un amor superficial, Críside, sin gemidos ni llantos, y no acudía a mi puerta en horas intempestivas, sino que sólo se acostaba conmigo de vez en cuando, y eso con largos intervalos. Un día que vino a mi casa y le cerré la puerta —pues estaba dentro Cálides el pintor, que me había mandado diez dracmas—; por ser la primera vez se marchó después de insultarme. Pasaron muchos días y yo no le mandé ningún recado, porque Cálides seguía en mi casa. Demofanto, que se había ido inflamando poco a poco de pasión, se enardeció ante la situación y un día se colocó ante mi puerta aguardando que abriera. Empezó a llorar, golpeaba, amenazaba con matarse, destrozó mis vestidos, hacía de todo y, al final, me dio un talento y me tuvo para él solo durante ocho meses completos. Su mujer andaba diciendo a

[20] Galería pintada por Polignoto en Atenas.

todo el mundo que yo lo había trastornado a base de drogas; naturalmente, mis drogas eran sus celos. De manera, Críside, que utilizas tú la misma droga para Gorgias. Este muchacho será rico si llega a ocurrirle algo a su padre.

IX

DÓRCADE, PANÍQUIDE, FILÓSTRATO Y POLEMÓN [21]

DÓRCADE.—Estamos perdidas, señora, estamos perdidas, Polemón ha vuelto rico de la guerra, según dicen, y yo misma le he visto vestido con un manto de púrpura, ceñido con un broche y acompañado de un numeroso séquito. Sus amigos al verle corrían hacia él para abrazarle. En este momento, al reconocer detrás de él a un criado que se había ido con él a la guerra, le dije, después de saludarle: «Dime, Parmeno, ¿cómo lo habéis pasado?, ¿habéis vuelto de las guerras con algo que merezca la pena?»

PANÍQUIDE.—No debías haberle dicho eso directamente, sino aquello de «muchísimas gracias a los dioses por haberos salvado, y en especial a Zeus hospitalario y a Atenea guerrera; mi señora preguntaba continuamente qué haríais y dónde estaríais», y si a esto hubieras añadido: «lloraba y siempre se estaba acordando de Polemón», hubiera sido mucho mejor.

DÓRCADE.—Todo eso se lo dije nada más empezar, aunque a ti no te lo dije porque quería contarte lo que oí. Porque así me dirigí en primer lugar a Parmeno: «¿Es que no os zumbaban los oídos, Parmeno? Porque mi señora siempre se acordaba de vosotros entre lágrimas, sobre todo si alguien volvía de la guerra y contaba que habían muerto muchos; entonces se mesaba

[21] Antonio Tovar da los nombres traducidos. Cabritilla, Panniquis, Filóstrato y Polemón.

los cabellos, se daba golpes de pecho y se entristecía ante cada noticia.»

PANÍQUIDE.—Bien, Dórcade, así es como había que hablar.

DÓRCADE.—Inmediatamente después le hice aquellas preguntas. Y él dijo: «Hemos vuelto en muy brillante situación.»

PANÍQUIDE.—¡Cómo! ¿No dijo antes que Polemón se acordaba de mí o que me echaba de menos, o que hacía plegarias por encontrarme viva?

DÓRCADE.—Habló mucho en ese sentido, pero lo principal fueron sus declaraciones sobre la mucha riqueza, oro, vestidos, criados, marfil; traía dinero en cantidad que no se podía contar, pero que medido en medimnos, daba muchos celemines[22]. El propio Parmeno llevaba en el dedo meñique un anillo enorme, poligonal, que tenía incrustada una piedra de tres colores y era roja por encima. Le dejé cuando quería contarme cómo franquearon el río Halis, cómo habían dado muerte a un tal Tirídates y cómo se había distinguido Polemón en la batalla contra los Pisidios. He venido corriendo a traerte estas noticias para que reflexiones sobre la situación. Porque si viene Polemón —y vendrá con toda seguridad en cuanto se sacuda a los conocidos— y haciendo preguntas descubre que Filóstrato está en la casa con nosotras, ¿qué crees que hará?

PANÍQUIDE.—Tratemos de encontrar una salida a estas dificultades, Dórcade, pues no es correcto despedir a éste, que acaba de darnos un talento, que además es un comerciante que tanto promete; tampoco es beneficioso dejar de recibir a Polemón a su regreso. Encima, es celoso, de manera que si ya resultaba muy insoportable cuando era pobre, ¿qué no sería capaz de hacer ahora?

DÓRCADE.—Pues ya se acerca. *(Llega Polemón.)*

PANÍQUIDE.—Me muero, Dórcade, en este apuro; estoy temblando.

---

[22] Medida de capacidad para cereales, que medía unos 52 litros.

DÓRCADE.—¡Y también viene Filóstrato!

PANÍQUIDE.—¿Qué va a ser de mí? ¡Ojalá me tragara la tierra!

FILÓSTRATO.—¿Por qué no bebemos, Paníquide?

PANÍQUIDE *(a Filóstrato)*.—Me has matado, compañero. *(A Polemón.)* Te saludo, Polemón, que apareces después de tanto tiempo.

POLEMÓN.—¿Y quién es éste que se acerca a vosotras? ¿Callas? ¡Bien, Paníquide! Aquí me tienes, que he venido en cinco días desde las Termópilas, presuroso para ver a una mujer como tú. Me merezco lo que me pasa, aunque te estoy agradecido, pues nunca más volverás a robarme.

FILÓSTRATO.—¿Y tú quién eres, buen hombre?

POLEMÓN.—¿Has oído hablar de Polemón, del demo de Estiria y de la tribu Pandiónide? Al principio mandaba mil soldados y ahora pone en pie de guerra cinco mil escudos, uno que era amante de Paníquide, cuando pensaba todavía que ella tenía sentimientos humanos.

FILÓSTRATO.—Pues ahora, capitán de mercenarios, te encuentras con que Paníquide es mía, ha cobrado un talento y cobrará otro en cuanto hayamos colocado las mercancías. Y ahora *(entrando en la casa de Paníquide)* acompáñame, Paníquide, y deja que éste se vaya a mandar mil hombres en el país de los Odrisas.

POLEMÓN.—Ella es libre y te seguirá si quiere.

PANÍQUIDE *(aparte)*.—¿Qué hago, Dórcade?

DÓRCADE.—Es mejor que entres, no puedes quedarte con Polemón mientras esté enfurecido, y aún se excitará más con los celos.

PANÍQUIDE *(a Filóstrato)*.—Entremos, si quieres.

POLEMÓN.—Pues os advierto que hoy beberéis por última vez, o en vano estoy yo aquí, después de haberme ejercitado con tantas muertes. ¡Aquí de los Tracios, Parmeno! ¡Que vengan equipados y que obstruyan la callejuela con su formación! ¡Que ocupen el centro los hoplitas, en ambas alas los honderos y los arqueros y el resto a retaguardia!

FILÓSTRATO *(volviéndose)*.—¡Mercenario! Nos hablas como si fuéramos niños pequeños y tratas de asustarnos con Mormo [23]. ¿Pero tú has matado alguna vez un gallo o has visto siquiera la guerra? Quizá estuviste de guardia en una fortaleza, al mando de media cohorte, por darte algún gusto.

POLEMÓN.—Pronto lo sabrás, cuando nos veas acercarnos al combate, con las armas resplandecientes.

FILÓSTRATO.—Venid sólo cuando estéis bien preparados. Yo y este Tibio aquí presente (que es mi único acompañante) os dispersaremos de tal manera atacándoos con piedras y cascotes, que ni siquiera sabréis dónde meteros.

XX

QUELIDONION Y DRÓSIDE [24]

QUELIDONION.—¿Ya no viene a visitarte el joven Clinias, Dróside? Porque ya hace mucho tiempo que no le he visto en vuestra casa.

DRÓSIDE.—Ya no viene, Quelidonion, pues su maestro le ha prohibido que venga a verme.

QUELIDONION.—¿Qué maestro? ¿Acaso te refieres a su maestro de gimnasia Diótimo? Porque ése es su amigo.

DRÓSIDE.—No es ése, sino el maldito filósofo Aristéneto.

QUELIDONION.—¿Te refieres al cejijunto, velludo, barbazas, que suele pasearse con los muchachos en el Pécilo?

DRÓSIDE.—A ese charlatán me refiero, que ojalá le vea muerto de mala manera, arrastrado de las barbas por el verdugo.

QUELIDONION.—¿Y qué le ha pasado para que pueda convencer de tal cosa a Clinias?

DRÓSIDE.—No lo sé, Quelidonion, porque nunca se había acostado sin mí desde que empezó a ligar con mujeres

23 Mormo era el equivalente del «coco» para los griegos.
24 En Tovar, Golondrinita y Rocío.

(yo fui la primera) y ya hace tres días seguidos que ni siquiera pasa por mi calle. Como yo estaba dolida (sin saber por qué me ocurría esto con él), envié a Nébrida para que echara un vistazo por donde él pasa el tiempo, en el ágora o en el Pécilo. Ella dice que le vio paseando con Aristéneto y que le hizo una señal desde lejos, pero que él se ruborizó, bajó la mirada y no volvió a levantar los ojos hacia ella. Después se dirigieron juntos a pie hacia la Academia, ella los siguió hasta el Dipilón[25], pero como él ni siquiera volvió la cabeza, ella regresó sin poder decirme nada seguro. ¿Cómo crees que voy a vivir después de esto, sin poder adivinar lo que le ha ocurrido a mi muchacho? «¿Le habré dado algún disgusto?», me decía yo, «¿o se ha enamorado de otra y por eso me odia?, ¿acaso su padre le ha prohibido venir?» Desgraciada de mí, andaba dándole vueltas a estas ideas, cuando ya al atardecer ha llegado Dromón trayendo esta cartita de su parte. Anda, Quelidonion, coge la carta y léela, tú que sabes algo de letras.

QUELIDONION.—Veamos. Las letras no están muy claras, son como garabatos que demuestran la prisa del que las escribió. Dice así: «De cómo te amé, Dróside, pongo a los dioses por testigos.»

DRÓSIDE.—¡Ay, pobrecillo! Ni siquiera ha escrito delante el saludo.

QUELEDONION.—«Y ahora, no por odio, sino por necesidad, tengo que dejarte, pues mi padre me ha entregado a Aristéneto para que aprenda filosofía con él, y éste —que ya estaba enterado de todo lo que había entre nosotros— me ha hecho muchos reproches diciéndome que era vergonzoso que siendo hijo de Arquíteles y de Erasiclea tuviera relaciones con una cortesana, porque es mucho mejor preferir la virtud al placer.»

DRÓSIDE.—¡Ojalá se muera antes de tiempo ese charlatán por darle tales enseñanzas al muchacho!

---

25 «Puerta doble» de Atenas, punto de salida para Eleusis.

QUELIDONION.—«De manera que tengo que obedecerle, porque me acompaña a todas partes y me vigila con cuidado y no puedo mirar a ningún otro que no sea a él. Si soy sensato y le obedezco en todo, me promete que seré muy feliz y que me hará muy virtuoso después que me haya ejercitado en el esfuerzo. A duras penas te he podido escribir estas letras sin que él se diera cuenta. Sé feliz y acuérdate de tu Clinias.»

DRÓSIDE.—¿Qué te parece la carta, Quelidonion?

QUELIDONION.—En general es como el discurso de un escita[26], pero lo de «acuérdate de tu Clinias» deja su poquillo de esperanza.

DRÓSIDE.—Eso me pareció también a mí. En todo caso, me estoy muriendo de amor. Dromón me dijo que Aristéneto era un pederasta y que, con el pretexto de sus enseñanzas, tenía relaciones con los jóvenes más hermosos y que a Clinias le contaba ciertas historias, haciéndole promesas de hacerle igual a un dios. Además, lee con él algunos discursos eróticos de los antiguos filósofos a sus discípulos, y en resumen está enteramente dedicado al muchacho. Dromón amenazaba con denunciar todos estos hechos al padre de Clinias.

QUELEDONION.—Tenías que haber ganado por el estómago a Dromón, Dróside.

DRÓSIDE.—Ya lo hice, e incluso sin eso está a mi favor, porque está que se derrite por el amor de Nébride.

QUELEDONION.—Animo, que todo saldrá bien. Creo que voy a escribir sobre el muro del Cerámico, donde Arquíteles suele pasear: «Aristéneto corrompe a Clinias», para contribuir con este procedimiento a la acusación de Dromón.

DRÓSIDE.—¿Y cómo podrás escribirlo sin que te vean?

QUELEDONION.—Lo haré por la noche, Dróside, con un carbón que cogeré en cualquier parte.

DRÓSIDE.—Estupendo, Quelidonion, sé tú mi aliada contra el charlatán de Aristéneto.

---

26 Proverbiales por la rudeza de sus discursos y su crueldad.

XI

Trifena y Cármides

Trifena.—¿A quién se le ocurre contratar a una hetaira, pagarle cinco dracmas y pasarse la noche acostado con ella vuelto de espaldas, llorando y gimiendo? Es más, ni bebiste a gusto ni quisiste cenar sólo, me parece; hasta llorabas durante la cena, porque yo te vi. Y aun ahora no has dejado de gimotear como un recién nacido. ¿Por qué haces esto, Cármides? No me lo ocultes, para que al menos saque este provecho de haber pasado la noche en vela contigo.

Cármides.—Eros me mata, Trifena, y es tan terrible que no puedo soportarlo.

Trifena.—Lo que sí es evidente es que no es de mí de quien estás enamorado; de otro modo no me despreciarías cuando me posees, ni me rechazarías cuando quiero abrazarte, ni, por último, levantarías una muralla entre nosotros con tu manto, temeroso de que llegue a tocarte. Sin embargo, dime quién es ella; tal vez pueda ayudarte a conseguir tu amor, pues conozco cómo se puede ayudar en tales menesteres.

Cármides.—Pues bien, tú la conoces perfectamente, como ella te conoce a ti; es una hetaira muy conocida.

Trifena.—Dime su nombre.

Cármides.—Filemation, Trifena.

Trifena.—¿A cuál de ellas te refieres? Porque hay dos: la del Pireo, que ha sido desvirgada hace poco, cuyo amante es Dámilo, hijo de uno de los generales de este año, o la otra, a la que llaman Págide[27].

Cármides.—A ésta, y desgraciado de mí, estoy cogido y he caído en su trampa.

Trifena.—¿Entonces es por ella por lo que lloras?

Cármides.—Así es.

[27] Juego de palabras con el significado de Págide, que en griego es «trampa».

TRIFENA.—¿Y hace mucho tiempo que estás enamorado o eres un novato?

CÁRMIDES.—No soy un novato, sino que hace ya siete meses casi desde que la vi por primera vez en las Dionisíacas.

TRIFENA.—¿Y la has visto entera con detalle, o sólo su rostro y las partes del cuerpo visibles, según corresponde a una mujer que ya ha cumplido los cuarenta y cinco años?

CÁRMIDES.—Sin embargo, ella jura que cumplirá veintidós el próximo mes de Elafebolión[28].

TRIFENA.—¿Y tú de qué te vas a fiar, de sus juramentos o de tus propios ojos? Fíjate en ella con atención, échale una vez una mirada a las sienes, el único sitio donde los cabellos son suyos; todo lo demás es una tupida peluca; cuando se debilite el potingue con el que se tiñe, encanecerán casi por entero sus sienes. Por lo demás, ¿qué importa eso? Insiste alguna vez en verla desnuda.

CÁRMIDES.—Nunca me ha concedido ese favor.

TRIFENA.—Naturalmente. Sabía que sentirías repugnancia ante las manchas blancas de su piel. Todo su cuerpo, desde el cuello hasta las rodillas, se parece a un leopardo. ¿Y tú llorabas por no ligar con una mujer así? A lo mejor hasta te ofendía y te miraba con desprecio.

CÁRMIDES.—Sí, Trifena, a pesar de los muchos regalos que recibía de mí. Y hoy, en vista de que no podía darle buenamente los mil dracmas que me pedía, porque me mantiene un padre ahorrador, ha recibido a Mosquión y me ha cerrado la puerta. En compensación, yo también quise fastidiarla y te contraté por ello.

TRIFENA.—Por Afrodita, no habría venido si me hubieran advertido que se me contrataba con la única finalidad de fastidiar a otra mujer y encima a esa momia de Filemation. Bueno, me voy, que ya ha cantado el gallo tres veces.

---

[28] Noveno mes del calendario ático, correspondiente a la segunda quincena de marzo y primera de abril.

CÁRMIDES.—No te vayas tan deprisa, Trifena, porque si es verdad lo que dices de Filemation, lo de la peluca, que se tiñe, y encima lo de las manchas blancas, ni siquiera podría volver a mirarla.

TRIFENA.—Pregúntale a tu madre, si alguna vez ha coincidido en el baño con ella; en cuanto a la edad, hasta tu abuelo te la podría decir, si es que vive todavía.

CÁRMIDES.—Puesto que ella es así, derribemos ya el muro de separación, abracémonos, besémonos y hagamos el amor de verdad. ¡Y que Filemation se vaya al diablo!

XII

YOESA, PITÍADE Y LISIAS

YOESA.—¿Es que tratas de hacerte de rogar conmigo, Lisias? Me lo tengo merecido, porque ni te pedí nunca dinero, ni te cerré la puerta cuando venías a visitarme, diciéndote «hay alguien dentro», ni te obligué a engañar a tu padre en las cuentas ni a robar a tu madre para traer algún regalo para mí, como hacen las otras cortesanas, sino que desde el principio te acogí sin exigirte sueldo ni garantía. Tú sabes cuántos amantes he despreciado: Teocles, que ahora es pritano; Pasión el armador y tu camarada Meliso, a pesar de que con la muerte reciente de su padre ha quedado dueño y señor de su herencia. Yo sólo tenía puestos los ojos en ti, mi Faón[29], y no me fijaba en ningún otro ni dejaba que se me acercara nadie más que tú. Yo pensaba, insensata, que tus juramentos eran verdaderos y por ello, pendiente de ti, conservaba la castidad como Penélope, aunque mi madre me gritaba y me hacía

[29] Según la tradición, Faón era un barquero viejo y feo de Mitilene, convertido por Afrodita en joven y guapo como recompensa por haberla pasado en su barca; luego, según esa misma tradición, obtuvo el amor de Safo.

reproches ante mis amigas. En cambio tú, en cuanto te diste cuenta de que me tenías en tus manos y de que estaba derretida por ti, tratabas de mortificarme, unas veces bromeando con Licene ante mi vista, otras aplaudiendo a Magidion la tocadora de arpa, mientras estabas acostado conmigo. Esta conducta me hace llorar y sentirme insultada. El otro día, cuando estabais bebiendo Trasón, tú y Dífilo, también estaban allí Cimbalión la flautista y Pirálide, a la que detesto. Sabiendo tú esta circunstancia, no me importó demasiado que besaras cinco veces a Cimbalión, porque te insultabas tú mismo al besar a una mujer así. Pero ¡cómo le hacías señales a Pirálide! Y después de beber, le mostrabas a ella la copa y al devolvérsela al copero le decías señas a Pirálide! Y después de beber, le mosde que Pirálide le pidiera la suya. Por último, diste un mordisco a una manzana y, cuando viste que Dífilo estaba entretenida charlando con Trasón, te inclinaste y la arrojaste con precisión a su seno, sin intentar siquiera que yo no me enterara [30]. Ella la besó y la introdujo entre sus pechos por debajo del ceñidor. ¿Por qué te comportas de esta manera? ¿Qué agravio grande o pequeño, qué molestia te he ocasionado? ¿He mirado a otro hombre? ¿No vivo acaso sólo para ti? No es una hazaña gloriosa, Lisias, ultrajar a una pobre mujer que está loca por ti. Existe una diosa, Adrastea, que ve tales acciones [31]. Tal vez algún día te aflijas cuando oigas decir de mí que estoy muerta, ahorcándome con una cuerda, tirándome de cabeza a un pozo o inventando algún otro modo de matarme, para no importunarte más con mi presencia. Entonces podrás pasearte orgulloso, como quien ha llevado a cabo una proeza grande y gloriosa. ¿Por qué me miras con desprecio y haces rechinar los dientes? Si tienes algo que reprocharme, dilo y que Pitíade, aquí presente, sea nuestro juez. ¿Qué es esto? ¿Te marchas sin con-

30 Era una manera de declararle el amor a una mujer.
31 Ver nota 11 de estos diálogos.

testar y me abandonas? ¿Estás viendo, Pitíade, el trato que me da Lisias?

PITÍADE.—¡Qué crueldad Ni siquiera se deja abatir por tus lágrimas; es una piedra, no un ser humano. Sólo que, si hay que decir la verdad, tú lo has echado a perder con tanto cariño y tantas demostraciones de amor. No tenías que hacerle tanto caso, pues los hombres se vuelven orgullosos cuando se dan cuenta. Deja de llorar, desgraciada, y si quieres hacerme caso, ciérrale la puerta una o dos veces cuando venga a verte; verás cómo se apasiona y cómo a su vez enloquece realmente por ti.

YOESA.—¡Eso ni lo digas! ¡Quita! ¿Cerrarle yo la puerta a Lisias? ¡Ojalá no sea él el primero en marcharse!

PITÍADE.—Ahí le tienes de nuevo.

YOESA.—¡Me has matado, Lisias! A lo mejor te ha oído decir «ciérrale la puerta».

LISIAS.—No he vuelto por ella, Pitíade, ya que no podría volver a mirarla siendo como es; he venido por tu causa, para que puedas juzgarme mal y digas: «Lisias es inexorable.»

PITÍADE.—¡Claro! Eso es precisamente lo que estaba diciendo.

LISIAS.—¿Quieres, Pitíade, que aguante a Yoesa, que ahora está así de llorosa, siendo así que la sorprendí un día durmiendo con un joven, al separarse de mí?

PITÍADE.—Al fin de cuentas, Lisias, es una cortesana. Pero ¿cómo los sorprendiste durmiendo juntos?

LISIAS.—Hace unos cinco días, sí, por Zeus, cinco, en el segundo día del mes; hoy estamos a siete. Mi padre, al enterarse de que yo estaba enamorado de esta buena moza, me hizo encerrar, advirtiendo al portero que no me abriera. Pero yo, como no podía soportar el no estar con ella, le pedí a Dromón que se agachara junto al murete del patio, en el lugar en que es más bajo, y que me dejara subir sobre su espalda, pues así iba a escalarlo más fácilmente. Para abreviar, salté el muro, vine y encontré la puerta del patio cuidadosamente cerrada, pues era medianoche. No llamé en la

puerta, sino que levantándola con suavidad, pude correr el cerrojo como había hecho en otras ocasiones y me deslicé en el interior sin hacer ruido. Todos dormían, y tanteando el muro llegué hasta el lecho.

YOESA.—¿Qué vas a decir, por Deméter? Estoy angustiada.

LISIAS.—Cuando vi que la respiración no era de una sola persona, primero pensé que Lide estaba durmiendo con ella. Pero no se trataba de eso, Pitíade, sino que al palpar encontré a un joven imberbe y muy delicado, con el cráneo pelado al rape y exhalando también él olor a perfume. Al verlo, si llego a venir con la espada, no hubiera vacilado, estad seguras... ¿Pero de qué te ríes, Pitíade? ¿Te parece que lo que cuento es cosa de risa?

YOESA.—¿Y es éste el motivo de tu aflicción, Lisias? Era Pitíade, aquí presente, la que estaba durmiendo conmigo.

PITÍADE.—No se lo digas, Yoesa.

YOESA.—¿Por qué no se lo voy a decir? Era Pitíade, amor mío; la había mandado llamar para que durmiéramos juntas, pues estaba triste por no tenerte.

LISIAS.—¿Y era Pitíade el hombre del cráneo pelado al cero? ¿Y toda esa larga cabellera le ha crecido en sólo cinco días?

YOESA.—El pelo se le caía a causa de una enfermedad y ella se lo había hecho cortar. Pero ahora se ha puesto una peluca. Enséñasela, Pitíade, demuéstrale que es así, convéncele. Ahí tienes al joven, el adúltero del que tenías celos.

LISIAS.—¿Cómo no iba a tener celos, Yoesa, enamorado como estoy de ti y después de haberle tocado yo mismo?

YOESA.—Bueno, ya estás convencido. ¿Quieres que me enfade también yo misma? Estoy irritada, con toda razón por mi parte.

LISIAS.—De ninguna manera. Mejor es que bebamos y Pitíade con nosotros, pues es justo que asista a nuestra reconciliación.

YOESA.—Asistirá. ¡Lo que he sufrido por ti, Lisias, el más noble de los jóvenes!

PITÍADE.—Sí, y también el que os reconcilió, de modo que no te enfades conmigo. Pero queda una cosa, Lisias, cuidado con decirle a nadie lo de mi peluca.

XIII

LEONTICO, QUÉNIDAS E HÍMNIDE

LEONTICO.—Cuenta, Quénidas, en la batalla contra los Gálatas cómo galopé delante de los otros jinetes, montado en mi caballo blanco y cómo los Gálatas, a pesar de su bravura, se echaron a temblar cuando me vieron y ninguno de ellos me hizo frente. Entonces yo arrojé mi jabalina y atravesé al mismísimo hiparca y a su caballo, acometí a continuación contra los que todavía estaban concentrados (había, en efecto, algunos que se mantenían después de dispersar la falange y que habían formado en cuadro), desenvainé mi espada y atacando con toda mi furia derribé con la acometida de mi caballo como a siete de los que estaban en primera fila. Abatiendo mi espada, le partí la cabeza en dos partes a uno de los lojagos, con el casco incluido. Y vosotros, Quénidas, os presentasteis poco después, cuando ya estaban huyendo.

QUÉNIDAS.—Efectivamente, Leontico. Y cuando libraste un combate individual contra el sátrapa de Paflagonia, ¿no hiciste una gran exhibición de tus hazañas también entonces?

LEONTICO.—Has hecho bien en recordarme aquella acción, que también fue muy gloriosa. Porque el sátrapa, que era hombre corpulento, tenía fama de ser el mejor en el combate con armas pesadas; haciendo gala de desprecio por el ejército griego, saltó en medio de ambas formaciones y desafió a quien quisiera luchar en combate individual con él. Los demás se quedaron amedrentados, tanto los lojagos como los taxiarcos, y

hasta el propio general, a pesar de ser un hombre excelente. En aquella ocasión mandaba nuestras tropas Aristecmo, el etolio, magnífico lanzador de jabalina, mientras que yo sólo era quiliarca. Sin embargo, yo me aventuré, rechazando a los camaradas que trataban de retenerme, ya que temían por mí al ver al bárbaro con sus armas de oro resplandecientes, su estatura, el terrible aspecto de su penacho y la jabalina que blandía...

QUÉNIDAS.—También yo tuve miedo entonces, Leontico, y sabes cómo te sujetaba mientras te pedía que no te arriesgaras, ya que mi vida sería insoportable si tú perecías.

LEONTICO.—Sin embargo, yo tuve valor y me presenté en medio del campo, no peor equipado que el Paflagonio, pues también yo iba totalmente cubierto de oro. Al punto se levantó un griterío, tanto entre nosotros como entre los bárbaros, pues me reconocieron también ellos, especialmente por el escudo, las abolladuras del casco y el penacho. Cuenta, Quénidas, con quién me compararon todos entonces.

QUÉNIDAS.—¿Con qué otro iba a ser, por Zeus, sino con Aquiles, el hijo de Tetis y Peleo? ¡Tan bien te sentaba el casco, la túnica resplandecía y el escudo centelleaba!

LEONTICO.—Cuando nos enzarzamos en la pelea, el bárbaro me hirió primero ligeramente, rozándome por encima de la rodilla con su lanza, pero yo, acometiendo contra su escudo, lo atravesé con mi sarisa [32] y traspasé de parte a parte su pecho, luego abalanzándome sobre él le corté fácilmente el cuello con mi espada. Regresé a mi campo con sus armas y trayendo su cabeza clavada en mi sarisa, bañado en su sangre.

HÍMNIDE.—Ya está bien, Leontico; estás contando sobre ti historias repugnantes y espantosas. Ninguna muchacha podría ni siquiera volver a mirar a la cara a un

---

[32] Lanza macedonia apta para el orden oblicuo; medía unos cinco metros.

hombre que tanto disfruta con la sangre, y mucho menos beber o acostarse contigo. Así que yo me voy.

LEONTICO.—Te pago doble.

HÍMNIDE.—No podría soportar dormir con un criminal.

LEONTICO.—No temas, Hímnide. Aquellas hazañas ocurrieron en Paflagonia. Ahora estoy en paz.

HÍMNIDE.—Eres un tipo repugnante. Te goteaba la sangre encima, desde la cabeza del bárbaro que llevabas colgada de la sarisa. ¿Cómo voy yo a abrazar y besar a un individuo así? ¡Que no ocurra tal cosa, por las Gracias! Este hombre no es mejor que un verdugo.

LEONTICO.—Si me hubieras visto con la armadura completa, estoy seguro de que te habrías enamorado de mí.

HÍMNIDE.—Sólo de oírte, Leontico, me dan bascas, se me erizan los cabellos y me parece ver las sombras y los espectros de tus víctimas y sobre todo de aquel desdichado lojago con la cabeza dividida en dos partes. ¿Qué crees que habría ocurrido si yo llego a contemplar la hazaña, con la sangre y los muertos tendidos? Creo que me habría desmayado; ni siquiera he visto nunca matar un gallo.

LEONTICO.—¿Tan poca cosa y tan pobre de espíritu eres? Yo creía que te alegrarías al oírme.

HÍMNIDE.—Entonces trata de agradar con tus historias a las mujeres de Lemnos o a la Danaides[33] que puedas encontrar. Yo me vuelvo corriendo junto a mi madre, mientras todavía es de día. Sígueme tú también, Grámide. Y tú, valeroso quiliarca, que sigas bien y mates a cuantos quieras.

LEONTICO.—Quédate, Hímnide, quédate. Se ha ido.

QUÉNIDAS.—Claro que se ha ido, Leontico. Tú asustaste a una muchacha sencilla agitando penachos y contando

[33] Las mujeres de Lemnos y las Danaides habían matado a sus maridos. La leyenda de las Danaides se conoce por *Las Suplicantes,* de Esquilo. Las de Lemnos, por haber descuidado las fiestas de Afrodita, fueron castigadas con una enfermedad que las hacía exhalar un olor insoportable, que ahuyentó a sus maridos, los cuales se fueron a raptar a las hijas de Tracia. Sus mujeres se vengaro . matándolos a todos.

hazañas increíbles. En seguida vi que se ponía verde, cuando tú todavía estabas contando la famosa historia del lojago. Su rostro se contraía y su cuerpo se estremeció en el momento en que contaste que le habías cortado la cabeza.

LEONTICO.—Tenía la esperanza de resultar más seductor para ella, pero también tú has contribuido a desbaratar mis planes, Quénidas, al proponer el combate individual.

QUÉNIDAS.—¿Cómo no iba a colaborar en tus mentiras, viendo el motivo de tales fanfarronadas? Pero es que hiciste el relato demasiado horrible. Pase por lo de que cortaras la cabeza del desgraciado Paflagón, pero ¿qué necesidad tenías de colgar su cabeza de tu sarisa de modo que la sangre te goteara encima?

LEONTICO.—Realmente ese detalle es repulsivo, Quénidas; todo lo demás no estaba del todo mal inventado. Vete, pues, a buscarla y convéncela de que venga a acostarse conmigo.

QUÉNIDAS.—¿Le digo entonces que todo lo que le contaste eran mentiras, por querer pasar ante ella como un valiente?

LEONTICO.—Estaría feo, Quénidas.

QUÉNIDAS.—Es que no vendría de otra manera, de modo que élige entre las dos cosas, ser odiado para pasar como un valiente o acostarte con Hímnide reconociendo que has mentido.

LEONTICO.—Es un dilema difícil. Sin embargo, prefiero a Hímnide. Vete, pues, y dile, Quénidas, que he mentido, pero no en todo.

XIV

DORIÓN Y MÍRTALE

DORIÓN.—Ahora me cierras la puerta, Mírtale, ahora que me he quedado pobre por tu culpa, pero cuando te traía tantos regalos, yo era para ti tu amante, tu hom-

bre, tu amo, tu todo. Una vez que me he encontrado totalmente exhausto de recursos y tú has dado con ese mercader bitinio como amante, me veo con las puertas cerradas y me quedo de pie llorando ante ellas, mientras él goza de tu amor por la noche, es el único que entra en tu casa, se divierte contigo hasta el amanecer y hasta presumes de estar embarazada de él.

MÍRTALE.—Tus palabras me abochornan, Dorión, sobre todo cuando aseguras que me hiciste muchos regalos y que te has quedado pobre por mi culpa. Echa la cuenta de todas las cosas que me has traído desde el principio.

DORIÓN.—De acuerdo, Mírtale, hagamos la cuenta. En primer lugar, unos zapatos de Sición que valían dos dracmas. Pon don dracmas.

MÍRTALE.—Pero te acostaste conmigo dos noches.

DORIÓN.—Cuando vine de Siria, te traje un frasco de perfume de Fenicia, que también valía dos dracmas, lo juro por Poseidón.

MÍRTALE.—Pero yo, cuando ibas a embarcarte, te regalé esa pequeña túnica que llega hasta los muslos, para que te la pusieras mientras remabas; la olvidó en mi casa Epiuro el timonel una vez que estuvo durmiendo conmigo.

DORIÓN.—Tu Epiuro la reconoció el otro día en Samos y me la quitó después de una violenta discusión, ¡oh dioses! También te traje cebollas de Chipre, cinco arenques y cuatro percas, cuando volvimos por mar del Bósforo. ¿Qué más? También ocho panes marineros en una cesta y un ánfora de higos secos de Caria, y después unas sandalias doradas de Pátara [34], ingrata. Recuerdo, por fin, un enorme queso de Gitio [35].

MÍRTALE.—Todo eso, Dorión, viene a costar en total unas cinco dracmas.

DORIÓN.—Es todo lo que podía conseguir de sueldo un marinero que se pasa la vida navegando, Mírtale. En

[34] Ciudad de Licia.
[35] Puerto de Esparta.

cambio ahora, que ya mando el flanco derecho del navío, tú me desprecias. Recientemente, cuando se celebraban las Afrodisias, ¿no puse una dracma de plata a los pies de Afrodita por cuenta tuya? Y en otra ocasión, le di a tu madre dos dracmas para unos zapatos y a Lide, aquí presente, con frecuencia le puse en las manos unas veces dos óbolos y otras cuatro. Todo esto unido constituye la hacienda de un marinero.

MÍRTALE.—¿Las cebollas y los arenques, Dorión?

DORIÓN.—Sí, porque no podía llevarte más cosas, porque no sería marinero si fuera rico. A mi madre ni siquiera le llevé nunca una cabeza de ajos. Pero me gustaría saber qué clase de regalos recibes del Bitinio.

MÍRTALE.—En primer lugar, esta túnica que estás viendo. El me la compró, así como este grueso collar.

DORIÓN.—¿Que él te lo compró? Sé que lo tienes desde hace mucho tiempo.

MÍRTALE.—El que tú conocías es mucho más fino y no tiene esmeraldas. Además, estos pendientes y esta alfombra y hace poco me dio dos minas, me pagó el alquiler de la casa; ¡no son sandalias de Pátara, ni queso de Gitio, ni frusleraís parecidas!

DORIÓN.—¿Pero por qué no me dices cómo es el individuo con el que te acuestas? Seguro que tiene más de cincuenta años, que empieza a quedarse calvo y tiene la piel como un cangrejo. ¿A que no le has visto nunca los dientes? ¡Y las gracias que tiene, por los Dióscuros, sobre todo cuando canta y cuando pretende ser delicado! Un asno tocando la lira, como dicen. ¡Que lo disfrutes, que te lo mereces, y que vuestro hijo salga parecido al padre! En cuanto a mí, ya encontraré a alguna Délfide o a alguna Cimbalión de mi categoría o a vuestra vecina la flautista o a cualquier otra. No todos tenemos alfombras o collares o sueldos de dos minas.

MÍRTALE.—¡Dichosa la mujer que te consiga como amante, Dorión! Le llevarás cebollas de Chipre y queso, cuando vuelvas de Gitio.

XV

Cóclide y Parténide[36]

Cóclide.—¿Por qué lloras, Parténide? ¿De dónde traes las flautas rotas?

Parténide.—El militar etolio, el grandullón enamorado de Crócale, me ha dado una paliza al encontrarme tocando la flauta en casa de Crócale, contratada por su rival en amores Gorgo, y me ha roto las flautas; derribó la mesa mientras estaban cenando, tropezó con la crátera de vino y la tiró. En cuanto a aquel paleto de Gorgo, lo sacó del banquete arrastrándolo de los cabellos; a continuación, lo rodearon y le estuvieron sacudiendo el propio soldado —que creo que se llama Dinómaco— y su compañero de armas, de manera que no sé si este hombre sobrevivirá, Cóclide, pues estaba sangrando abundantemente por las narices, tenía todo el rostro hinchado y estaba lívido.

Cóclide.—¿Estaba el hombre loco o se trataba de una borrachera con su acompañamiento correspondiente?

Parténide.—Fue cosa de celos, Cóclide, y de erotismo desquiciado. Crócale, al parecer, le pidió dos talentos para tenerla en exclusiva, y como Dinómaco no se los dio, no le dejó entrar cuando vino a visitarla y le dio con la puerta en las narices, según dicen, mientras que a Gorgo, un labrador acaudalado de Enoe, que la estaba deseando hacía tiempo, le invitó, se puso a beber en su compañía y me contrató a mí para que les tocara la flauta. Cuando ya iba muy adelantada la cena y yo estaba tocando una pieza al modo lidio, el labrador se había levantado ya para bailar y Crócale batía palmas, y todo resultaba agradable, en ese momento se oyó un estruendo y griterío, golpazos en la puerta y poco después irrumpieron unos ocho mocetones robustos, y

[36] Antonio Tovar traduce por Conchita y Partenis.

el Megarense entre ellos [37]. En un momento quedó todo patas arriba y Gorgo, como decía, fue apaleado y pisoteado una vez que estuvo en el suelo. Crócale yo no sé cómo consiguió escapar a casa de su vecina Tespíade. A mí Dinómaco me dio una paliza y me dijo «¡ojalá revientes!», y me rompió y me tiró las flautas. Ahora voy corriendo a contarle lo ocurrido a mi amo; el labrador se ha marchado también a ver a algunos amigos suyos de la ciudad, para que entreguen a los pritanos al de Megara.

CÓCLIDE.—Ese es el provecho que se puede sacar de los amoríos con los soldados: golpes y pleitos. Aparte de eso, aunque presumen de ser generales y quiliarcas, cuando hay que pagar algo dicen: «Espera la soldada, cuando reciba mi paga, haré todo lo que quieras.» ¡Ojalá revienten estos fanfarrones! Yo hago bien no acercándome a ellos en absoluto. ¡Ojalá tenga yo un pescador, o un marinero o un labrador de mi clase, que sepa halagar poco y traer mucho, porque éstos que agitan sus penachos y cuentan sus batallitas sólo son ruido, Parténide.

---

[37] Aunque el soldado era etolio, aquí se le llama megareo, con el sentido de brutal. Era proverbial la ignorancia y grosería de los megareos.

Indice

Libros en venta

802 Claudio Rodríguez:
Antología poética

803 Auguste Comte:
Discurso sobre el espíritu positivo

804 Emile Zola:
Los Rougon-Macquart
La fortuna de los Rougon

805 Jorge Luis Borges:
Antología poética
1923-1977

806 Carlos García Gual:
Epicuro

807 H. P. Lovecraft y A. Derleth:
Los que vigilan desde el tiempo
y otros cuentos

808 Virgilio:
Bucólicas - Geórgicas

809 Emilio Salgari:
Los tigres de Mompracem

810 Isaac Asimov:
Historia Universal Asimov
Los griegos

811 Blas de Otero:
Expresión y reunión

812 Guy de Maupassant:
Un día de campo
y otros cuentos galantes

813 Francis Oakley:
Los siglos decisivos
La experiencia medieval

814 Mary W. Shelley:
Frankenstein o el moderno Prometeo

815 Nicolás Guillén:
Sóngoro Cosongo y otros poemas

816 Michel Foucault:
Un diálogo sobre el poder y otras
conversaciones

817 Georges Bataille:
El aleluya y otros textos

818 Nicolás Maquiavelo:
El Príncipe

819 Graham Greene:
Nuestro hombre en La Habana

820, 821 Francisco García Pavón:
Cuentos

822 Isaac Asimov:
Historia Universal Asimov
La república romana

823 Rafael Alberti:
Marinero en tierra

824 Molière:
Tartufo. Don Juan

825 Emile Zola:
Los Rougon-Macquart
La jauría

826 Horacio Quiroga:
Anaconda

827 José Angel Valente:
Noventa y nueve poemas

828 Jean-Paul Sartre:
Las moscas

829 Miguel Ángel Asturias:
El Señor Presidente

830 E. H. Carr:
La revolución rusa:
De Lenin a Stalin, 1917-1929

831 León Felipe:
Antología poética

832 Antología de cuentos de terror
I. De Daniel Defoe a Edgar Allan Poe

833 Ignacio Aldecoa:
Parte de una historia

834 Jean-Paul Sartre:
La puta respetuosa
A puerta cerrada

835 José María Arguedas:
Los ríos profundos

836 Angel Alvarez Caballero:
Historia del cante flamenco

837 León Felipe:
Prosas

838 José Eustaquio Rivera:
La vorágine

839 John Ziman:
La credibilidad de la ciencia

840 Jorge Campos:
Introducción a Pío Baroja

841 Albert Camus:
El mito de Sísifo

842 Rafael Alberti:
Cal y canto

843 H. P. Lovecraft:
En las montañas de la locura
y otros relatos

844 Isaac Asimov:
Historia Universal Asimov
El Imperio Romano

845 Lope de Vega:
Peribáñez y Fuente Ovejuna

846 Jean-Paul Sartre:
La náusea

847 Miguel Angel Asturias:
Leyendas de Guatemala

848 James A. Schellenberg:
Los fundadores de la psicología
social

849, 850 Gustave Flaubert:
La educación sentimental

851 Juan Ramón Jiménez:
Platero y yo

852 Fred Hoyle:
¿Energía o extinción?
En defensa de la energía nuclear

853 Jean-Paul Sartre:
El diablo y Dios

854 Horacio Quiroga:
Pasado amor

855 Antonio Machado:
Juan de Mairena

856 Cien recetas magistrales
10 grandes chefs de la cocina
española
Selección y prólogo de
Carlos Delgado

857 Jaime Gil de Biedma:
Antología poética
Selección de Shirley Mangini González

858 Albert Camus:
Calígula

859 Gerald Durrell:
Encuentros con animales

860 Ross Macdonald:
La mirada del adiós

861 Jorge Amado:
Cacao

862, 863 Pablo Neruda:
Antología poética
Prólogo, selección y notas de Hernán Loyola

864 Alfredo Bryce Echenique:
Cuentos completos

865 Antología de la poesía latina
Selección y traducción de Luis Alberto de Cuenca y Antonio Alvar

866 Juan Carlos Onetti:
Juntacadáveres

867 Jean-Paul Sartre:
Las manos sucias

868 Antología de cuentos de terror
II. De Dickens a M. R. James

869 Américo Castro:
Teresa la santa con otros ensayos

870 C. B. Macpherson:
La democracia liberal y su época

871 Eugène Ionesco:
Rinoceronte

872 Juan Rulfo:
El gallo de oro

873 Francisco de Quevedo:
Antología poética
Prólogo y selección de Jorge Luis Borges

874 Emile Zola:
Los Rougon-Macquart
El vientre de París

875 Rafael Alberti:
Sobre los ángeles (1927-1928)

876 Ciro Alegría:
Los perros hambrientos

877 Guy de Maupassant:
La casa Tellier y otros cuentos eróticos

878 Rafael Arrillaga Torrens:
Introducción a los problemas de la Historia

879 José María Guelbenzu:
El pasajero de ultramar

880 Jean-Paul Sartre:
Los secuestrados de Altona

881, 882 Alexis de Tocqueville:
El Antiguo Régimen y la revolución

883 Fedor Dostoiewski:
Noches blancas. El pequeño héroe. Un episodio vergonzoso

884 Albert Camus:
El malentendido

885 Leopoldo Lugones:
Antología poética

886 Isaac Asimov:
Historia Universal Asimov
Constantinopla

887 Ricardo Güiraldes:
Don Segundo Sombra

888 Juan Valera:
Juanita la Larga

889 José Ferrater Mora:
Cuatro visiones de la historia universal

890 Patricia Highsmith:
Ese dulce mal

891 H. P. Lovecraft:
Dagón y otros cuentos macabros

892 Jean Paul Sartre:
Nekrasov

893 Jean Itard:
Victor L'Aveyron

894 Isaac Asimov:
Historia Universal Asimov
La Alta Edad Media

895 Otto R. Frisch:
De la fisión del átomo a la bomba de hidrógeno

896 Emile Zola:
Los Rougon Macquart
La conquista de Plassans

897 Albert Camus:
Los justos

898 Doce relatos de mujeres
Prólogo y compilación de Ymelda Navajo

899 Mario Benedetti:
Cuentos

900 Fernando Savater:
Panfleto contra el Todo

901 Ciro Alegría:
La serpiente de oro

902 W. H. Thorpe:
Breve historia de la etología

903 Horacio Quiroga:
El salvaje

904 Stanley G. Payne:
El fascismo

905 Jean:Paul Sartre:
Las palabras

906 G. A. Bürger:
Las aventuras del Barón de Münchhausen

907 Isaac Asimov:
Historia Universal Asimov
La formación de Inglaterra

908 Emilio Salgari:
La montaña de luz

909 Gerald Durrell:
Atrápame ese mono

910 Albert Camus:
La caída

911 Leibniz:
Discurso de metafísica

912 San Juan de la Cruz:
Poesía y prosas

913 Manuel Azaña:
Antología
1. Ensayos

914 Antología de cuentos de terror
III. De Machen a Lovecraft
Selección de Rafael Llopis

915 Albert Camus:
Los posesos

916 Alexander Lowen:
La depresión y el cuerpo

917 Charles Baudelaire:
Las flores del mal

918 August Strindberg:
El viaje de Pedro el Afortunado

919 Isaac Asimov:
Historia Universal Asimov
La formación de Francia

920 Angel González:
Antología poética

921 Juan Marichal:
La vocación de Manuel Azaña

922 Jack London:
Siete cuentos de la patrulla pesquera y otros relatos

923 J. M. Lévy-Leblond:
La física en preguntas

924 Patricia Highsmith:
La celda de cristal

925 Albert Camus:
El hombre rebelde

926 Eugène Ionesco:
La cantante calva

927 Luis de Góngora:
Soledades

928 Jean-Paul Sartre:
Los caminos de la libertad, 1

929 Max Horkheimer:
Historia, metafísica y escepticismo

930 M. Costa y C. Serrat:
Terapia de parejas

931, 932 Elías Canetti:
Masa y poder

933 Jorge Luis Borges (con la colaboración de Margarita Guerrero):
El «Martín Fierro»

934 Edward Conze:
Breve historia del budismo

935 Jean Genet:
Las criadas

936 Juan Ramón Jiménez:
Antología poética, 1
(1900-1917)

937 Martin Gardner:
Circo matemático

938 Washington Irving:
Cuentos de La Alhambra

939 Jean-Paul Sartre:
Muertos sin sepultura

940 Rabindranaz Tagore:
El cartero del rey. El asceta.
El rey y la reina.

941 Stillman Drake:
Galileo

942 Norman Cohn:
El mito de la conspiración judía mundial

943 Albert Camus:
El exilio y el reino

944, 945 José Ferrater Mora:
Diccionario de Filosofía de Bolsillo
Compilado por Priscilla Cohn

946 Isaac Asimov:
Historia Universal Asimov
La formación de América del Norte

947 Antonio Ferres:
Cuentos

948, 949 Robert Graves:
La Diosa Blanca

950 Los mejores cuentos policiales, 2
Selección, traducción y prólogo de Adolfo Bioy Casares y Jorge Luis Borges

951, 952 Benito Pérez Galdós:
Fortunata y Jacinta

953 Nicolás Copérnico, Thomas Digges, Galileo Galilei:
Opúsculos sobre el movimiento de la tierra

954 Manuel Azaña:
Antología
2. Discursos

955 Carlos García Gual:
Historia del rey Arturo y de los nobles y errantes caballeros de la Tabla Redonda

956 Isaac Asimov:
Grandes ideas de la ciencia

957 José María Arguedas:
Relatos completos

958 Fernando Sánchez Dragó:
La España mágica
Epítome de Gárgoris y Habidis

959 Jean-Paul Sartre:
Los caminos de la libertad, 2

960 Elías Canetti:
El otro proceso de Kafka

961 Francisco de Quevedo:
Los sueños

962 Jesús Mosterín:
Historia de la filosofía, 1

963 H. P. Lovecraft:
El clérigo malvado y otros relatos

964 Carlos Delgado:
365+1 cócteles

965 D. H. Lawrence:
Hijos y amantes

966 Rabindranaz Tagore:
El rey del salón oscuro

967 Consuelo Berges:
Stendhal y su mundo

968 Isaac Asimov:
Historia Universal Asimov
El nacimiento de los Estados Unidos
1763-1816

969 Gerald Durrell:
Murciélagos dorados y palomas
rosas

970 Adrian Berry:
La máquina superinteligente

971 Ciro Alegría:
El mundo es ancho y ajeno

972 José Ferrater Mora:
Las crisis humanas

973 Ramón de Campoamor:
Poesías

974 Eugène Ionesco:
El peatón del aire

975 Henry Miller:
Tiempo de los asesinos

976 Rabindranaz Tagore:
Malini - Sacrificio - Chitra

977 Benito Pérez Galdós:
Doña Perfecta

978 Isaac Asimov:
¡Cambio! 71 visiones del futuro

979 Elias Canetti:
La lengua absuelta

980 Isaac Newton:
El Sistema del Mundo

981 Poema del Mio Cid

982 Francisco Ayala:
La cabeza del cordero

983, 984 Werner F. Bonin:
Diccionario de parapsicología (A-Z)

985 Benito Pérez Galdós:
Marianela

986 Jean-Paul Sartre:
Los caminos de la libertad, 3

987 Jesús Mosterín:
Historia de la filosofía, 2

988 Rabindranaz Tagore:
Ciclo de primavera

989 Gerald Durrell:
Tierra de murmullos

990 Arturo Uslar Pietri:
Las lanzas coloradas

991 Ciro Alegría:
Relatos

992 Isaac Asimov:
Historia Universal Asimov
Los Estados Unidos desde 1816
hasta la Guerra Civil

993 Luis Racionero:
Textos de estética taoísta

994 Jean Genet:
El balcón

995 Galileo y Kepler:
El mensaje y el mensajero sideral

996 Chrétien de Troyes:
El Caballero de la Carreta

997 Jean-Paul Sartre:
Kean

998 Eduard Mörike:
Mozart, camino de Praga

999 Isaac Asimov:
Historia Universal Asimov
Los Estados Unidos desde la Guerra
Civil a la Primera Guerra Mundial

1000 Miguel de Cervantes:
El ingenioso hidalgo Don Quijote
de la Mancha (1605)

1001 Miguel de Cervantes:
El ingenioso caballero Don Quijote
de la Mancha (1615)

1002 H. P. Lovecraft:
El horror en la literatura

1003 Rabindranaz Tagore:
La luna nueva - El jardinero -
Ofrenda lírica

1004 Jesús Mosterín:
Historia de la filosofía, 3

1005 Albert Einstein:
Notas autobiográficas

1006-1007 F. M. Dostoyevski:
Los demonios

1008 Tomás Moro.
Utopía

1009 María Luisa Merino de Korican:
Alta gastronomía para diabéticos
y regímenes de adelgazamiento
30 menús completos

1010 Snorri Sturluson:
La alucinación de Gylfi
Prólogo y traducción de Jorge Luis
Borges y María Kodama

1011 Charles Darwin:
La expresión de las emociones
en los animales y en el hombre

1012 Thomas Paine:
Derechos del hombre

1013 Benito Pérez Galdós:
Nazarín

1014 Patricia Highsmith:
Las dos caras de enero

1015 Quentin Skinner:
Maquiavelo

1016 Historia ilustrada de las formas
artísticas
1. Oriente Medio

1017 Jean-Paul Sartre:
El muro

1018 Tristán e Iseo
Reconstrucción en lengua castellana
e introducción de Alicia Yllera

1019 Marvin Harris:
La cultura norteamericana
contemporánea
Una visión antropológica

1020 Isaac Asimov:
Alpha Centauri, la estrella más
próxima

1021 Gerald Durrell:
El arca inmóvil